

Concurso de narrativa breve IGN 2024

Jorge Codina
José Miguel Cocera
Laura Ferrer Arambarri
Juan Carlos Lespada
Marcos Testón Cossío
Ignacio Urtiaga
Germán Pablo Miñón
Diego Fernando Becerra Ramírez
Luis de Zavala Morencos
Sara González Veiga
Rebecca Raider



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE TRANSPORTES
Y MOVILIDAD SOSTENIBLE

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL



Concurso
de narrativa
breve IGN
2024

Concurso de narrativa breve IGN 2024.

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es>

Editado en julio de 2024.

Publica:

© de esta edición, O. A. Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG), 2024.

Autoría:

Jorge Codina, José Miguel Cocera, Laura Ferrer Arambarri, Juan Carlos Lespada, Marcos Testón Cossío, Ignacio Urtiaga, Germán Pablo Miñón, Diego Fernando Becerra Ramírez, Luis de Zavala Morencos, Sara González Veiga y Rebecca Raider.

© **Instituto Geográfico Nacional (IGN), 2024.**

Diseño y maquetación:

Servicio de Edición y Trazado de la Subdirección General de Cartografía y Observación del Territorio del IGN.

Imagen de portada:

Fotografía de Judy Shmidt.

Observaciones de Spitzer/WISE en infrarrojo y MeerKAT en ondas de radio.
Los colores son los siguientes:

Blanco: SRAO/MeerKAT (23,4 cm)

Verde: WISE/W3 (12 μ m)

Rojo: Spitzer/MIPS1 (24 μ m)

Azul: Spitzer/IRAC4 (8 μ m)

NIPO papel: 198-24-033-3

NIPO digital: 198-24-032-8

ISBN: 978-84-416-8355-6

Depósito Legal: M-18325-2024

DOI: <https://doi.org/10.7419/162.20.2024>

Los derechos de la presente edición digital son del editor. Agradecemos que la difusión electrónica masiva se realice a través de un enlace al apartado correspondiente de la página web oficial.

En esta publicación se ha utilizado papel de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública vigente.



Calle General Ibáñez de Ibero, 3

28003 - Madrid (España)

www.ign.es / www.cnig.es

consulta@cnig.es

Índice

Prólogo	
Emilio López Romero	5
Almirante	
Jorge Codina	7
Entre sueños y estrellas	
José Miguel Cocera	23
Cielo y Tierra	
Laura Ferrer Arambarri	39
Ceremonia en la orilla	
Juan Carlos Lespada	51
Geografías vitales	
Marcos Testón Cossío	63
Valovna	
Ignacio Urtiaga	79
Trazos de luz	
Germán Pablo Miñón	91
El retumbar	
Diego Fernando Becerra Ramírez	105
La Peñota	
Luis de Zavala Morencos	119
Esteas en el cielo	
Sara González Veiga	129
Mi pequeño país	
Rebecca Raider	139

Prólogo

Emilio López Romero

En esta séptima edición del Concurso de Narrativa Breve del Instituto Geográfico Nacional, correspondiente al año 2024, se han recibido un total de 48 relatos que han versado sobre diferentes disciplinas asociadas a la institución como la astronomía, la geofísica, la cartografía, etc.

En esta ocasión, el jurado ha estado compuesto por siete personas de organizaciones relacionadas profesionalmente con las disciplinas de los campos de actuación del IGN y del CNIG y está presidido por el presidente del Consejo Editorial de la Editorial CNIG. Los miembros del Jurado son:

- Amparo Sánchez Perea. Técnico del Servicio de Documentación y Biblioteca del Instituto Geográfico Nacional.
- Ana Domingo Preciado. Profesor titular de la Escuela de Topografía de la Universidad Politécnica de Madrid.
- Antonio F. Rodríguez Pascual. Licenciado en Ciencias Físicas. Miembro del Comité CTN 148 Información geográfica digital.
- Beatriz Astudillo Muñoz. Analista de sistemas del O. A. Centro Nacional de Información Geográfica.
- Belén Gutiérrez Rico. Subdirectora adjunta de la S. G. de Cartografía y Observación del Territorio.
- Emilio López Romero. Ingeniero en Informática y director del O. A. Centro Nacional de Información Geográfica.
- Miguel Santander García. Astrónomo del Observatorio Astronómico Nacional.

El jurado considera que esta edición ha sido un éxito, tanto por el número de relatos recibidos como por la calidad de la mayoría. Y, de ese modo, 11 han sido seleccionados para su publicación.

Como resultado de las valoraciones realizadas, el fallo del jurado es el siguiente:

- El relato ganador del Primer Premio del IV Concurso de Narrativa Breve IGN 2024 es el titulado «El Almirante». Este relato cuenta las últimas horas del almirante Don Álvaro de Bazán junto al cartógrafo Mateo Ruiz y algunos de sus últimos recuerdos que ayudan a conformar una narración intrigante en la que la cartografía náutica juega un papel esencial. Describe tanto el escenario como el momento de manera exquisita haciendo que el lector se sienta imbuido en la historia desde sus primeras líneas.
- El relato ganador del Accésit del IV Concurso de Narrativa Breve IGN 2024 es el titulado «Entre sueños y estrellas». Este relato cuenta de forma precisa y meticulosa un suceso astronómico causado por el hombre, desde el punto de vista de diferentes personajes, conformando una breve historia que atrapa la atención del lector hasta sus últimas líneas. Parte del relato sucede en el Observatorio de Yebes y sus alrededores.

La editorial CNIG cumple su compromiso de publicar en formato digital y gratuito los dos relatos ganadores y una selección formada por los otros nueve mejor valorados, poniendo a disposición de los usuarios este volumen digital, que esperamos sea del agrado de los lectores.

Solo nos queda agradecer a los miembros del jurado su dedicación y esfuerzo desinteresado, a los candidatos su generosidad por compartir su talento y animaros a todos a participar en las próximas ediciones. Fomentar la literatura relacionada con nuestras ciencias es un verdadero placer.

Madrid, junio de 2024
Emilio López Romero
Presidente del jurado

Almirante

Jorge Codina

Relato ganador del Primer Premio del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2024»

Almirante

Jorge Codina

Lisboa, febrero de 1588

En la noche del día ocho, el ingeniero cartógrafo Mateo Ruiz camina por la galería superior de Capitanía hacia la alcoba de don Álvaro de Bazán, con una pesadumbre que le lastra las piernas y con un intenso temor azotándole el cráneo sin misericordia. A pesar del estado de debilidad del marqués de Santa Cruz, el joven teme que el veterano almirante se dé cuenta de que ha traicionado su confianza al haber roto el sello real de la carta que esconde en el fajín. En tal caso, ordenará su arresto, juicio y ejecución: como hombre de mar, es inflexible con la disciplina de sus subordinados. La misiva llegó dos días atrás y, ante la sospecha del asunto, la leyó. A riesgo de ser ahorcado, ha ocultado su contenido, por prevención de que anticipe el final de los postremos días de don Álvaro, porque ha de ocasionarle gran disgusto la ingratitud del rey Don Felipe, pero no puede retrasar más la confirmación de recibo de las nuevas órdenes.

Devuelve el saludo del soldado que hace guardia con una leve inclinación de cabeza y empuja la puerta muy despacio para que la madera no cruja ni chirrién los goznes. La habitación está sumida en la penumbra, solo iluminada por el débil resplandor de unas pocas velas, de unos leños que se consumen en la chimenea y del cuarto creciente que entra por un ventanal. Se cubre nariz y boca con un pañuelo, y echa al fuego unas gavillas de tomillo y romero seco para enmascarar la fetidez de la estancia.

Don Álvaro yace en su lecho, su figura consumida por la fiebre del tifus que ha arribado con los barcos de Oquendo en diciembre pasado y que también a él lo ha contagiado. Siempre ha estado con sus hombres, en la ventura y en el infortunio, y ha visitado a los enfermos con frecuencia, por darles, con su presencia, el ánimo a los que sanan y el postrer consuelo a los desahuciados.

El joven se detiene al borde de la cama y observa al viejo marqués con una mezcla de preocupación y respeto a pesar del atuendo: solo un camisón limpio que le cambian a menudo, con los pies descalzos y huesudos que asoman bajo la manta. La enfermedad ha vuelto macilento su rostro curtido y bronceado, pero aun así, la mirada le brilla con una lucidez inesperada.

—Don Álvaro —murmura el ingeniero, dejando la voz en apenas un susurro que no quiebre la quietud de la habitación—. Permítame acompañarlo un rato.

El marqués gira la cabeza hacia él y Mateo percibe, en la cercanía, nubes de fiebre en los iris que resisten azules. El ingeniero siente un escalofrío recorrer su espalda ante la intensidad de esa mirada.

—Claro, rapaz —responde Don Álvaro, con voz débil, amable—. Siempre es bueno tener compañía en lances como estos.

El ingeniero arrima una silla de nogal, de estilo italiano, de las que tanto gustan al marqués.

—Lo veo menos enfebrecido esta noche.

Don Álvaro sonríe débilmente y una sombra de ironía le cruza el rostro demacrado.

—Es la encalmada que precede a la hora suprema. He visto a tantos hombres morir que muy bien sé que es el despertar previo al sueño eterno.

El ingeniero traga saliva y siente un nudo en la garganta ante las palabras del anciano marqués, como si una estacha le rodeara el cuello y quisiera arrastrarlo también a él hacia el abismo. Es difícil afrontar la realidad de la muerte,

seas vil cobarde u hombre valeroso, pero don Álvaro lo hace con una serenidad que llena de admiración a su pupilo.

—Ha tenido una vida larga y colmada de victorias, señor —dice Mateo, para consolarlo.

Don Álvaro asiente y cierra los ojos.

—Ya sería longeva existencia en un hombre común; así que, cuánto más para un soldado. Y en un marino, casi una eternidad.

El ingeniero escucha el silencio de la nostalgia. Y también el rumor afilado de la muerte: desea ser la primera en infligir derrota al «Invicto». Sabe que el almirante la presiente y se prepara, como siempre, para abordarla con el mismo arrojo y determinación que ha mostrado en tantas batallas.

La respiración del anciano se sosiega y acompasa. Abre los párpados y pierde la vista en el techo de yeso agrietado.

—Que me entierren en la Asunción del Viso. ¿Te acuerdas del Viso, Mateo?

* * *

El Viso, mayo de 1574

Don Álvaro de Bazán inspeccionaba, meticuloso, cada detalle. Solo se distraía cuando lanzaba un palo, de un extremo al otro del patio del palacio, a los dos galgos que le acompañaban y que luego se metían entre sus piernas en busca de una caricia.

Las partes altas de las fachadas relucían con el sol de mediodía. El ruido de la actividad llenaba el aire: crujir de herramientas, traqueteo de carros cargados de materiales de construcción, hombres sudorosos que trabajaban sin descanso, moviéndose con destreza entre andamios y montones de piedra, mientras daban forma a los sueños de los arquitectos. Algunos albañiles, con

las ropas cubiertas de polvo y barro, levantaban muros de piedra con habilidad y precisión, sus manos ágiles se movían con rapidez para colocar cada trozo en su lugar. Otros, con martillos y cinceles en mano, esculpían delicadas figuras en la piedra, creando intrincados relieves que adornarían las paredes.

A través de un portón, se veía a un grupo de jardineros que trabajaba en el diseño y mantenimiento de los exuberantes jardines que rodeaban el palacete. Recortaban con cuidado los setos para darles forma, mientras otros regaban las coloridas flores que salpicaban el paisaje con su belleza vibrante.

El cantar de las coplillas también resonaba para amenizar la jornada: «¿Por qué el de Baztán levantó palacio en el Viso? Ya ves, hermosa moza, porque pudo y porque quiso».

El aroma de aceites, sales y pigmentos se escapaba por el portón del salón de honor y se mezclaba con la fragancia del tomillo: los artistas trabajaban con esmero en plasmar la grandiosidad de la batalla de Lepanto en los frescos del techo.

De repente, un tumulto que provenía del salón interrumpió la tranquilidad del lugar. Don Álvaro entró. Con curiosidad y sorpresa, vio al maestro Perolli que agarraba de la nuca a un joven, mientras ambos pugnaban en medio de una acalorada discusión.

—*Maledetto birichino* —gritaba el pintor, furioso.

El chico, de no más de diez años, hijo de una de las sirvientas del palacio, tenía el pelo negro, enredado y con restos de pajilla, y la piel tostada por horas de trabajo al sol en los campos de cultivo del pueblo. Con una camisola desgastada, unas calzas raídas de tela áspera y esparteñas medio embarradas, desafiaba al pintor, argumentando con vehemencia que las costas representadas en el boceto a carboncillo del techo no coincidían con la realidad del golfo de Lepanto.

—*Toda la ribera sur, desde Patras hasta Lesterocori, es un chafallón.*

El marqués observó la escena con atención, asombrado por el brío del chico. Se acercó con paso firme, e intervino en la disputa con una calma que denotaba su autoridad.

—¿Qué está sucediendo aquí? —inquirió con voz serena, pero enérgica.

El pintor Perolli se enderezó, soltando al joven con brusquedad, mientras lanzaba una mirada desafiante al noble.

—*Signore*, este *ragazzino* se atreve a cuestionar mi obra —se quejó el pintor, con un deje de irritación en su voz—. Afirma que las costas están mal representadas en el boceto del fresco.

El joven, con la mirada pendenciera y el rostro imperturbable, no se amilanó ante la presencia del marqués.

—Es cierto, señor. Lo que se muestra aquí no coincide con los mapas de Porcacchi que usted utilizó en la batalla de Lepanto.

Don Álvaro contempló al chico con fascinación e interés al percibir pasión y conocimiento en sus palabras. Se acercó a él con una curiosidad creciente.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre los mapas de Porcacchi?

El chico enrojeció al darse cuenta de que su locuacidad lo había traicionado y calló. El almirante, acostumbrado a leer en la faz de los hombres lo que la boca silencia, se mantuvo rígido e insistió.

—Esos mapas no salen jamás de mi despacho. Será mejor que hables. No sabes lo tozudos que son los cuervos cuando picotean los pies de los colgados cabeza abajo.

El semblante del muchacho se tornó blanco como la escarcha al oír de los pajarracos. Con esfuerzo, se sobrepuso a la sequedad que le cuarteaba el gaznate.

—Excelencia, lo que más me gusta en el mundo es contemplar los mapas y soñar que soy un águila que sobrevuela los navíos en medio de la batalla —explicó el joven, sin disimular su repentino entusiasmo—. Me sé de memoria los mapas que se guardan en su despacho. Cuando usted se ausenta, y siempre que puedo, me cuelo por el pasadizo y la puerta secreta. Y también en la biblioteca. Conozco cada rincón del palacio, incluidas las estancias y galerías ocultas, desde que vi los planos del Bergamasco. Solo necesito observarlos una vez. Luego, ya los recuerdo para siempre, como si los viera, aunque ya no estén ante mí.

Don Álvaro quedó impresionado por la explicación del chico. Lo llevó a la biblioteca del palacio, donde una vasta colección de libros y códices llenaba las estanterías.

—¿Acaso pretendes convencerme de que sabes leer y escribir, rapaz?

—Así es, señor. Hace dos años, mosén Jerónimo me sorprendió mientras curioseaba las iluminaciones en los libros de la iglesia de la Asunción. Supuse que me tomaría por un ladronzuelo impío y que me entregaría al alguacil; así que, en mi desesperación, le rogué que me descifrase el significado de aquellas letras que, por entonces, no eran más que signos desconocidos para mí. El buen Dios quiso que el fragmento dijese: «Enseñar al que no sabe».

—Y corregir al que se equivoca —dijo don Álvaro.

—También perdonar al que nos ofende —replicó el chico con la osadía del que se da por perdido.

El marqués de Santa Cruz dio la espalda al muchacho arrogante para ocultarle la enorme sonrisa bajo el mostacho.

—Si sacara un libro de los estantes sin que pudieras verlo, ¿sabrías reconocer cuál es? —preguntó, señalando hacia los tomos.

—Ya falta uno: «Regimiento de Navegación», de Pedro de Medina.

Era, precisamente, el libro que leía el almirante en esos días, en su antecámara, antes de dormir.

—*¡Per tutti i demoni!* ¿Cómo te llamas, rapaz?

—Mateo Ruiz, señor.

—¿Quieres ser paje a bordo de la Concepción, Mateo?

* * *

La campana de la torre de Belém tañe lejana: niebla en el estuario. La fiebre asalta al marqués, de nuevo, con ferocidad: la respiración agitada y el sudor perlado en su frente son señales inequívocas. A su lado, Mateo observa con preocupación cada gesto del anciano noble, consciente del delicado estado en el que se encuentra.

—Agua... —balbucea el enfermo con voz débil, extendiendo una mano temblorosa hacia su ayudante.

El joven se apresura a servirle un poco de agua en un vaso de plata, y con cuidado, le da a beber sorbos pequeños. Cuando siente el tacto de la piel del almirante, nota que el ardor abrasa su cuerpo frágil.

—La fiebre no mengua, señor —informa Mateo con seriedad, mientras le coloca un paño de agua fría mezclada con vinagre sobre la frente para aliviar su malestar.

El paciente cierra los ojos, dejándose llevar por el frescor reconfortante de la tela húmeda. Sin embargo, su mente divaga en un torbellino de pensamientos turbios y delirantes. Comienza a hablar entre dientes, en voz baja, como si estuviera sumido en un trance, su cuerpo sufre algunos espasmos. Por lo poco que se entiende, parece recordar con angustia los horrores de las batallas en las que ha participado.

—¿Me perdonará Dios por tantas muertes? —susurra, con la mirada perdida en la distancia—. ¿Por las ejecuciones de Villafranca?

Mateo escucha con atención, sorprendido por la inquietud del marqués. Recuerda las acciones de don Álvaro en las Azores. Seis años atrás, tras la batalla, nos dirigimos a la isla de San Miguel para reparar nuestros barcos y atender a los heridos. Pero también con el deber de juzgar a los prisioneros en consejo sumario. La acusación fue por piratería, pues combatieron bajo bandera francesa sin que Francia estuviera en guerra con España. Su defensa argumentó que existía un conflicto secreto entre nuestras naciones, pero don Álvaro no admitió las patentes que presentaron los capturados como justificación. Firmó las sentencias de muerte, según las instrucciones de Felipe II y el falaz beneplácito de Enrique III de Francia: fueron degollados los señores y caballeros, ahorcados los marineros y soldados.

En silencio, con el corazón apesadumbrado por las palabras del marqués, y a pesar del respeto que siente por él, no puede evitar cuestionarse las decisiones tomadas en nombre de la guerra y la justicia. La sombra del remordimiento invade la estancia y el alma de los marinos. Mientras, el almirante se sumerge sin remisión en los recuerdos.

—Mateo, ¿te acuerdas de Tercera?

* * *

Isla Tercera, julio de 1583

En la mañana del veintitrés, apenas fondeada la flota, fracasó la gestión del emisario Rabelo ante el gobernador Da Silva para rendir la isla. Mandó el marqués de Santa Cruz una pequeña barca con dos rebeldes capturados en segunda embajada, que también fueron recibidos con fuego artillero y apenas lograron salvarse a nado. Visto que habría combate, por la tarde hicieron un primer reconocimiento, a bordo de una galera: don Álvaro, Oquendo, Marolín de Juan y dos ingenieros marinos. Decidieron que el mejor lugar para el desembarco sería frente a los islotes.

El día veinticuatro, hicieron dos exploraciones más, a las que se unieron Lázaro de Isla y los Menesa, y los maestros de campo Bobadilla e Íñiguez.

Al anochecer, a la luz de múltiples candiles que iluminaban el camarote de Don Álvaro, debatían los capitanes y maestros si, entre las escasas opciones, una zona de viñedos, en la costa frente a los islotes, era la de menor dificultad para arremeter.

El cartógrafo Mateo Ruiz asistía en segundo plano. El marqués reparó en que el joven tenía la mirada perdida en los tablonés del suelo y, en apariencia, no prestaba atención. El viejo marino sabía qué significaba esa actitud. En ese instante, como si hablasen sin voz, se escudriñaron. Don Álvaro alzó la barbilla, un gesto casi imperceptible, pero Mateo asintió e interrumpió la conversación.

—Con todo respeto, señorías: nos estamos basando en un mapa francés, reciente y detallado que, con gran fortuna, hemos encontrado a bordo de un navío rebelde portugués que había salido de Tercera para localizarnos; y que hemos capturado tres días atrás sin necesidad de disparar ni un mosquete. Demasiado fácil. Me temo que pretenden hacernos desembarcar en una zona poco adecuada y bien defendida. Creo que el barco solitario es una trampa y el mapa, falso.

Algunos de los asistentes, curiosos, dejaron de comer una sopa de arroz con garbanzos y tocino acompañada de galleta dura.

—¿Qué te hace pensar que este mapa es falso, muchacho? —Marolín de Juan, con el ceño fruncido, se revolvió en su taburete.

Mateo debía responder con cuidado. Para ganar tiempo, agarró un trozo de biscocho y lo mojó en un cuenco de madera con vino aguado.

—Porque he tenido la oportunidad de estudiar compendios portugueses de cartas náuticas en el pasado. Recuerdo otro mapa, tal vez no tan preciso como este, que tuve ocasión de ver en la capitania de Lisboa, tras los apresamientos del año anterior en la batalla de San Miguel. —Señalando con su cucharón el mapa extendido sobre la mesa, añadió—: Hay un tramo de litoral aquí, que parece haber sido alterado aposta: los cartógrafos franceses no son

nada torpes y no cometerían semejante error. Diría que es una añagaza del almirante Chaste.

Don Álvaro, sentado al fondo del camarote, observaba la conversación con interés y cierta diversión. La cara de Marolín le recordaba la del pintor Perolli una década atrás.

—¿Y qué nos impide seguir con el plan original, aunque el mapa sea falso? —dijo el piloto del San Martín, con un gesto de impaciencia—. La zona de los islotes está bien trazada.

El ingeniero levantó la vista del mapa y clavó su mirada en el oficial.

—Sugiero que consideremos otras opciones antes de arriesgar nuestras vidas y las de los hombres —respondió.

Don Álvaro recorrió con su mirada evaluadora los rostros de los capitanes y maestros y asintió.

—Tienes razón, Mateo. No podemos permitirnos cometer errores en esta misión —dijo, con voz grave y autoritaria.

Marolín cerró los puños, pero aceptó resignado ante la lógica del cartógrafo.

—Está bien, consideraremos otras opciones. Necesitamos encontrar una solución con rapidez —concedió, con un suspiro de frustración.

Mateo Ruiz mojó la punta de un cálamo en el tintero del marqués y perfiló un tramo de la línea costera. A continuación, marcó con una cruz un punto sobre el trazo recién dibujado.

—La caleta de las Molas. La han eliminado del mapa. Apuesto a que es un enclave peor defendido e inmejorable para el desembarco.

«Del día veinticinco: Los maestros; los capitanes: Texeda, del tercio de Bobadilla; de Isla, del tercio de don Lope de Figueroa; Francés, de las banderas

que traen a su cargo Sandoval y Oquendo; los pilotos: Bargas y Cordero Rodríguez; y el ingeniero cartógrafo Mateo Ruiz, fueron a reconocer el lugar por donde arremeter; y costeano vieron que una caleta que llaman el Puerto de las Molas, era el lugar por donde con mayor facilidad se podía la isla asaltar. Empero no se detuvieron a reconocerla para no despertar sospechas y navegaron a los Islotes, dándose cuenta entonces de las dificultades que entrañaría la realización de un desembarco en aqueste lugar.

»Expuestos ante el consejo los argumentos contrarios al paraje elegido al inicio por parte de los maestros de campo, y apuntadas las ventajas observadas de pasada en las Molas, se acuerda su reconocimiento y sondeo en el momento de la oscurecida, que realizan Padilla y Eraso, por un lado, y Figueroa y Bobadilla, por otro. A la vuelta, sopesada la nueva información, el consejo decide embestir por la ensenada de las Molas».

Álvaro de Bazán releyó la anotación del escribano en el pliego del cuaderno, la visó y mandó que la guardara en la bitácora.

* * *

Valladolid, marzo de 1605

—Al alba del veintiséis, don Miguel, cuando apenas se divisan los primeros destellos de luz en el horizonte —contaba Mateo Ruiz, con la lengua algo trabada por algunos cuartillos sin aguar, pero con tal fervor que parecía revivirlo—, la capitana se adelanta para dar la señal de soltar los remolques, barcas, pataches y chalupas, marcando así el inicio de la remada de las embarcaciones hacia la costa. En un instante, todas las galeras comienzan a golpear la tierra con un ímpetu tal, con tanto cañonazo, que los disparos hacen temblar el mundo entero, con el estruendo resonando y expandiéndose por los valles y montañas a cada vuelta de las balas, levantando una densa nube de humo que atemoriza a quienes lo presencian. A nada igual he asistido en mis cuarenta años, sepa vucencia.

»Ante el ataque repentino, los defensores apenas tienen tiempo a utilizar su artillería, ya que deben dirigirse sin tardanza a las trincheras para hacernos frente con fuego de arcabuz y mosquete a los que arremetemos. Solo un cañón del fuerte, en el flanco izquierdo, nos dispara sin cesar.

»La resaca dificulta el desembarco, pero no lo impide: algunos logran alcanzar la tierra firme con sus embarcaciones, otros encallan en afiladas rocas... mientras que los demás, ante la imposibilidad de todos los barcos de acceder al puerto por su tamaño reducido, se lanzan al mar; unos con el agua a la cintura, otros hasta el pecho; y muchos, armados de aceros sujetos entre los dientes, se lanzan a donde es un misterio que no se ahoguen.

El ingeniero cartógrafo tenía los ojos fijos en la lumbre de la taberna. Sin desviar la mirada, sirvió un nuevo cuartillo de la jarra y lo arrió al alcance de la única mano capaz del otro comensal.

—Los primeros en echar pie a tierra en la caleta de las Molas —prosiguió— son el alférez Francisco de la Rúa, el capitán Luis de Guevara y vuestro hermano, el soldado Rodrigo de Cervantes.

* * *

Avanzada la madrugada, algún bribón borracho canturrea una canción triste, como todas las portuguesas. Don Álvaro duerme algo. El ingeniero cartógrafo contempla los mapas de las costas inglesas que recubren las paredes del gabinete anejo a la alcoba. Sabe que ninguno de los dos irá ya en la expedición, cuando su majestad decida enviarla, pero no puede evitar su fascinación por las cartas náuticas, por el arte de la cartografía, por los adelantos ópticos y mecánicos para la navegación... Vuelve a imaginarse como si fuera una parde-la, un charrán o un somormujo, sobrevolando los navíos del marqués durante las mil escaramuzas que han peleado.

En el silencio de la alcoba, el paciente se remueve inquieto en su lecho. Mateo, absorto en la contemplación de los mapas, apenas percibe el movimiento. Sin embargo, cuando la voz cansada pero recia del marqués rompe el silencio, el joven vuelve la mirada, alertado.

—Acércate.

El oficial observa atento sus gestos cansados.

—¿Qué sucede, señor?

Don Álvaro suspira con dificultad. Se escucha como una rompiente que emana de su pecho.

—Me atormenta ser cesado del mando por los retrasos de la armada —confiesa el veterano marino—. Pero lo que más me consume es la frustración por la falta de medios. No podemos librar una guerra sin las herramientas adecuadas. El rey lo sabe.

Mateo asiente, comprende la gravedad de la situación.

—Y no puedo ignorar las intrigas cortesanas de Medina Sidonia —añade el marqués, su ceño fruncido con pesar—. Ese don Alonso es un hombre más diestro navegando entre los salones de palacio que sobre las olas. Sus maquinaciones socavan nuestros esfuerzos con la armada. Inexperto, incapaz, se marea a la menor marejadilla... Más nos valdría que tocase la vihuela para las damiselas.

Mientras el viejo habla, Mateo nota cómo sus manos tiemblan y se sienta junto a él.

—El poder emponzoña las más nobles conciencias, señor —responde con gravedad—. Y aquellos que lo buscan a menudo sacrifican el bien común en aras de sus propios intereses.

Don Álvaro entorna los ojos, agradecido por las sabias palabras de comprensión del ingeniero. No se equivocó con él.

—Es una verdad que aprendes a lo largo de los años. Los consejeros deben ser elegidos con cuidado, pues algunos buscan solo su propio beneficio.

Mateo permanece en silencio, respetando el momento de reflexión del marqués. Finalmente, después de una pausa, el noble se ladea en su lecho, agotado por la conversación, en busca de un aire que ya no halla.

—Gracias, rapaz.

Más tarde, se escuchan gallos; ahora, los perros ya ladran. De los pulmones del almirante solo llega un último silbido débil, como un chifle en una nao lejana. Mateo Ruiz, saca del fajín la carta de Felipe II del día cuatro, por la que ordena la destitución de don Álvaro de Bazán y Guzmán, el Invicto, y la arroja a las llamas de la chimenea. Por la ventana, vislumbra bandadas de gaviotas sobrevolando los muelles. ¿Acaso recordarán las aves los mapas del cielo?

Entre sueños y estrellas

José Miguel Cocera

Relato ganador del Accésit del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2024»

Entre sueños y estrellas

José Miguel Cocera

Aún era pronto. Las primeras estrellas comenzaban a mostrarse muy tenuemente. Mi hija revoloteaba junto a Alvin, nuestro perro, mientras yo preparaba todos los elementos sobre la manta para la observación que me proponía realizar. Estrellas fugaces, meteoritos, cometas y mitos habían sido parte de las lecturas de aquella semana con mi pequeña Carolina. Habíamos navegado por nuestro sistema solar entre imágenes, fotos y libros infantiles dedicados a la astronomía. La marca de salida para tan febril expectación tuvo lugar en una visita el fin de semana pasado al Aula de Astronomía que se encuentra en el Observatorio de Yebes. Pretendía hacer mella en la curiosidad propia de una niña de nueve años.

Tras el descubrimiento de Orión al este del cielo primaveral en una excursión a la sierra norte, Carolina bullía en un mar de preguntas sin resolver. Cada noche, en nuestro paseo con Alvin buscaba los Tres Reyes Magos, el cinturón del cazador en el cielo estrellado. Me encantaba verla alborozada mientras rastreaba las constelaciones que ya reconocía. Desde la Osa Mayor seguía los pasos de la eternidad, la estrella Polar, Casiopea, Perseo y Las Pléyades (a Carolina le gusta más conocerlas como Las Siete Cabritillas), hasta reencontrar a su nuevo amigo circumpolar.

La visita al Aula fue un revulsivo para ambos. Los meridianos, el ciclo lunar, el geocentrismo ptolemaico de mil años, nuestro sistema solar, la carrera espacial... dejaron de ser un misterio tras las explicaciones del monitor en el planetario. Quedamos hechizados por aquella catarata de ciencia y voluntad ante

lo desconocido. Ser consciente del espacio que nos rodea y fluye a nuestro alrededor, de cuál es nuestro ínfimo y escondido lugar en el universo, intuir la maravilla de lo infinito me convirtió de nuevo en un niño asombrado, de curiosidad insaciable. Salimos ambos de aquella visita motivados para dar un paso más. Estábamos en abril, el cielo limpio tras las últimas lluvias me animaron a preparar una salida nocturna. Nuestros corazones, nuestras mentes estaban preparadas para ver y sentir, buscar e indagar, maravillarnos con la sencillez de la noche y su manto de estrellas.

Teníamos todo lo necesario para acompañar a las Líridas, una lluvia de meteoros que siempre vuelve por primavera. Colchoneta, mantas, bocadillos, colacao caliente, nuestros frontales de luz roja, manta y comida para Alvin, faltaría más. Nuestra ubicación en un curioso parque urbano en medio de encinares y campos de labranza en las afueras del pueblo permitía divisar las antenas del Observatorio de Yebes a unos escasos dos kilómetros. Era fácilmente reconocible el contorno de la gran antena, el radiotelescopio de cuarenta metros, por las luces de posición en su base y en el foco primario, justo en el centro del plato. Nuestro objetivo, la constelación de la Lira, contiene una estrella azul de las más brillantes, Vega.

En esa semana frenética donde habíamos indagado sobre estrellas por tierra, mar y aire, rescaté una película que me parecía apropiada. «*Contact*», basada en una novela de Carl Sagan sobre la historia de Ellie Arroway, la niña que persigue su sueño, su curiosidad por las estrellas y termina por recibir una inexplicable señal de radio desde Vega. Me pareció un buen hilo conductor para seguir la senda de la radioastronomía y dar un velo épico a nuestra aventura. Ya estábamos preparados. Buscamos la constelación en el cielo, tarea nada fácil. Primero tocaba localizar el Cisne, buscamos Casiopea hasta llegar a Cefeo a su izquierda, de ahí al Cisne y por fin vimos el triángulo de verano y a su protagonista, Vega. Ya teníamos el punto de donde parecen partir las estrellas fugaces, el radiante.

—Papá, ya son las doce —A Carol le brillaban los ojos de emoción.

—Preparada Carol, el que cuente más estrellas tiene premio.

La emoción era compartida. Formábamos parte de una expedición singular. Íbamos a seguir los pasos de tantos sabios, sacerdotes y astrónomos que ya habían encontrado a Vega en sus observaciones. Desde quienes creían ver en aquellas lluvias de estrellas el favor de los dioses, hasta el descubrimiento de los cometas y su reguero estelar, fragmentos de polvo y hielo olvidados en la órbita terrestre alrededor del Sol.

El cielo oscuro apenas se rasgaba con el parpadeo de las estrellas. Se habían esperar los primeros meteoroides. Repentinamente, a nuestra derecha, directamente desde el Norte marcado por la estrella polar, el cielo se llenó de colores. Una intensa ola carmesí inundó el horizonte. Un hermoso fuego de fondo con olas verticales en diferentes tonalidades como un gran biombo ante un escenario suspendido en el horizonte, danzando mientras cambiaba de forma y color. La base de este sorprendente tapiz de color hiriente se tornó verde. El efecto se mantuvo unos pocos minutos. Desapareció tan rápido como había llegado. Nos quedamos mudos.

—Papá, ¿qué ha sido eso? ¿Por qué tiene colores tan brillantes?

—Creo que es una aurora boreal, hija, luego miramos la web del Observatorio y seguro que encontramos la explicación.

Pasados unos minutos, las luces exteriores del Observatorio se encendieron repentinamente. Se podían ver los edificios y toda la superficie iluminada de forma inusual. Inmediatamente se escuchó una sirena, un pitido inquietante más propio de una llamada a zafarrancho de combate que de la suave calma que reina entre estas antenas tan volcadas en curiosear en la cuna de las estrellas, en los orígenes del universo.

Algo no iba bien. Nada es casualidad. Primero un evento natural inexplicable y segundo esta anómala actividad del Observatorio. Recogimos nuestro fallido campamento astronómico y volvimos a casa, con las ganas intactas, la curiosidad insatisfecha y más preguntas sin respuesta aparente.

II

Mi turno comenzó con una buena dosis de café. Las guardias nocturnas en el Observatorio habían mejorado desde que decidí llevar mi propia cafetera. Las largas horas de control rutinario en el centro de mando de la antena de 40 metros de Yebes requerían una buena dosis de atención. El protocolo de seguimiento de las distintas misiones asignadas a las dos antenas en activo exigía un contacto permanente con las otras instalaciones de la red VLBI de Europa. Rastreábamos, junto a las antenas de Jodrell Bank en Inglaterra y Medicina en Italia, en la frecuencia de 1 GBps. Estábamos centrados en una nueva nube molecular, rastreando el material interestelar, a 26 000 años luz, más allá de la Vía Láctea. Era medianoche. No importaba la densa oscuridad sin luna. Más allá de la atmósfera de la Tierra, del otro lado del cielo, existe un universo cargado de radiofrecuencias, huellas del espectro electromagnético que inundan cada esquina del cosmos.

Me gusta mi trabajo. Las largas horas de rastreo rutinario y comprobación de los análisis adecuados en cada magnitud me abstraen de mi vida, apartado de mi familia, a quinientos kilómetros de cualquier cara reconocible, de cualquier afecto. Lo prefiero así. Prefiero el mundo que puedo controlar, de medidas conocidas, de consecuencias previsibles. Me pierdo en los vericuetos del corazón, sobre todo en los ajenos. A veces envidio a mis compañeros, con sus novias y familias tan cerca. Soy un ratón de biblioteca, sigo buscando la soledad de la lectura, de la investigación, de la observación en el recóndito espacio exterior.

La radioastronomía es capaz de identificar, en distancias máximas, desde lo más pequeño, una molécula, hasta la más inabarcable de las reacciones estelares. Puede extraer de un pulso, un sonido cuasi imperceptible, plasmar en la línea de color de un gráfico cada elemento químico suspendido, buscar más allá de nuestra galaxia el código de la vida. Indagar sobre el origen, la evolución y la suerte del universo.

Hoy la misión principal era la astroquímica. También hay tareas auxiliares, no menos importantes. Meteorología, geodesia, volcanes, sismos. Eran innumerables las rutinas de control de medición que debía revisar en esas ocho horas que me quedaban por delante. Las únicas caras que iba a saludar estaban

en Holanda, en las Azores o en las Canarias. Tan noctámbulos como yo, mis compañeros de oficio esperaban el primer control de las 2:00 a. m. para ponernos al día en la vigilancia y comprobación de análisis y señales. Y de paso, salpimentar nuestras solitarias vidas.

Mi segundo café marcaba una fase más en el trabajo diario. A las 00:30 enterraba en panela mi bañera de café cuando al alzar la vista por los ventanales de la sala descubro que, donde debía haber nebrura y la nada, ahora había un manto de luz carmesí cubriendo el horizonte. Miré instintivamente mi reloj Casio, las 00:31. La tonalidad se fue haciendo gradualmente verde en su base. No salía de mi asombro. Corrí hacia mi puesto. Una aurora boreal imprevista así debía quedar registrada en las estaciones variométricas de San Pablo de los Montes en Toledo y Güímar, en Tenerife. Tenía acceso a la pantalla de verificación de los magnetogramas diarios. Era extraño no contar con una previsión de una posible tormenta solar con la magnitud suficiente para generar una aurora boreal tan intensa que pudiera verse hasta en Guadalajara. Algo no encajaba en los patrones extrañamente habituales del comportamiento del Sol y su influencia en el campo magnético terrestre.

Una vez sentado en la consola de control pude comprobar que había varios sensores de aviso encendidos. En primer lugar, abrí los paneles dedicados al geomagnetismo. La red de variómetros daba una lectura única, un pico de máxima frecuencia a las 00:31 pero, sin embargo, no registraba variaciones apreciables en el campo magnético terrestre, los cinturones de Van Allen mantenían una estructura estable, la radiación solar no mostraba alteraciones. Era una situación anómala más allá de las lecturas. La previsibilidad que permite un control rutinario de determinadas señales chocaba con la inusual normalidad de las constantes que los instrumentos marcaban ante un evento de esa magnitud. La realidad marcaba un nuevo escenario sin retratar por los manuales del oficio. En esos casos solo queda una salida. Llamar al siguiente escalón. Despertaría a alguien, se encenderían las luces de otros despachos. Era la hora de que alguien más entendido que yo analizase la situación. Sonó el teléfono.

—Hola, soy Cosme, de Güímar. Acabamos de ver algo parecido a una aurora boreal. ¿En Yebes también?

—Cosme, soy Antonio. Sí, aquí también lo hemos visto, sin embargo, no vemos cambios en los magnetogramas. Todavía no sé qué está pasando. Voy a llamar a la Dirección del OAN. Estamos en contacto Cosme, mejor por *e-mail*.

A continuación, marqué el número asignado para emergencias en el OAN. Dejé registrado el mensaje con un breve informe de lo acontecido y envié un *e-mail* con los datos marcados en los controles, variómetros, magnetogramas y las fotos que pude hacer cuando repentinamente el cielo se volvió carmesí. Solo faltaba esperar una respuesta y sin duda, muchas preguntas.

Todavía me quedaba por digerir todo lo ocurrido, cuando clavé mi mirada en los leds rojos que parpadeaban en dos indicadores más. La red de alerta sísmica desde la estación de Vila Do Porto en la isla Santa María de las Azores. También parpadeaba la red de alerta de tsunamis desde el mareógrafo de Ponta Delgada en Azores. Demasiadas casualidades, un caos naciente que amenazaba la rutina de una guardia nocturna más.

Para colmar el vaso de las urgencias, se abrió la pantalla del *e-mail* interno con un mensaje demoledor:

«AG (alerta general). Conexión urgente en videoconferencia con Servicio Internacional red VLBI a las 01:00 GMT, prepare informe de alertas geomagnéticas y posible actividad sísmica en placa tectónica europea-africana. Nuevo objetivo de observación VLBI de Aries XXI para control geodésico de punto geográfico en 84° 03' N, 174° 51' O a las 01:30 GMT. Coordenadas siderales para cuásar TON618 a las 01:25 GMT. Todo el personal queda en estado activo».

Por mi reloj eran las 12:47, tenía trece minutos escasos para preparar los datos requeridos. Todos los que trabajábamos en esta instalación conocíamos la existencia del botón rojo. Una urna acristalada en la consola de control cobijaba en su interior un pulsador que nadie había presionado jamás. Ya formaba parte de una leyenda urbana local entre todos los empleados. Su destino dependía exclusivamente de un mensaje interno. AG eran las iniciales que marcaban la acción de uso del ignorado botón rojo. Debía hacer frente a mi deber. Abrí con cuidado la tapa transparente, apoyé mi dedo índice en el botón, cogí aire y lo pulsé. Al instante todas las luces exteriores se encendieron.

El perímetro vallado de la parcela de veinticinco hectáreas donde descansaba el Observatorio, sus antenas y sus laboratorios, se iluminó rabiosamente. La puerta principal quedó cerrada y bloqueada. Este amanecer artificial, esta explosión cegadora de ondas de luz, tenía lugar mientras una sirena estridente, de llamada a zafarrancho, aullaba mancillando el suave silencio de la noche, incluso el frío y lejano vacío entre las estrellas.

Mientras tanto, en mi mente daba vueltas un dato inquietante, curioso, una pregunta que prefería no contestarme sin más. Las coordenadas terrestres que debíamos estudiar entre todas las antenas de la red VLBI enfocaban, tras llegar al recóndito cuásar, un punto concreto del hemisferio boreal, el Polo Norte.

III

Sé que debo dejar de fumar. He prometido que cuando vuelva a España lo conseguiré. Por ahora y mientras esté destinada en esta lejana esquina rusa voy a permitirme el lujo de pecar. Fumar en la terraza de la sala de control para satélites meteorológicos se convierte en un momento único, de comunión con un paisaje irrepetible, sobre todo durante el crepúsculo boreal. Las áreas de lanzamiento se divisan en el horizonte, mudas, esperando liberar un vigía capaz de encontrar desde su órbita el origen de tanto caos climático.

La beca de doctorado del MIPT (Instituto de Física y Tecnología de Moscú) me había traído al cosmódromo de Plesetsk, el más septentrional del mundo. Esta instalación se usa sobre todo para el lanzamiento de satélites climáticos, mi especialidad. Era la española entre un grupo de becados europeos, principalmente alemanes y polacos. Mis apellidos hispano-rusos y poder hablar ruso con fluidez desde niña, gracias a mi madre, tenían sus ventajas. Para todos era la doctora Molina. Formábamos un crisol de estudiantes alborozados por la oportunidad de trabajar nada menos que en un cosmódromo, a escasos ciento veinte kilómetros del Mar Blanco. Los sábados renacía el ardor patrio en el aperitivo. Cada uno rescataba de sus raíces los sabores y esencias de cada casa, cada rincón de nuestro ansiado país, tan sentido y lejano.

Ya es casi medianoche. Tras unas horas de análisis y comprobaciones para el lanzamiento previsto a primera hora de la mañana, volví a mi rincón favorito

de la terraza. El cigarro y el café son mi arma secreta en el turno de noche. La oscuridad era completa, amenazada escasamente por las hileras de luces leds que dibujaban en el suelo una línea recta hacia el horizonte y desembocaban en el área de lanzamiento 1 y 2. Las luces rojas rodeaban la base de las torres y recorrían la vertical de ambas estructuras hasta la cúspide. Al fijarme un poco más advertí que la torre 1 estaba en funcionamiento. En la escaleta de lanzamientos no había programado ningún satélite antes que el mío. Entré en la sala de control, comprobé en la consola el silo 1 y saqué los prismáticos que siempre guardo en mi mesa. Al afinar la visión pude adivinar la presencia de un nutrido grupo de personas, todas uniformadas. Parecían militares, les delataban sus insignias doradas en las gorras y chaquetas. El silo estaba abierto y la nube de gases que salía a borbotones era signo inequívoco de un lanzamiento inminente. Quedé petrificada esperando la salida del vehículo. Quería ver exactamente qué tipo de proyectil utilizaban. A las 00:00, justo a la medianoche se escuchó el rugido inconfundible de la combustión que impulsa a un cohete en su salto al vacío. Apareció lentamente, por encima de la línea de luces rojas de la base del silo el proyectil. Pude leer las letras en el lateral de la sección de guiado del cohete. Era un nombre breve. Recordaba bien donde había visto antes esas seis letras. No pertenecían a un satélite meteorológico. Más bien traían un rastro de muerte anunciada. SARMAT. Le llamaban también «Satán II».

Entré rápidamente en el centro de mando. En mi puesto ante la consola busqué los datos del recién eyectado proyectil. Al ver las coordenadas del lanzamiento quedé todavía más extrañada por lo que acababa de presenciar. SARMAT es el nuevo misil balístico de medio alcance cuyas pruebas se habían publicado recientemente al ser lanzado desde este mismo cosmódromo en dirección a la tundra siberiana más oriental. No era una misión científica lo que alentaba esta misión. Debía hacer una comprobación y una llamada. Quizás alguien en España sabía más que yo sobre qué había en esas coordenadas que acababa de descubrir.

Todo el mundo en el centro de control formaba corrillos donde se discutía sobre el proyectil lanzado y la ausencia de respuestas. Fui a la cocina para rellenar mi taza de café. Mientras esperaba a que el *expresso* depositara esa crema espesa del café que tanto me gustaba en mi taza, busqué en mi móvil el número de un antiguo compañero en el Observatorio de Yebes. Había tra-

bajado con él en mis prácticas con la sala de gravimetría y los magnetogramas, y además él estuvo de prácticas con el Consejo Ártico en la base polar que se inauguró hace dos años. Quizás Antonio sí podía arrojar alguna luz sobre que hacía un proyectil balístico dirigido al Polo Norte.

En ese momento, tras escribir un wasap a Antonio, escuché un montón de gritos en la sala de control, desde la puerta de la minúscula cocina alcanzaba a ver cómo un grupo de personas armadas, soldados de uniformes negros, que no parecían del Ejército ruso, reunían al personal en un solo grupo ante la pared junto a la salida del edificio. En ese momento comenzaron a dispararles y vi a mis compañeros cayendo ensangrentados en el piso entre un ruido atronador de muerte y destrucción. Me sentí en peligro, debía esconderme, quien parecía el líder de aquellos soldados enmascarados contaba los cuerpos y revisaba un documento donde imagino que estaba la relación del personal, incluida yo misma. Salí por la pequeña ventana de la cocina y subí por una pequeña tubería del patio interior al piso superior. Me escondí en el almacén sin saber muy bien que hacer. Repentinamente se accionó la megafonía del edificio. Alguien en un incipiente y atropellado español me llamaba.

—Doctora Molina, doctora Molina, preséntese en la sala de control de inmediato.

Sabían que no estaba muerta. No pensaba darles opciones para ello. Al cabo de apenas unos minutos, el cielo nocturno a través de las ventanas se convirtió en un manto rojo, del carmesí al verde en la aurora boreal más intensa de las que hasta ahora había divisado en mi estancia rusa. El misil ya había alcanzado su objetivo. Con una velocidad de *match 5* podía salvar una distancia de hasta dos mil kilómetros en pocos minutos. Plesetsk estaba a casi mil ochocientos kilómetros del Polo Norte geográfico.

Siempre me ha gustado leer, sobre todo de conquistas y descubrimientos. De sus personajes, de quienes gobiernan el designio de todos, de aquellos capaces de hacer girar el futuro con esperanza, de Adriano a Churchill, de Hipatia a Camus. También de los perdedores y de la gente sencilla que intenta vivir y ser feliz, reine quien reine. Me aterran las guerras y cuánto se parecen al paso de los años, con perspectiva. Sus objetivos siempre son obvios. La conquista del territorio para saquear las materias primas, la riqueza ajena. Se ataca a la

población civil, se confisca el petróleo, el gas, el agua, el grano, el oro. También se administra el miedo con la villanía de considerar al terror más efectivo que la paz. Es en la oscuridad de la guerra donde se advierte la medida de las personas, también de los gobernantes, de su ego. Nada ha cambiado cuando se suelta a los perros de la guerra, nada hemos aprendido.

Mientras pensaba cómo salir de allí con vida intenté encontrar una razón para el lanzamiento de un misil bélico al Polo Norte. Un espacio compartido por varias naciones y respetado como uno de los últimos confines vírgenes de nuestro gastado planeta. Recordé las coordenadas que aparecían como objetivo. No coincidían con el Polo norte geográfico. Pertenecían a la nueva estación científica, dirigida por el Consejo Ártico, cercana a la isla de Kaffekluben. Es la tierra firme más cercana al Polo Norte, en la costa de Groenlandia, a 700 km del Polo.

El misil lanzado era capaz de transportar varias cabezas nucleares. Significaba que a su reentrada en la atmósfera terrestre podía desplegar varias ojivas con objetivos diversos, situados a cientos de kilómetros entre sí. Pero ¿Por qué al Polo Norte?

El horizonte era funesto, entendí de repente la cascada de sucesos catastróficos que pondrían en jaque a todo el planeta. Un pérfido juego de dominó donde cada ficha representaba un mal apocalíptico, superior a cualquier plaga bíblica en el pasado. Cualquier variación drástica en el frágil equilibrio del clima polar perjudicaría a todos los países del hemisferio boreal, incluida Rusia.

Pensé en las consecuencias de un impacto múltiple y simultáneo de varias cabezas nucleares en la superficie polar. La primera pérdida sería la base científica de Kaffekluben. Contaba desde hacía solo dos años con un radiotelescopio que ya formaba parte de la red VLBI. Su funcionamiento era vital para las nuevas líneas de investigación geodésica. De hecho, habían descubierto una capa de hielo primigenia, con más de diez mil de antigüedad, de la última glaciación Würm. Un dato más para estar preocupados.

Estábamos a mediados de abril. La banquisa ártica, la capa de hielo flotante que cubre la zona polar, tenía su máxima extensión con una amplitud de varios millones de kilómetros cuadrados. Tiene un papel crucial en el clima

global, en la regulación del calor en el planeta limitando el flujo de calor entre el océano y la atmósfera. ¿Qué ocurriría si varios impactos nucleares simultáneos repartidos por su superficie convirtieran todo ese hielo en agua dulce? ¿Se resentiría el grado de salinidad del agua del mar, afectaría a las corrientes atlánticas en su transferencia de frío y calor a lo largo de las costas de Europa y América?

El deshielo masivo de la banquisa, ¿produciría tsunamis e inundaciones a lo largo de Europa, qué sería de Copenhague, Londres, Lisboa, Cádiz?

Las detonaciones, que no son de una sino de varias ojivas, ¿serían capaces de producir movimientos sísmicos a lo largo de las fallas que recorren el Atlántico?, ¿y qué decir de las placas continentales?

Es de suponer el aumento de la temperatura en el planeta al desaparecer parte de la capa de hielo que refleja la luz solar masivamente. Conllevará por tanto la aparición de fenómenos climáticos extremos con más sequías, inundaciones y tormentas intensas.

Para todas estas preguntas, especulativas claro, pero muy capaces de convertirse en amenazantes realidades en las próximas horas, podía obtener respuesta de mi amigo y excompañero Antonio del Observatorio de Yebes. El análisis de datos de la red de mareógrafos, de las estaciones de alerta de tsunamis, de las lecturas de gravimetría y estudios sobre las variaciones en las placas tectónicas eran cometidos habituales en sus guardias nocturnas en la antena Aries XXI. Mi único consuelo era saber que, de ocurrir todos los eventos catastróficos que sospechaba, la red de centros científicos en toda Europa podría monitorizar la situación a salvo de veleidades políticas, desde la más pura óptica científica y neutra.

Yo estaba sola, seguía escondida, preocupada por mi vida. Me preguntaba quién podía tener interés en desbaratar la vida de millones de personas. En perjudicar de manera irreversible el clima global. Recordé el color de los uniformes militares que atronaron con sus disparos la sala de control. Hace unos meses leí la noticia de un ultranacionalista georgiano que había provocado varios incidentes. Se llamaba Trediak y había jurado venganza al gobierno ruso junto a su milicia negra.

Se iluminó la pantalla de mi móvil. Era Antonio desde Yebes.

—Hola Amanda, estamos preocupados por ti. Hemos comprobado los datos que nos enviaste. Coincidimos en el diagnóstico. Las lecturas de control verifican la catástrofe que se avecina. El gobierno ya está sobre aviso. Hemos conectado con el cónsul en San Petersburgo y sabe de tu situación, enviarán ayuda. Cuídate mucho.

—Hola Antonio. ¡Cuánto me alegra saber de ti! Me creía en el fin del mundo. Mañana amanecerá de nuevo y tendremos que adaptarnos. Espero que podamos vernos en breve, no sabes cómo echo de menos España y ver las estrellas en Yebes...

IV

—Papá, papá, mira cuantas estrellas, he contado veinte, tengo hambre, quiero galletas, papá despierta.

Abrí los ojos de repente sin saber muy bien donde estaba. Carolina y Alvin me miraban con asombro y con ganas de comer. Comprobé mi reloj, eran las 01:30. Estábamos en el parque de la tirolina, vinimos a ver las Líridas, las estrellas fugaces de abril. Me incorporé y busqué en la oscuridad la silueta de la antena de cuarenta metros en el Observatorio. Todo en calma, las luces rojas de la antena en la base y el plato encendidas. Ni sirenas ni luz cegadora. Entonces, ¿la aurora boreal había sido real?

—Carol, cuando hemos llegado el cielo se ha pintado de rojo verdad?

—No papá, ha estado muy oscuro todo el rato, he podido contar estrellas y Alvin se ha quedado dormido.

En ese momento y mientras le pasaba las galletas a Carolina, me percaté de que todo había sido producto de mi imaginación. La noche cubría aquel paisaje alcarreño, de encinas y sembrados vigilantes, al paso de las estrellas de turno, del saludo de Orión, de la luz infinitamente lejana de Vega, envuelta en un silencio beatífico, sin alarmas ni desastres.

La silueta de aquellas instalaciones era, bajo el frío y negro manto del recóndito espacio, el mejor testigo de un mundo que avanza, un hálito de esperanza gracias a la ciencia que sana, que observa, que mide, que vive entre nosotros. Por fortuna todo lo que me había imaginado era solo producto del último sueño. Entonces el Polo Norte seguía intacto, y la base de Kaffekluben y los silos de Plesetks. Si hay una doctora Molina espero que disfrute de su doctorado. Ha sido una curiosa noche de observación, entre sueños y estrellas.

Recordé una frase recién leída de Octavio Paz «Los signos son sinos y las frases que escriben las estrellas son la historia de los hombres». Por el bien de todos agradecí que la noche siguiera tan inmutable, que un día más no hubiese una espiral de caos que afrontar con urgencia, que la historia se tomara su tiempo y la ciencia siguiera encontrando razones para vivir en paz.

Vamos Carolina, recogemos el campamento, a dormir a casa. Me has ganado por goleada. Bien hecho.

Cielo y Tierra

Laura Ferrer Arambarri

Cielo y Tierra

Laura Ferrer Arambarri

Joan no cree en Dios, pero murmura una oración y se santigua. Acucillado en mitad del terreno, pasa los dedos por la tierra seca y apenas se tiznan de polvo. Sigue farfullando su rezo y mira al cielo, un bloque azul compacto.

A 786 kilómetros de altura, un dios metálico parece escuchar sus plegarias mientras le enfoca con el objetivo de una cámara multiespectral de alta resolución que toma una imagen ultranítida de Ibiza en febrero.

Joan no cree en Dios, aunque reza de vez en cuando, una reminiscencia de su educación de posguerra. Tampoco cree en el satélite Sentinel-2 porque no sabe que existe. En lo que sí cree es en eso del cambio climático porque ya nunca llueve cuando toca y hoy ha salido en mangas de camisa al campo en pleno mes de febrero. Dios no existe; el frío, tampoco.

Entra en casa y se prepara el desayuno. Café recién hecho con una nube de leche y un buen pedazo de sobrasada, que primero torra en la sartén y después unta en el pan payés para que absorba bien la grasa roja y brillante. Åsa. «Hacía días que no pensaba en ella», se dice, aunque sabe que se está mintiendo a sí mismo. En verdad, piensa en ella cada día. No necesita que nada le recuerde a ella porque ella va dentro de su propio cuerpo. Tan cristalina se le aparece, pero no etérea. Es carnal y blanca, con el vestido verde —muy corto— que llevaba el primer día que la vio.

Porque lo primero que vio de Åsa fueron sus corvas. No había visto muchas corvas por entonces, porque era 1965 y vivía en la Ibiza de la posguerra, una isla que hoy nadie se creería que existió. Éramos una tribu perdida en el Mediterráneo cuando llegaron ellas. Las suecas. Sus amigos le llamaron palanquero¹, por ligar con Åsa.

Aún hoy frunce el ceño al recordarlo. Aún le ofende que aquellos pensarán que solo le interesaba manosearla. Aquello fue otra cosa. Åsa le miró a los ojos aquel verano como nadie lo había hecho antes. No hablaban el mismo idioma y no tuvo tiempo de quererla, pero sí de enamorarse.

Se escaparon juntos un día a Formentera a bordo de la «La joven Dolores».

Joan blasfemó cuando se enteró de que habían desguazado aquella joya de barco, lleno de historias.

—Te han salido pecas del sol —le dijo, mirándola a la punta de la nariz, casi bizco de lo cerca que estaba de su cara. Ella no entendió nada, pero se rio, dijo algo en sueco y agitó sus cabellos rubios, dejando que el salitre se posara en ellos mientras trataba de mantener el equilibrio, agarrada con una mano al brazo de Joan y, con la otra, a la baranda de proa.

En la isla-sueño encontraron un lugar entre los pinos cercanos al Estany des Peix.

Él colocó amorosamente la toalla y apartó las ramitas y las lagartijas que reptaban por las piernas blancas y delgadas de ella. Durmieron una siesta con los dedos entrelazados y todavía hoy puede escuchar su respiración y las cigarras. Todavía hoy puede inhalar el calor del verano formenterés a través de todos sus poros, como si estuviese sucediendo ahora. Ese olor a púas de pino secas, a romero templado, al mar cercano, a crema de sol y al sudor limpio de Åsa. Todavía hoy, si cierra los ojos, saborea unos labios de hace casi seis décadas. Tuvo que superar su adiós, fue un amor de verano, pero casi cada día

¹ Palanquero es como se conoce en Ibiza a los hombres que ligaban con las turistas en la época del *boom* de los años 60 y 70 del siglo pasado.

se le aparece como un fantasma amable que le recuerda que fue joven y que amó a alguien «como se ama en las películas», murmura.

Ya se le ha pasado el enfado por la sequía, siempre que piensa en Åsa todo lo malo se le olvida.

...

Johanna Linghren se desplaza por la estación Estrack de la Agencia Espacial Europea a lomos de su *spark*, uno de esos trineos suecos de patada que tanta gracia hacen a los visitantes, pero que para ellos son tan comunes como lo son las bicicletas en Ámsterdam.

Respira profundamente y siente el hielo de los -10 grados en los pulmones. Febrero es su mes favorito, pero ni ella misma sabe por qué. Hace muchísimo frío y lo único que se ve es un manto de nieve. Lo normal cuando vives a 150 kilómetros del círculo polar ártico.



La antena más cercana a las instalaciones, blanca e imponente, mira al espacio a través de un cielo que hoy es un bloque azul compacto. Johanna también mira al cielo, en la dirección que marca la antena, y ella sí que sabe que en ese momento orbita sobre la Tierra, a 786 kilómetros de altura, el Sentinel-2 de la ESA. Le guiña un ojo como si saludase a un compañero de trabajo y se monta de nuevo en el *spark* para acercarse a las oficinas de la estación, donde reina un silencio sueco rodeado de pinos y más pinos, de silencio y más silencio. Siempre llega la primera y eso acentúa más la sensación de quietud.

En la cantina mordisquea un bocadillo de pavo un poco seco y bebe té inglés con leche. A sus 58 años ha tenido que dejar el café porque no la deja dormir por las noches y se consuela con lo que ella misma ha bautizado como «agua sucia» (*smutsigt vatten*) que al menos le calienta las manos y el cuerpo.

Todavía está sola en la oficina cuando suena su móvil. Es su madre. Suena más enérgica y despierta que ella.

—¿Has visto las noticias? Parece que el traslado del pueblo está cada vez más cerca.

La casa de sus padres ya ha sido replicada tres kilómetros más allá, muy cerca de lo que será el nuevo centro de Kiruna.

Es una sensación extraña pensar que tu pueblo se hunde, que desaparecerá como la Atlántida, absorbido por el poder de un agujero gigante de



1600 metros de profundidad. Una mudanza colosal, de película, y todo para que la mina de hierro pueda seguir trabajando, horadando, creando riqueza. Nadie se opone: ¡Es vital para Suecia, para Europa! Un pequeño sacrificio y una aventura en mitad de un lugar en el que nunca pasa nada.

Mira a través de los ventanales y le parece escuchar, lejana, una nueva explosión bajo el monte Kiirunavaara. Piensa en la oscuridad que reinará en las profundidades de la mina subterránea más grande del mundo rodeada, sin embargo, de la luz cegadora de un manto de nieve infinito.

La casa de sus padres estará ahora tres kilómetros más allá de su ubicación actual, incluso más cerca de la estación Estack. ¿Porque sigue hablando en plural de la casa? Su padre hace años que no está y ella se ha trasladado al apartamento de la planta superior para estar más cerca de su madre ahora que se va haciendo mayor.

—La casa estará más cerca de tu trabajo. Llegarás antes.

—Antes, ¿para qué?

—Podrás dormir más.

—Dormir más, ¿para qué?

Johanna mantiene estos diálogos internos porque con nadie más puede cuestionar los hechos consumados.

Sus vecinos serán de los que ofrecerán espectáculo televisivo. Trasladarán la casa al completo sobre raíles y un trailer, porque los que deciden han decidido que el edificio tiene valor histórico, como la iglesia. La de sus padres... la de su madre se derribará como lo harán otras 3500.

Intenta quitarse de la cabeza esos pensamientos que la inquietan como moscas zumbando en los oídos. *Ya está hecho, qué más da.*

Comprueba todas las señales del panel de mandos. Todo en orden. A veces le gustaría ver una luz roja o escuchar una alarma. No podría negar ante un

tribunal de conciencias que alguna vez ha pensado en derramar su *smutsigt vatten* sobre el panel de mandos. Suele ser cuando encadena muchas noches sin dormir bien. Las noches polares.

Enciende su ordenador de mesa. El mes que viene instalarán un nuevo *software* para el Sentinel-3 y puede que le cambien la computadora por otra más potente y con una pantalla de mayor tamaño. Por lo demás, unos cuantos *mails* por responder, nada urgente. Su trabajo, pausado y tranquilo, a veces le gusta y a veces lo odia. Se entretiene escudriñando el avance de la mina en las imágenes que procesa el Sentinel-2 y que envía a las antenas de Kiruna. Verse a sí misma desde el espacio le fascina. Ese lago, la mina, las casas que desaparecerán. Es como un cuento extraño. Un relato no exento de belleza y fascinación. Cuando eso finalmente suceda habrá muchos medios de comunicación pendientes, no querrán perderse la imagen de la iglesia rodando por las carreteras sobre tráilers. El edificio de madera rojiza aparece en una novela de su vecina más ilustre, Åsa Larsson.



Johanna no ha leído ni una sola de sus novelas.

—Soy así, tontamente rebelde. Vivo en un lugar tan extraño y me siento extraña en este lugar —piensa, con esa sensación de no pertenencia que siempre ha sentido con Kiruna, con Suecia, con el frío.

Recibe en ese momento un correo del Programa Copernicus con los enlaces a las redes sociales y las imágenes del día. Lo abre, como siempre, por curiosidad.

Siempre hay datos interesantes del clima. Pero hoy hay una imagen que llama poderosamente su atención. Las islas de Ibiza y Formentera captadas por el Sentinel-2. Inmediatamente se lo reenvía su madre. Le encantará. Aunque las noticias no son buenas: han generado un vídeo comparando una fotografía satelital de la isla hace un año y en la actualidad. El déficit de lluvias es tan evidente que la isla ha perdido casi todo el verde y está seca y marrón, como si en lugar de una imagen captada en febrero fuese de pleno agosto.

Qué curioso. La lejana Ibiza. Su madre siempre le habla de Ibiza y de Formentera.

Era una jovencita cuando la visitó una única vez, que le bastó para quedar prendada de su paraíso en la tierra. Un lugar tan opuesto a Kiruna...

— *Formentera är bättre än Karibien!*² —dice siempre, aunque nunca ha estado en el Caribe.

Parece que en lugar de un verano hubiese pasado allí otra vida. ¿Sería buena idea planear un viaje juntas a la isla? ¿Y si ahora que las trasladan forzosamente se planteasen trasladarse... pero mucho más lejos? Lo *googlea*: 2728 kilómetros en línea recta separan Ibiza y Kiruna. La isla de Bes y la perdiz nival³. Soñar despierta la consuela.

² En sueco: —¡Formentera es mejor que el Caribe!

³ Ibiza proviene del vocablo fenicio *bsm* (ibosim), que significa «isla de Bes» y Kiruna viene del idioma saami Giron y significa «perdiz nival».

Aterriza de su ensoñación isleña y lee los informes del día: Febrero de 2024 va camino de ser el más cálido en el registro de datos del programa Copernicus desde 1940. Y, después: Cada mes, desde junio pasado, fue el más cálido en comparación con el mismo mes de la serie, según el último «Boletín Climático».

Johanna levanta los hombros, suspira y se reclina en el respaldo restregando un poco la espalda. Ella solo pasa frío cada día. Es difícil ser consciente de esta realidad desde un lugar tan septentrional y gélido, con esos días sin sol y esa nieve que lo rodea todo.

...

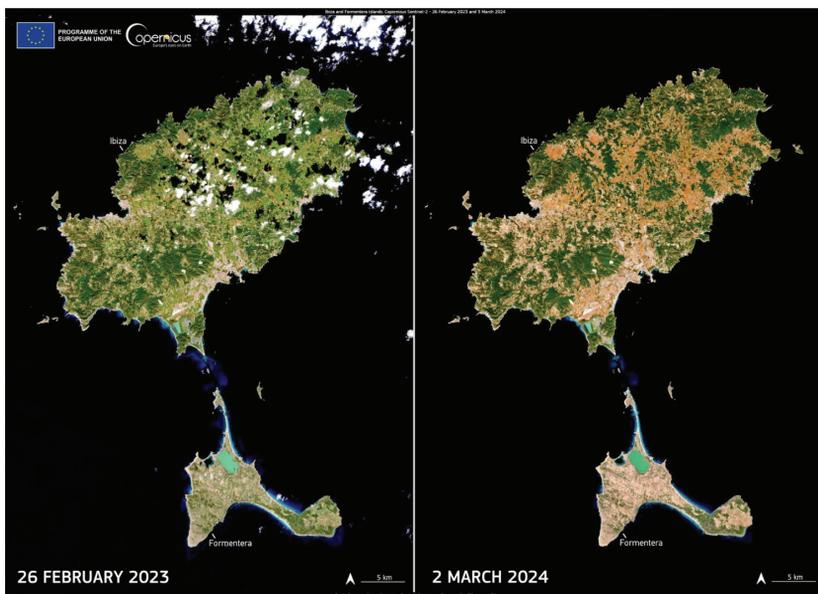
Joan ya no compra los periódicos en papel. Su hijo pequeño le regaló un portátil en su última visita. Le instaló internet rural y le suscribió a sus diarios favoritos. No se puede creer lo fácil que es todo ahora; todo lo que puede leer, ver, todo lo que puede viajar sin moverse de su casa. Él, que, de niño, vivió en una isla casi medieval.

Un día descubrió Google maps y viajó a Kiruna, Suecia. De ella solo sabe que se llama Åsa y que vivía en Kiruna. Es un pueblo muy especial, el segundo más grande del mundo, el más al norte de Suecia. No tiene muchos habitantes, así que está seguro de que, si fuera, la encontraría fácilmente. Pero, ¿para qué? Estará casada y con hijos, incluso puede que esté muerta. Aunque no quiere ni pensarlo.

Porque a él le gusta pensar en Åsa viva, una y otra vez, y su recuerdo le provoca siempre un placer extraño y una sonrisa. Como si vivir hubiese valido la pena solo por haberla conocido. Así lo siente.

Sentado en su pequeño despacho de la primera planta, rodeado de libros, de las fotos de la madre de sus hijos y de sus hijos ausentes, Joan va curioseando la prensa local. Un titular le llama la atención.

Ibiza se seca: una imagen de satélite muestra los estragos de la sequía en la isla. El texto lo ilustran dos imágenes tomadas desde el cielo, con un año de



diferencia entre una y otra. La Ibiza de hace un año, verde casi por completo; la Ibiza de hoy, de un color seco y amarronado en casi toda su superficie menos en las zonas boscosas de pinos de es Amunts y las cumbres.

Siente entonces una soledad pesada. Los hijos ausentes. Quiso que estudiaran y sus carreras los han llevado muy lejos de una isla que solo ofrece trabajo en el turismo. Solo le queda la tierra, el cultivo, los animales... Este clima extraño, desbocado de calor, irreverente al reírse de las estaciones, le descontrola.

...

Johanna traza un plan. Irán a Ibiza ahora que su madre sigue bien de salud y se lo pueden permitir. Serán solo unos días, no podrá negarse. Busca aviones que las conecten con la isla y ese deseo teje un hilo invisible hasta Joan.

Desde el cielo el Sentinel-2 dibuja otro hilo que se bifurca en Joan y Johanna. Un enorme triángulo espacial que une cielo y tierra con Åsa en el centro. Un milagro que está sucediendo sin que ninguno de ellos lo sepa, recosiendo así un relato de seis décadas que nunca terminó.

Ceremonia en la orilla

Juan Carlos Lespada

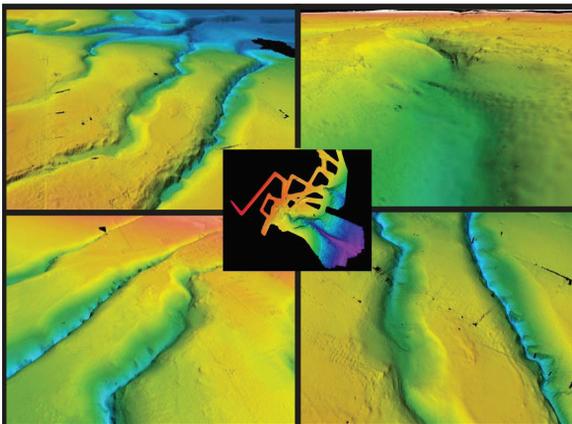
Ceremonia en la orilla

Juan Carlos Lespada

Permanezco aún conmocionado por algo que me ocurrió ayer.

Como hombre de ciencia, siempre me cuestiono el valor de la fe. Muchas veces, en mis años de formación, he tratado de hallar una conexión entre estas dos cosas que han sido fundamentales en mi vida. Lamentablemente, los embates del pensamiento científico han ido ganando la batalla y a la fe la fui relegando para los momentos en que no me quedase ya ninguna explicación; sobre todo, ante la desesperación y la muerte.

Con los años he aprendido que la ciencia no es tan «cierta» como pretende.



Imágenes del fondo marino obtenidas con el SONAR MULTI-AZ

Aunque hayamos sido formados con los criterios de su indubitabilidad e infalibilidad, éstos no alcanzan a ser sostenidos demasiado ante los miles de interrogantes que permanecen aún en la esfera de lo desconocido.

Muchas veces he sentido que somos seres más sobrenaturales de lo que estamos en condiciones de aceptar, sobre todo cuando nos enfrentamos con sentimientos tan hondos como el dolor, el amor, la resignación, las ansias de superación, el altruismo, el servicio al otro, la idea milenaria del más allá, etc.

Estoy, al fin, en la tierra de mi abuelo.

Desde estas mismas maderas del muelle viejo que aún se conserva, partió su barco hacia América. Aquí quedaron sus padres, sus hermanas, sus recuerdos de la infancia, sus relatos y travesuras que acompañarían el silbido de los vientos en las noches de invierno.

Él contaba que un día aparecieron en la playa de su pueblo unos animales absolutamente extraños. Todos habían ido a mirarlos. Eran como pájaros, caminaban sobre dos patas, torpe y graciosamente, pero nadaban con habilidad. Ninguno de ellos había visto jamás un pingüino. Luego supieron que eran oriundos del Atlántico sur y que les llamaban «pájaros bobos».

Nadie podía explicarse cómo habían llegado hasta allí. Varios científicos se acercaron a la población y contrataron pescadores para llevar mar adentro, todo lo que se pudiese avanzar, unos objetos flotantes con forma de dátiles enormes y con dos aletas, con la intención de estudiar las corrientes marinas que habían hecho posible que esas extrañas criaturas aparecieran en esas costas, tan alejadas de su hábitat natural.

Seguramente habrían sido sorprendidos sobre un témpano de hielo que se habría desprendido del continente y luego derretido en las aguas más cálidas.

Cada uno de los habitantes del pueblo fue impactado por la noticia, de diferentes formas. Relatos variados de aquel suceso subsistieron hasta tres o más generaciones posteriores. Su madre se había reído con las ocurrencias del abuelo que imitaba a aquellos pájaros bobos en su caminar.

Cuando llegó el tiempo de la guerra, todos los jóvenes de su tierra comenzaron a ser reclutados. Un día, su madre llamó al abuelo y a su hermano en medio de la noche y los llevó al puerto. Les dijo que no quería verlos muertos y que esa noche partirían en un barco hacia América del Sur, donde los esperaba un tío, que ya estaba establecido en Buenos Aires. Aquella era tierra neutral y de progreso, pero, sobre todo, era garantía de vida.

—Nunca olvidaré esas horas —contaba el abuelo. Yo tenía dieciséis años y mi hermano, dieciocho. Mi madre nos dio cientos de recomendaciones, cartas para los parientes, todos los ahorros de la familia, algunos paquetes, un baúl lleno de ropas y recuerdos y, en menos de lo que podíamos tardar en reaccionar, el barco ya había zarpado. Fueron muchos días de navegación los que tuvimos que pasar.

»Las horas antes de partir las pasamos despiertos, abrazados los cuatro .

»Ella nos prometió que cada día iría a la orilla del mar, miraría hacia el horizonte y trataría de estar un segundo cerca de nosotros, a través del tiempo y la distancia, para que, de alguna manera, su mirada nos acompañara y nos cuidara.

»Tenía yo la esperanza de que una vez pasada la guerra pudiéramos reunirnos, pero el destino teje trenzas ásperas que le son propias y no siempre es el hombre el que descifra sus recovecos. Y la vida hace lo que se le antoja.

»Con el transcurrir de los años me di cuenta de que ella sabía, realmente, que jamás nos volveríamos a ver y, a pesar de ello, prefirió salvar nuestras vidas de una muerte segura en la batalla.

Como la de todo inmigrante, la vida de mi abuelo estuvo llena de dificultades. Pero extraía de sus raíces la fuerza inquebrantable para soportarlo todo. Siempre bendecía haber conocido aquí al amor de su vida. Tuvieron varios hijos y de a poco fue progresando la familia.

Cuando al fin estuvo en condiciones de regresar, llegó la noticia de la muerte de sus padres. A partir de allí, una sombra azul se instaló en la mirada del abuelo y ya nunca jamás volvió a hablar de volver a su tierra natal.

Tampoco yo había viajado, hasta hoy, a conocer su pueblo sobre el mar. Ahora ya no es un pueblo, sino una ciudad con un puerto nuevo que se levanta alejado del antiguo, pero que conserva sus casas blancas encaramadas en la piedra, sus calles sinuosas empedradas con enormes rectángulos de piedra, sus balcones llenos de flores y sus cantos milenarios que se escuchan de ventana en ventana.

Si hoy mi abuelo pudiera verme, creo que se sentiría orgulloso de mí.

Terminé la carrera de Geofísica. Me especialicé en Geomorfología marina y aquí estoy, representando a mi país en un encuentro global organizado por el Instituto Geográfico Nacional y el Centro Nacional de Información Geográfica de España.

Diserté sobre el «Proyecto de delimitación de la plataforma continental argentina». Este trabajo fue el resultado de muchos años de investigación, llevado a cabo por un gran número de científicos, de los que he formado parte. Cuando en noches de mar bravo, verificaba los datos de cubierta, mojado hasta los huesos, me parecía divisar a mi abuelo entre las olas, firme y seguro entre la sal y el movimiento, sonriendo.

Como resultado de los estudios y como política de estado sostenida en el tiempo, se han incorporado a la soberanía nacional más de dos millones de kilómetros cuadrados de territorio marino, evaluado y aprobado por las Naciones Unidas, según lo establecido en el artículo 76 de la Ley del Mar.

Hemos tenido aquí días de trabajo intenso. Seminarios, encuentros, intercambios, conferencias y relatos de experiencias. En un descanso, mis colegas, enterados de que éste era el pueblo de mis ancestros, se ofrecieron a llevarme para recorrerlo. Visité el templo, el lugar en que estuviera la casa de mis bisabuelos y la callecita acaracolada que conducía hacia el muelle.

Pude mirar con mis ojos aquello que mi abuelo intentara divisar desde mi patria, perforando el horizonte, tratando de llegar a estos pilotes bien hundidos sobre la orilla, buscando sus raíces.

Él amaba el mar, tanto como lo odiaba. Un día intentó explicármelo.

Me dijo que cuando un barco partía, mucha gente quedaba en el muelle llorando la despedida, pero en la otra orilla, al llegar, las risas y las alegrías recibían a los pasajeros.

Él odiaba el mar que lo separaba de su tierra y lo amaba porque era el camino de regreso.

—En la contradicción —solía afirmar— suele estar la riqueza.

Siempre había tratado de vivir en poblaciones marinas. Me llevaba con frecuencia a caminar por la orilla de la playa. Estos paseos silenciosos llenos de misterios permanecen en mi memoria. La mano firme de mi abuelo, aún puedo sentirla sobre mi piel.

Antes de alejarnos, él se agachaba y hacía algo que yo no alcanzaba a detectar bien qué era. Luego, se quedaba unos momentos mirando la línea lejana en donde el mar pierde su nombre en el cielo, como si quisiera atraerlo, rasgarlo, comérselo con la mirada, conquistarlo.

En esos momentos admiraba más que nunca al abuelo. Era como una escultura de granito tallada a mano, fuerte, alto, firme, seguro y tan tierno a la vez que, hasta el perfume de las lavandas al atardecer, o el vuelo suave de las gaviotas, podía estremecerle el alma. Yo era capaz de sentir en lo profundo de mi ser que él, en el mismo instante, sufría y a la vez, era feliz. Inexplicable.

Al principio no lo notaba, tal vez porque era demasiado pequeño, pero luego me fui dando cuenta de que antes de subir hacia la ciudad, él se inclinaba sobre la orilla, lentamente, murmuraba algo indescifrable, ponía un beso en la punta de sus dedos y luego lo depositaba en la orilla, con una unción especial, sobre el lomo de la última ola, antes de que volviera al mar.

Supe con el tiempo su significado. Y lo recuerdo ahora, en su tierra.

—El beso que dejo en la orilla —me dijo otra vez— es para mi madre. Allá en el otro extremo del mundo, ella podría estar en este mismo instante mirando hacia aquí. Prometió que siempre iría a la costa y nos mandaría un beso, desde la orilla.

Era un científico entusiasmado. A pesar de que, por razones económicas, no pudo realizar la carrera universitaria, siempre estuvo de novio con la geofísica. Se había especializado en Ciencias del Mar y sin embargo, amaba las ceremonias y respetaba lo simbólico, lo mágico, lo trascendente, más allá de la lógica.

—Yo tengo la seguridad de que mi madre ha realizado toda su vida este rito, que besa la orilla y el mar nos trae su beso. Poseo la firme convicción de que ella ha ido a buscar mi beso hasta que la muerte la llamó con su abrazo. En el momento, en que recojo su beso y le mando el mío, ya no es importante si ella vive o no, solo que los dos besos viajan, se cruzan y, de alguna manera, llegan al destino del alma del otro. Si no tuviera esta fe, no hubiese podido sobrevivir. Nunca pierdas la fe —decía—. Cuando nada quede en pie, la fe te sostendrá.

De él heredé esta pasión por el mar. Él fue quien me enseñó que el mar es muchísimo más complejo que como lo vemos:

—Aún en días en que aparece como una sábana, planchado, tranquilo, debajo de sus aguas superficiales existen cientos de enormes ríos caudalosos, grandes corrientes de agua que se mueven a través de los profundos caminos marinos alrededor del mundo.

»Las corrientes marinas son un misterio aún hoy y lo serán por muchos siglos, mi querido nieto. Son más de mil trescientos millones de kilómetros cúbicos de agua que son impredecibles. Por debajo de la superficie se desplazan majestuosamente como ríos enormes sin que nos demos cuenta siquiera.

Con infinito amor, me mostraba sus libros, sus cartas, sus dibujos y croquis, que para otros podrían ser muy complicados, pero, como aprendí tan temprano, a mí me eran claros.

Sobre muchos de los bocetos del relieve submarino realizados a mano con su habilidad para dibujar mapas en escala, yo garabateaba figuras humanas torpemente realizadas que aún conservo. Mis hijos hoy hacen lo mismo con las imágenes coloreadas en 3D que me piden que les copie de la computadora.

Siendo adolescente, estudiaba e investigaba con él. Me maravillaba aprender sobre la corriente circumpolar antártica, esa gran cinta transportadora, la más poderosa del mundo, que se relaciona a través de sus ríos submarinos con casi todas las otras corrientes del planeta. Rodea toda la Antártida, comunica los océanos Atlántico, Pacífico e Índico. Transporta ciento treinta veces más agua que todos los ríos del planeta juntos.

No era sorprendente que el abuelo se encaramara en pequeñas embarcaciones de pescadores, llevando barquitos de madera en escala y los arrojará al mar con algún mensaje. Tampoco era difícil que desde algún lugar lejano se comunicaran con él para decirle que lo habían encontrado en la orilla.

Heredé su espíritu investigador. Cuando ingresé en la universidad, sabía que él habitaba en mis venas, aunque ya hubiese partido.

Una tarde, me llevó a la orilla del mar y me pidió algo:

—Cuando muera, coloca mis cenizas en el barquito amarillo que he tallado. Es de madera balsa, adentro tiene un recipiente de aluminio, en el que podrás poner fácilmente las cenizas. Lo he calculado todo... Es un capricho tonto, lo sé, pero... ¿Lo harás?

Me dio indicaciones precisas de días, horarios posibles y las coordenadas dónde debía arrojar ese barquito al mar.

Cuando se fue hacia el misterio, cumplí su deseo. Me parecía imposible que la figura maciza y alta del abuelo se resumiera en aquellos puñados de ceniza que coloqué en la urna de aluminio.

Sus amigos me llevaron a un punto del océano en el que, desde el bote que bajaron del barco, se podía apreciar perfectamente un área de agua helada y en las cercanías, el agua tibia. Allí lo dejé, a sus anchas.

El barquito pareció dar tumbos, pero enseguida se enderezó y tomó un rumbo, como si un chico lo llevara atado de un cordón hacia lo desconocido.

Lo hice. Lo hice y el destino siguió ahondando las huellas impredecibles de nuestras vidas anudadas de recuerdos.

Han pasado los años, tal vez demasiados, porque he superado su edad.

Estas cosas se me habían casi borrado de la memoria.

Mis colegas me invitaron a visitar el viejo cementerio del pueblo, para ver si podíamos encontrar la tumba de alguno de mis antepasados. Estaba a pocas cuadras del puerto, sobre el mar. Hasta ese momento, para mí no tenía gran importancia el lugar donde se hallaba el cementerio.

Buscamos en varios lados por los apellidos. El guardián nos recomendó fijarnos especialmente en un sector muy antiguo, cerca de un paredón bajo, que resguardaba las tumbas más antiguas del avance del mar. Con esfuerzo, pude reconocer el nombre y apellido de mi bisabuela. Su tumba estaba en un montículo elevado, a pocos pasos de la orilla y a su lado, la de su marido.

La piedra gastada por el viento aún sostenía los nombres que habían sido esculpidos con esmero.

Tenía razón el abuelo, de alguna manera ella siempre había estado mirándolos desde el borde mismo de las olas. Se me nubló la vista. Las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos sin permiso. Un colega me abrazó fraternalmente.

—Volveremos por la orilla —me dijo—.

Les contaba la historia, entrecortadamente, mientras jugaba sin demasiada conciencia con un trozo de madero cilíndrico carcomido por el tiempo y la sal, que estaba en la orilla entre la inmensidad de caracoles, ramas, y desperdicios que el mar había arrojado a las costas.

En un momento, antes de dejarlo definitivamente, golpeé el objeto con más fuerza y se partió... ...

Las piernas me fallaron y me arrodillé tratando, vanamente, de sostener mi incredulidad...

De alguna manera, para nada científica, intuía lo que iba a encontrar.

Levanté el objeto que apareciera como un leño sin valor y lo limpié. Adentro contenía una pequeña cápsula de aluminio que reconocí enseguida.

El nombre de mi abuelo se destacaba nítidamente en la cápsula. Era su urna. Aquel barquito amarillo había recorrido, en medio de las corrientes marinas, miles de kilómetros, como los «pájaros bobos». Había perdido su forma, sus velas, sus colores y su hermosura, pero no su rumbo, ni su destino, para recalar allí. Había llegado donde él había previsto.

Con la ciencia no me lo explicaba totalmente. Entonces recordé eso de la fe. «Nunca pierdas la fe. Cuando nada quede en pie, la fe te sostendrá».

He vuelto sobre mis pasos a colocar sus cenizas en la tumba de su madre.

Al alejarme no pude con el impulso que me salía del alma.

Me agaché y, con reverencia, deposité emocionado, sobre la última ola que ya se metía debajo de las nuevas que llegaban, un beso en la orilla.

Geografías vitales

Marcos Testón Cossío

Geografías vitales

Marcos Testón Cossío

Barrantes (Galicia). ***Hace siete meses.***

Fon es feliz en la casa familiar que cada julio comparte con sus padres, su hermano, sus tíos y su primo. En Barrantes, una aldea rodeada de pazos y plantaciones de albariño, todos disfrutan del sosiego de una buena siesta junto a la piscina, de los partidos de tenis a vida o muerte en las pistas municipales y de las noches de transistor esperando los fichajes de verano para su equipo. También de esos días eternos en los que el sol parece no tener prisa por irse, de los paseos por la Pontevedra medieval o de los días nublados de viaje a Viana do Castelo.

Según esos economistas aparentemente tan entendidos (no a ojos de Fon) que ve a diario en la televisión, son una familia *de clase media* donde sus padres hacen del verbo cuidar su bandera, al igual que su tía, mientras que su tío alivia el aburrimiento diario de los alumnos impartiendo clases de Educación Física. Nunca les ha faltado de nada, pero nunca les ha sobrado nada; todo lo que tienen, desde la matrícula universitaria de su hermano Marcos hasta el disfrute estival en la casa de Barrantes, lo han conseguido con el esfuerzo de sus padres, que muchos días ponen en jaque su salud para mejorar la de sus pacientes y la de sus propios hijos.

Este verano han visitado varias veces las playas de Portonovo, en las Rías Baixas, donde Fon ha entendido al fin que esta zona de tres rías contiguas (Arousa, Pontevedra y Vigo) es lo que vemos hoy en día a causa de la erosión

que los ríos fueron provocando hace millones de años en el terreno, y su relleno de agua posterior al elevarse el nivel del mar. Le ha costado entender e imaginarse este proceso, pero ha decidido creerse lo que ha leído en el panel informativo del paseo marítimo; no obstante, se ha prometido confirmar su teoría en cuanto comiencen sus clases en Candás.

Instituto San Félix (Candás).

Hace cinco meses.

El verano ha sido corto, como todos, pero a Fon no le desagrada la idea de volver a sus rutinas diarias y semanales. Los libros de Santillana han llegado a tiempo esta vez y, aunque no le convence el tono morado de este año, el de Geografía sigue siendo su favorito. Lo primero que hace siempre es olerlo, follarlo y comprobar que los mapas siguen siendo tan bonitos como siempre. «¿Cómo los harán?» se pregunta, mientras Carlos, su íntimo amigo, le interrumpe por enésima vez para hablarle de los guantes de portero que le han comprado para la nueva temporada.

—Buenos días, chicos, id sentándoos y sacando vuestros libros, por favor.

Tania es una apasionada de la Geografía y de su enseñanza; o más bien lo era, porque tantos años sin plaza fija y con treinta alumnos en clase han ido venciendo a esa pasión de juventud. Nuevo curso, nuevo instituto, como siempre; esta vez en Candás, donde sólo había estado apenas un par de veces degustando sus famosas sardinas a la plancha con su novio de entonces. Hace años preparaba actividades, esquemas o salidas de campo para intentar vencer ese mito de que *la Geografía es aburrida*, pero ahora se limita a leer el temario, mandar deberes y tratar de que su clase mantenga unos niveles de decibelios mínimamente adecuados. Se pasa los cursos esperando ansiosa tropezarse con el consejero de turno en algún acto para decirle, de manera educada eso sí, los problemas que tienen a diario en la enseñanza pública y, sobre todo, la constante falta de respeto hacia el profesorado por parte de alumnos y de padres. A pesar de todo, siempre comienza los cursos con optimismo, esperando que al menos dos o tres de sus alumnos muestren interés por sus clases y, ¿por qué no?, soñando con que alguno de ellos le escriba pasados los años desde la Facultad de Geografía. Aunque no quiere ilusionarse,

le ha contado a su novia Rebeca nada más llegar a casa que ha visto algo especial en la forma en que un alumno suyo ha abierto y observado los primeros epígrafes del nuevo libro; le ha visto atento, interesado y con esos ojos ávidos tan poco habituales en las aulas. Pronto se irá dando cuenta de que, al fin, parece que ha acertado.

Instituto San Félix (Candás).

Hace tres meses.

—Y para el próximo lunes tenéis que buscar algún ejemplo de modelado terrestre y explicarlo en clase con fotos o vídeos; lo haréis en parejas y si queda alguien suelto, en grupos de tres. Buen fin de semana, portaos bien.

Como si de un duelo del lejano Oeste se tratara, Carlos y Fon cruzan sus miradas inmediatamente, aunque no tanto sus pensamientos. Mientras uno piensa en el trabajo que se va a ahorrar gracias a su amigo, el otro está tratando de recordar aquel panel del paseo marítimo de Portonovo que leyó este verano. «¿Servirá para el trabajo que nos ha pedido Tania?» pensó.

—¿Qué tal en el instituto, hijo?

—Bien.

—¿Qué tal Carlos? ¿Has quedado luego con él?

—Sí.

—¡Fon! ¿No meriendas nada?

La pregunta resuena en el pasillo, y cuando Inés levanta la vista ve que el «pequeño Von Humboldt» se ha esfumado escaleras arriba hasta su habitación.

La curiosidad vence al hambre voraz con la que llega a casa cada tarde y, en cuanto su viejo portátil se digna a prestarle atención, va abriendo carpetas llenas de fotografías hasta que encuentra la que le interesa: *Verano 2005*. Siempre le ha gustado bucear en recuerdos, ya fueran lejanos o cercanos,

como es el caso; lleva desde por la mañana con las fotos que quiere rescatar en mente, y no sólo la «calma» de su viejo HP hace que la búsqueda se demore más allá de la media hora. Ahí están todos esos recuerdos estivales en forma de ría, es decir, del modelado terrestre que Tania les ha pedido explicar en clase. Una vez capturadas y guardadas en su preciado lápiz USB, se dirige a casa de Carlos, pero no para aporrear paredes con un balón como de costumbre, sino para tratar de finiquitar en esa misma tarde de viernes el cometido que tienen entre manos para Sociales: aunque trata de autoengañarse, sabe que el porcentaje de esfuerzo recaerá principalmente en él en una proporción muy elevada. Una vez tienen recopiladas fotos e información sobre las Rías Baixas gallegas, toca hacer una composición para presentarla a sus compañeros y a Tania en clase. Esa tarea, meramente técnica y mecánica, recaerá por fin en Carlos así que, confiando en él por esta vez, dejan a un lado las tareas escolares para hacer lo que más les gusta: recorrer Candás.

Como si de un ritual se tratara, encaran la cuesta abajo que desemboca en la zona del puerto y de la playa. Las embarcaciones recreativas comparten pantalanes con otras de tipo pesquero y más humilde, como si de un barrio gentrificado se tratara. Donde la gente suele ver meras embarcaciones de distinto tipo, Fon siempre ha visto diferentes formas de ganarse la vida, diferentes clases sociales: los pescadores que se juegan el tipo a diario y los que gustan las lubinas frescas; los que tienen el mar como lugar de trabajo frente a los que lo tienen como lugar de recreo. Carlos no deja de preguntarse por qué hay que discurrir tanto, *son sólo barcas* se dice a sí mismo mientras se da cuenta de que Fon sigue tratando de explicarle los diferentes tipos de pesca que existen, los cambios que está habiendo en el hábitat marino como consecuencia del calentamiento global o, simplemente, la influencia de la luna en la cantidad de arena seca disponible en la playa de Candás, según sea marea alta o marea baja. En definitiva, como siempre dice Fon con voz de catedrático: «Geografía en estado puro».

Domicilio familiar (Candás).

Hace dos meses.

—¿Qué tal en el instituto, hijo?

—Bien.

—¿Qué habéis hecho? ¿Repasar para el examen de evaluación?

—Sí, Tania nos ha dicho lo más importante de los tres temas que entran; pero bueno, el trabajo de esta evaluación sobre lo que te conté de Galicia cuenta el 40 % de la nota total, así que Carlos y yo estamos ya casi aprobados.

—Vaya, pues sí que te han compensado este año las vacaciones de verano... ¡hay que ver!

—Sí, este año ha habido suerte; pero la próxima evaluación no será tan sencilla.

—Por cierto, ¿cuándo decías que venía esa orientadora para que habléis con ella sobre lo que os gustaría estudiar?

—A finales de enero o principios de febrero nos ha dicho Helia, la jefa de estudios.

—Muy bien hijo, pues a ver qué tal. Nos vamos corriendo a ver a la abuela, que es tarde ya. Papá te ha dejado jamón partido en la cocina, tienes también mandarinas muy ricas.

El portazo le sonó como un signo de interrogación, algo parecido a lo que tiene en mente Fon desde que les anunciaron la visita de una mujer que iba a hablar con ellos sobre sus inquietudes de futuro. Éstas no son para Fon cómo llegar a ser astronauta, futbolista o médico; lo que realmente quiere es hacer algo para que su pueblo no siga perdiendo habitantes año tras año, para que no sea cada vez más sencillo bañarse en el frío Cantábrico o para que ganaderos y agricultores vendan sus productos a precios justos. Por si esos pretextos suenan demasiado quiméricos, e intentando responder a esa pregunta de cómo se harán los mapas que ve en sus libros, Fon no descarta dedicarse a hacer mapas, algo que suena tan vacío, pero tan lleno de conocimiento al mismo tiempo. Pero de momento, no es el asunto que ocupa la mayor parte de sus preocupaciones, que se centran en repasar los tres temas que entran en el examen de evaluación. Aunque la Geografía Física no es la parte que más le gusta, reconoce que tiene su interés, aunque le cueste mirarla con el prisma de los miles o millones de años que han transcurrido desde que esos fenómenos se han ido produciendo.

Preocupación es la que muestra el rostro de Carlos, sentado en las escalinatas del instituto con el libro de Sociales en la mano y varios esquemas manuscritos muy garabateados.

—¡Buenos días! ¿sabías que lo que ya no hayas estudiado no lo vas a aprender a estas alturas?

—Vaya, ya decía yo que tardabas mucho en decirme lo mal que me va a salir el examen. Por cierto, ya que te llevas tan bien con Tania, ¿qué crees que entrará?

—Uf, ni idea, pero viendo el trabajo trimestral que nos pidió, lo lógico sería que una o dos preguntas sobre el modelado terrestre cayeran.

—Ah, bueno, entonces le aconsejaré que vaya todos los veranos a Galicia a ver rías, como tú.

—Bueno, graciasillo, voy subiendo; deja de repasar ya, y cuando entres en clase no te olvides de comprobar en qué bolsillo has guardado las chuletas.

Domicilio familiar (Candás).

Hace un mes.

Los Reyes ya no son magos, pero hay que reconocerles su buen tino. Fon recordaba los mapas que había visto en una excursión que hicieron el curso pasado a La Casa del Mapa de Oviedo; sobre todo, una serie de mapas antiguos que le llamaron la atención por su gran detalle y lo exquisito de su edición. Acostumbrado a los mapas pulcros y didácticos de los libros de texto, aquellos mapas de Mercator le cautivaron, tanto que apuntó su referencia y les encargó a sus *padres magos* alguno de esos mapas de Asturias que había visto.

Cuando se levantó y bajó al salón, supo al momento lo que se escondía bajo aquel papel regalo de color verde; ahí estaba el mapa, que comprendía la zona oriental de Asturias, Cantabria, País Vasco y parte de León. El marco que sus padres habían elegido no hacía más que destacar su belleza, y durante



Este mapa pertenece al *Atlas Sive Cosmographicae Mediationes de Fabrica mundi et fabricati figura*, de G. Mercator, cuyas planchas adquirió J. Hondius en 1604 a través de sus nietos.

FUENTE: Biblioteca del Instituto Geográfico Nacional (41-L-7).

toda la mañana estuvo deleitándose con ese mar dibujado, esas formaciones montañosas tan detalladas y esos topónimos en latín donde pronto situó su *Candes natal*.

Instituto San Félix (Candás). **Ayer.**

No le gusta febrero. Es un mes raro, piensa mientras encara la cuesta que desemboca en el instituto; tiene menos días, no hay festivos y, por supuesto, la humedad norteña sigue bien metida dentro del cuerpo, haciendo que la sensación térmica desdiga en unos cuantos grados al parte meteorológico de cada día.

Sin embargo, hoy es un día diferente en el instituto. Ruth, la orientadora educativa que ha enviado la Consejería de Educación, les preguntará y guiará sobre sus inquietudes de futuro (cada día más cercano) en cuanto a estudios se refiere.

—Yo voy a estudiar Medicina porque mis padres son médicos—afirma con convencimiento Raquel.

—No lo sé seguro, pero me gustaría estudiar algo relacionado con las finanzas —dice Ana con aires de ministra.

—Yo quiero seguir progresando en el Real Oviedo y llegar a jugar en el primer equipo —concluye Javier engañándose a sí mismo.

—Pues estudiar cuatro años una carrera debe ser un rollo, así que seguiré ayudando a mis padres con el *camping* que tienen en el Cabo Peñas —discurre Mónica con practicidad.

—¿Alguien más quiere decirnos cuál es su idea de futuro antes de finalizar la sesión?

—Si me permites, Ruth, yo quiero decir algo —al escucharlo, Fon supo que Tania iba a decir algo sobre él—. Si mi intuición no me engaña, en este aula hay un alumno que de mayor quiere ser algo que no está de moda, que mucha gente cree que no sirve de nada, pero que sin duda es su vocación.

—¿Ah, sí? Qué interesante suena eso, que el implicado salga y nos contáis más detalles sobre eso...

... ..

Una vez terminada la sesión orientadora, con el aula ya vacía, Tania y Fon —geógrafa y futuro geógrafo— se quedaron charlando un buen rato.

—Gracias —le confiesa Fon, sufriendo otro rubor repentino como el de hace un rato.

—No tienes que darme las gracias por nada, simplemente he puesto en valor que no todos queráis ser futbolistas o estudiar una de esas carreras «útiles».

»La sociedad nos hace pensar continuamente que los únicos saberes de provecho son los relacionados con las ciencias exactas, pero yo nunca he creído en esas afirmaciones —y creo que tú tampoco—.

—Ya, pero... ¿y si tienen razón y nunca voy a tener trabajo de geógrafo por mucho que me guste?

—Mira, Fon, eso nunca se sabe. Tengo varios ejemplos de amigas y amigos que han estudiado ese tipo de carreras, han hecho luego posgrados para especializarse gracias a los miles de euros que les han prestado sus padres, y ahora están partiéndose la cara con otros cientos de personas como ellos; todo ello para malvivir en alguna de las grandes ciudades de España, con sueldos mediocres y compartiendo piso porque no pueden vivir solos. No digo que esto último no te vaya a pasar a ti, lo que te intento explicar es que ninguna formación garantiza nada para el futuro según están las cosas. Y si no mírame a mí, trabajando de profesora de Geografía y esperando ese *e-mail* que me vas a mandar para contarme lo bien que te va como geógrafo.

Facultad de Filosofía y Letras (Oviedo).
Dentro de dos años.

Este final de septiembre luce soleado y agradable en el Campus de El Milán, un entorno amplio y verde, de estilo inglés, que supone un soplo de tranquilidad para Fon durante sus días en la capital asturiana. No termina de acostumbrarse al ruido y a las prisas con las que se vive en la ciudad, pero afortunadamente está a tan solo treinta y dos kilómetros de Candás, su cable a tierra.

Su inicio en el Grado de Geografía y Ordenación del Territorio no habrá sido sencillo; se habrá perdido por el aulario varias veces, habrá esperado cosas innecesarias en Administración y le habrán llamado la atención por llevarse un libro de la biblioteca sin pasar por el registro. La sensación que tendrá es que todo va muy deprisa y que el trato es muy impersonal en comparación con el de hace apenas unos meses en su instituto de Candás; en definitiva, madurará a pasos agigantados, aunque él no lo sepa. Atrás quedarán ya las charlas arreglando el mundo con su profesora Tania, los recreos de bocata y balón y, por supuesto, eso veranos en las Rías Baixas.

Mientras algunos de sus amigos compartirán su día a día en el aula universitaria con decenas de alumnos, en las clases de Geografía apenas alcanzarán a ser una decena; gente muy diferente, pero la mayoría *de pueblo*, como él. Sin duda, el carácter terciario de las principales ciudades asturianas hace que este tipo de formación vaya quedando ligada a una visión más rural de la vida.

Cuando apenas se cumplan unas semanas como aspirante a geógrafo, estará entusiasmado con las clases de SIG¹. José Ramón, su profesor, tendrá la culpa pues es todo paciencia y serenidad, ingredientes muy necesarios para enfrentarse por primera vez a este tipo de programas informáticos.

—Es increíble, simplemente con descargarte una base de datos de alguna fuente oficial, como el INE, y relacionarla con información espacial como un mapa de municipios, ya tienes esa información plasmada en un mapa; al que le puedes dar los colores, nombres o las características que tú quieras. Y, luego, realizar análisis más o menos profundos para llegar a las conclusiones que uno necesite.

—Pero a ver hijo, y eso... ¿para qué sirve?

—Pues para todo, papá, para todo. Para calcular densidades de población, tasas de natalidad o de mortalidad, en definitiva, para hacer todo tipo de cartografía y después buscar explicaciones a los fenómenos que se representan. Es el futuro, no tengo ninguna duda; creo que me iré especializando por ahí, y luego quizás necesite un máster.

Este tipo de preguntas no harán más que confirmar lo que siempre había hablado con su profesora Tania, esto es: que ha elegido el camino adecuado y que peleará por dejar mal a la gente que, más por desconocimiento que por maldad, piensa que una ciencia como la que él estudia no sirve de nada en esta sociedad de hoy en día, tan mercantilista y tan poco humanística al mismo tiempo.

***Facultad de Geografía e Historia (Madrid).
Dentro de seis años.***

Esto sí que es ruido, no lo que había en Oviedo; aquí la gente no pasea, va de un sitio a otro; no vive, sobrevive. Fon no sabía que podrían coexistir en un mismo ámbito urbano semejante cantidad de coches, autobuses, camiones de reparto y motos. Cuánta gente, cuánto estrés.

¹ Sistemas de Información Geográfica.

En el edificio donde se imparte el máster, un bloque enorme digno de latitudes soviéticas, conviven todo tipo de estudios *de letras*, desde lo filosófico o lo musicológico hasta lo histórico, pasando obviamente por lo geográfico. Tiene un aspecto añejo, poco cuidado, y su olor es una mezcla de menú del día barato con marihuana.

Aunque en un máster se hace más presente si cabe el adjetivo *impersonal* en comparación con lo que es un aula de instituto o incluso de Grado, Fon ha hecho buenas migas con Víctor y Emilio, ambos geógrafos y con inquietudes similares a las suyas, como el deporte o la música. Pronto pasarán días, y sobre todo noches, adaptando esos chistes que desarrollan su trama en torno a *un andaluz, un asturiano y un madrileño*.

Su vida en Madrid se desarrolla en el piso de su tía, donde ha podido asentarse y aprovechar las mañanas para empaparse de todos los contenidos que le explican en las clases vespertinas. Aunque tiene su carácter, pronto se entenderán bien y será como una madre en Madrid para él.

Los SIG copan las asignaturas troncales del máster, y la dificultad de los análisis geográficos ha aumentado exponencialmente desde aquellas primeras lecciones de José Ramón en Oviedo. Poco a poco, Fon irá aprendiendo a trazar rutas óptimas para la recogida de las basuras urbanas, a localizar emplazamientos ideales para la colocación de placas solares o a realizar cartografía temática prestando especial atención al diseño de esos mapas. Cada semana se ve más adaptado a Madrid y, entre mapa y mapa, siempre saca ratos libres para asistir a conciertos, exposiciones o descubrir nuevos rincones de la antigua *Magerit*. Ratos libres que pronto van a ir escaseando.

***Oficinas centrales de Santillana Educación (Tres Cantos, Madrid).
Dentro de seis años y cuatro meses.***

Todo ha sido muy rápido, demasiado rápido. Es febrero, apenas lleva en Madrid cinco meses y acaba de firmar su primer contrato laboral a modo de prácticas externas del máster. Cuando hace una semana pisó esta población del norte de Madrid por primera vez, con sus fuentes congeladas y todavía de

noche, no pensaba que fuera a ser para salir triunfante de la primera entrevista de trabajo de su vida.

Desde que le confirmaron que el puesto de cartógrafo era suyo, no ha dejado de hacerse preguntas de lo más banal, desde qué ropa ponerse hasta cómo debía tratar a sus superiores. Aunque no se lo ha pensado demasiado, sí ha asumido que, desde el momento de su incorporación, hasta finales de mayo, tendrá que compaginar su trabajo en la editorial por las mañanas con sus clases en la Complutense en horario de tardes. Asume que el esfuerzo merecerá la pena, y si no, al menos lo habrá intentado.

Todo es nuevo para Fon, también en el manejo de los SIG; mientras que en el máster se centraban en análisis geográficos muy complejos y avanzados, en su labor de cartógrafo lo más importante es la claridad de los mapas, su capacidad didáctica.

Son aspectos estos que no se suelen enseñar en las aulas, pues este tipo de trabajos tan específicos (oficios, como siempre le dice su jefa) escasean en el mercado, limitándose a las pocas editoriales de libros de texto que existen en España, a los ámbitos periodísticos y a algunos portales especializados de internet.

***Calle Doctor Castelo (Madrid).
Dentro de diez años.***

Cuando ha querido darse cuenta, Fon habrá cumplido ya un trienio en la editorial, habrá hecho de Madrid su hogar, se habrá enamorado y desenamorado, habrá hecho amigos para toda la vida y estará haciendo sus pinitos de escritor para un concurso de narrativa breve del Instituto Geográfico Nacional.

Mientras se enfrenta al folio en blanco, estará haciendo un repaso vital de todos estos años, desde aquellos veranos en Barrantes hasta sus primaveras en Madrid; desde aquellas tardes de bocata y balón junto a Carlos hasta los viernes de carretera rumbo al norte. Se habrá preguntado una y mil veces qué queda de aquel niño apasionado de la Geografía, aquel alumno modélico que cautivó a Tania, con la que por fin ha cumplido la promesa de enviarle ese

e-mail contándole las buenas nuevas. Al final no hacía falta estudiar una carrera «útil» ni hacerle caso a la sociedad; la geografía vital de cada persona es muchas veces aleatoria, pero lo que no es una cuestión de azar es seguirle la corriente a lo que nos apasiona, a nuestras corazonadas.

Porque, como dijo el humorista Jaume Perich a finales del siglo pasado, «La geografía es la ciencia que nos permite saber exactamente cuántos kilómetros de patria debemos amar. Ni uno más ni uno menos».

Valovna

Ignacio Urtiaga

Valovna

Ignacio Urtiaga

A Julio B.

La primera vez que escuché aquella palabra fue en una coqueta taberna que hacía esquina en las proximidades de la calle Ponzano. Los viernes, aprovechando que salíamos antes de trabajar, solíamos chatear allí hasta pasadas las cinco, en una especie de ritual que daba el pistoletazo de salida al fin de semana. Habitualmente lo hacíamos con moderación, teníamos una imagen que guardar, éramos recién titulados de provincias empezando a ejercer en la capital, aunque también éramos jóvenes y debo confesar que alguna vez se nos iba de las manos. Entonces yo aún no salía con Esther y Alejandro ni siquiera conocía a Gloria, así que conformábamos junto a Eugenio un trío con relativa tendencia al merodeo por las cada vez más bulliciosas calles de Madrid, imbuidos por los jóvenes que salían a disfrutar de la nueva oferta hostelera, que se multiplicaba de forma exponencial conforme se confirmaban las noticias sobre el estado de salud del dictador. En ocasiones, de allí marchábamos hacia el centro y acabábamos en los alrededores de la Gran Vía, las más de las veces en *Le Carrousel* o alguna sala de características similares.

En un rincón de aquella taberna teníamos nuestro espacio Alejandro, Eugenio y yo.

Su elección no había sido casual. El dueño, un exprofesor de primaria cansado de la *Enciclopedia Álvarez*, había dado un volantazo a su vida y recibido con determinación y gozo la herencia del establecimiento de su tío y, para re-

gocijo nuestro, redecorado el local diseccionando varios *Atlas Nacionales de España* de los años 60 que, a modo de *collage* de papel pintado, cubrían las paredes del local por encima del tradicional zócalo de azulejos. Para tres geógrafos apasionados de la cartografía era como estar en casa.

Durante aquellas tardes desarrollamos un sistema de entretenimiento, una competición, un reto —no todo iba a ser vino y fútbol—, y con el tiempo llegó a ser la principal razón para aquellos encuentros. Alrededor de la mesilla del rincón, sentados en unas sillas bajas de enea, comenzaba «el más rutilante desafío de conocimientos geográficos de este mundo y de otros por descubrir». Habíamos establecido unas categorías: altitud, latitud, longitud e iniciales. Manejábamos alguna más, pero no funcionaban igual. El juego comenzaba cuando uno de nosotros nombraba una ciudad del mundo y lo acompañaba con una de las categorías. Por ejemplo «Madrid, altitud» y entonces, por turnos, íbamos recitando poblaciones que tenían la misma altitud que Madrid. De pronto se sucedían Cinco Casas, Maracena, Yecla o Membrilla entremezcladas con Ismaili, Iskandar, San Sebastián de Comayagua o Barranquitas en Puerto Rico. Quien se quedaba sin respuesta invitaba a una ronda a los ganadores. Al principio manejábamos un margen de error en metros que fuimos limitando con el paso del tiempo, y para las modalidades de coordenadas, medio grado en ambos sentidos quedó instaurado como lo más razonable. Llegamos a tener listas que preparábamos minuciosamente durante la semana que daban para dos o tres de aquellas tardes.

«Barcelona, latitud». Cleveland, Zaragoza, Porto Vecchio, Samsun, Frosinone, Des Moines, Foggia, Campobasso, Tirana, Kavadarci, Davenport, Didimótico, Zonguldak, Urgench, Zarafshon, Taskent, Liaoyang, Oporto, Zamora, Omaha, New Haven...

«Valovna» llegó uno de aquellos días por sorpresa, casi a media voz, entremezclada y musical, adormecida por los taninos del alcohol. La hizo nacer Alejandro, un tanto tocado, mientras nos hallábamos en un interesante «Budapest, longitud». Justo después de Pogdorica y Ciudad del Cabo.

—Perdón, Kalocsa—rectificó.

A diferencia de otras palabras que olvidamos, y que surgieron a causa de lo que bautizamos como «efecto lenguas de peluche» —ese deslizarse de sílabas inconexas que recordaban el nombre de una ciudad y que se daba motivado por el exceso de vino a ciertas alturas del desarrollo del juego—, esta se nos quedó clavada. Sin razón aparente. No sé si en el cerebro o incluso en algo más etéreo, en el sueño, en el pensamiento, en el alma, en nuestros corazones. De hecho, no tardé en dar con su nítido recuerdo la siguiente ocasión que coincidí con ella.

El mercado de pulgas de Múnich es, seguro, el más extenso de los que he llegado a conocer de la mano de Esther. Cientos de puestos de antigüedades y otros artículos que esperan una nueva vida se alinean, infinitos, en el recinto que, en otra época del año, aloja la celeberrima *OktoberFest*. Hubo una temporada, recién casados, que el dinero que ganábamos lo dedicábamos casi íntegramente a viajar y, paralelamente, a hacer prosperar la pequeña agencia de viajes que había abierto junto a nuestro portal el mismo día que nos mudamos. Los motivos para viajar eran siempre excusas relacionadas con mi trabajo o con el de Esther, que era fotógrafa en el diario *Pueblo*. Las razones de señalar con bolígrafo rojo dentro de la planificación de nuestras salidas la visita a los mercados de segunda mano ni siquiera nos las planteamos. Era como amalgamar las sensaciones de un arqueólogo en una pirámide con las de un buscador de tesoros en la isla pirata adecuada, la cadencia de los dedos del melómano en la tienda de discos con la del niño descubriendo por primera vez el gran parque de atracciones. Esther, siempre pensé que influenciada por aquellas visitas a tiendas, rastros y mercadillos, al cerrar el periódico, se dedicó a la decoración de interiores. Y argumentaba, hasta casi el final, que no hay mejor manera de conocer una cultura diferente que la de saber qué consumen, qué desechan y qué reutilizan sus miembros. Para nosotros, en realidad, la curiosidad era el principal aliciente, muy por encima del estudio antropológico exhaustivo de cada lugar. De hecho, aquel día probablemente batimos algún récord no registrado de permanencia en las instalaciones, motivado principalmente porque a última hora dimos con la sección dedicada a la cartografía y en un ataque, casi infantil, de coleccionismo de cromos, pasé la tarde en un «*sile-nole*» perpetuo, mientras revisaba el extenso material expuesto. En una cajita roja, casi a la hora de cerrar, encontré aquella lámina en cuyo pie reposaba la palabra «Valovna», que me hizo abrir los ojos por encima

del diámetro de mis gafas y soltar un «¡No puede ser!» que aún resuena por las calles de la capital bávara.

Antes de regresar de Múnich ya había organizado el encuentro. Éramos cinco esta vez ocupando el viejo rincón de la taberna de Ponzano. Sin que mediaran aún las palabras, del pequeño sobre que llevaba saqué una litografía que mostraba un reducido núcleo urbano presidido por una iglesia de estilo barroco, con influencias eslavas, coronada por una cúpula bulbosa, en forma de cebolla, que daba cobijo a una decena de casas de arquitectura centro-europea. Con el dedo índice señalé la leyenda. Pensé que nadie recordaría, casi diez años después, aquel término. Esther y Gloria compartieron miradas interrogantes e incluso acompañaron el gesto con un levantamiento de hombros, pero a Eugenio y, especialmente, a Alejandro, se les iluminaron los ojos. Valovna estaba allí.

Después de un par de horas de animada charla Alejandro resumió las conclusiones determinando, no falto de razón, que podría tratarse de una localidad que ya no existía, abandonada por alguna epidemia, borrada por un terremoto o destruida en algún conflicto bélico o que, simplemente, la lámina hubiera sido nombrada con un exónimo de alguna lengua que no conocíamos y que pertenecía, por tanto, a algún lugar que no podíamos identificar. Pero, muy a nuestro pesar, no se detuvo ahí. Como entrando en trance, comenzó a disertar sobre que una materia como la nuestra, finita, en pleno siglo XX, debería seguir evolucionando en la representación gráfica del mundo físico, explorar y representar también el mundo que no vemos. Aludió a los espectros de luz y sonido que nuestros sentidos no alcanzan a percibir. Aludió a la cuarta dimensión, al espacio-tiempo, a la física y a la matemática ¿Qué ocurriría si Valovna fuera real pero de dimensiones microscópicas? ¿Y si su extensión no superara una micra cuadrada? ¿Y si era, solamente, un producto de nuestra imaginación? ¿Acaso no podría ser el lugar de nacimiento de un personaje de ficción, pero que aún reside en la mente de un escritor? ¿Y si aún no había sido fundada y pertenecía a este mundo pero no a nuestro tiempo? ¿Qué realidad es la que queríamos mostrar, la que vemos o la que de verdad existe, haya existido o pueda existir?

El largo silencio que puso colofón a aquella reunión sirvió para que cada uno de los presentes digiriera o interpretara las palabras de Alejandro a su ma-

nera. También para saber que acabábamos de proclamar un nuevo tema tabú que trataríamos de esquivar en las cenas de pareja o las quedadas en grupo que teníamos en contadas ocasiones.

Eugenio fue la primera víctima de aquella experiencia. Lo suyo fue una exploración de dentro a fuera que acabó por consagrarle como artista de vanguardia y revelación en la feria de arte contemporáneo, ARCO, que se venía celebrando en Madrid desde principios de los años ochenta. En la edición de 1991, la sugerente estructura de sus cuadros llenó columnas en periódicos y revistas especializadas. Eran mapas de la esencia humana, de la vida de los objetos, del vibrar de la naturaleza. Como un topógrafo artesano componía, en color siena, mediante curvas de nivel perfectamente calculadas y de distinto grosor si correspondían con las curvas maestras, desnudos de personas anónimas, bodegones en los que se adivinaban formas geométricas de herramientas cotidianas, paisajes que, aplicándoles la escala adecuada, parecían emerger del lienzo, como si de un código Braille no inventado se tratara. En una de sus obras más famosas, «Cuarto de baño a sesenta grados», jugaba con la dicotomía de la expresión, usaba el ángulo de visualización para generar volumen en los sanitarios a la vez que aplicaba curvas de nivel al vaho que genera el agua que sale de una ducha a esa temperatura. Era un juego de palabras sutil que más de uno calificó como obra maestra. Lo cierto es que solo coincidimos un par de veces con él antes de que su carrera se echara a perder por los abusos con el alcohol y las drogas, esas sustancias que ayudaban a construir el personaje relevante que nunca quiso ser. Ahora creo que aquellas curvas de nivel las usaba como red de protección para su personalidad frágil e introvertida, pero nadie supo entenderlo. Sin tanto bombo probablemente habría podido seguir evocando la normalidad, mapeando lo cotidiano. Al final, acabó marchándose a Sudamérica en busca de otros aires, más buenos, y le perdimos la pista.

Las vidas, como el universo, se expanden en su propio *big bang* haciendo cada vez más extensas las distancias, y más difícil y esporádico el contacto según va pasando el tiempo; y lo mismo nos fue ocurriendo a nosotros. Esther preguntaba de vez en cuando por Gloria y Alejandro. Los recordaba y les tenía gran afecto. Pero, por poner un ejemplo de la medida de aquel distanciamiento, ni tan siquiera llegaron a conocer a Andrés. Cuando lo tuvimos nos felicitaron por teléfono, insistieron en hacernos una visita, pero lo cierto es que, una

vez Alejandro consiguió trabajo en San Sebastián, aquellos «en serio, tenemos que vernos» se convirtieron en un latiguillo fútil que soltábamos al nivel de un «¿qué tal va todo?» o un «¿Cómo estás?». Las llamadas también fueron reduciéndose significativamente hasta que un «¡Feliz Año!» o una «¡Feliz Navidad!» eran el único contacto lingüístico emocional que compartíamos.

No por ello dejé de considerarlos mis amigos. Por eso, años después, cuando me llegó el programa del XIX Congreso de la Asociación Española de Geografía y vi que Alejandro figuraba entre los ponentes, no dudé en coger un tren y desplazarme hasta Oviedo para poder verle.

Le brillaban los ojos cuando subió al escenario. Allí, entre el estupor general de la platea, desveló su singular «Mapa de ciudades que existieron, que serán y que han podido ser: las imaginarias, las que no podemos ver, las que solo existen en los libros y las que nunca llegaremos a conocer». En los cuarenta y cinco minutos que duró su exposición —una versión mejorada y revisada de los conceptos que desarrolló cuando nos reunimos a la vuelta de Múnich— nombró Valovna, pero también Sineria, Lisáteco o Lavinio, habló del país de Liberland o el principado de Sealand, mientras el murmullo general se iba haciendo gigante. Presentó mapas. Los de las ciudades que dejaron de existir aún fueron capaces de mantener la atención: lugares como El Dorado, Kitez, Lyonesse o la Atlántida y otras ciudades menos sonadas compartían espacio en un mapamundi muy parecido al actual. Pero al llegar al de las «ciudades que serán» el desconcierto se transformó en abuceo y las muestras de indignación y gritos hicieron acto de presencia. No se recuerda algo parecido en ninguna reunión de carácter científico que se hubiera desarrollado en este país. Tuve que sacarlo a rastras de allí. La cara de Gloria era un poema. Pero aquello no había hecho nada más que comenzar. Con su voz ya menos animosa y entrecortada del final de la exposición se abrieron los informativos televisivos de medio país y las consecuencias no tardaron en llegar: pronto perdió su trabajo, fue expulsado de academias y asociaciones y quedó sumido en una crisis de la que nunca creímos que se recuperaría. Demencia, Alzheimer o locura fueron los términos más utilizados en sucesivas revisiones del hecho. El ciudadano de a pie puede que lo olvidara casi al momento, pero en el mundo quedó grabado a fuego por muchos años.

Gloria me llamó un par de años después. «¡Tienes que venir a ver esto!», me dijo. El tono de urgencia con que entonó la frase me hizo dejar todo lo que tenía entre manos para partir hacia San Sebastián en el primer tren de la mañana. Esther se quedó en casa porque ya presentaba algunos síntomas de la enfermedad.

Cuando Gloria abrió la puerta dudé un instante antes de pasar. La encontré desmejorada pero pronto olvidé la impresión al entrar al salón y encontrarme dentro una escena inolvidable. Las paredes y los techos estaban pintados de arriba abajo con lo que parecían ser mapas. Mapas perfectamente realizados a una escala difícil de precisar, pero con toda la simbología y la toponimia aplicada con corrección. Carreteras y medios de transporte, estaciones y aeropuertos. Iglesias, monasterios, monumentos, enclaves paisajísticos, parques naturales. Algunos de los nombres de las poblaciones pertenecían a ciudades actuales, otros me sonaban del congreso —no pude evitar fijarme en Valovna—, pero la mayoría estaba seguro de no haberlos oído en mi vida. En medio de aquel aparente desastre, sentado en una silla de diseño nórdico, semidesnudo y con el cuerpo casi cubierto de apuntes, fórmulas, cálculos y bocetos, a modo de tatuajes, se encontraba Alejandro, con aspecto feliz, en silencio y con los ojos muy abiertos. Sonreía.

—Empezó hace tres días y no ha parado desde entonces —apostilló Gloria—. No ha dormido, no me habla, no come, apenas bebe agua. Empezó aquí, en el salón, pero ha usado los pasillos, las puertas, las habitaciones. ¡Hasta el cuarto de baño! En la cocina hay mapas en el interior de los cajones. Te llamé porque no sabía cómo pararle, pero lleva sentado ahí desde esta mañana.

—Igual ya se le pasó—respondí.

Tenía que haberle dicho que no se preocupara, que seguro que era una crisis pasajera, que los últimos años habían sido difíciles. No sé, mil cosas que requieren de cierta empatía que nunca se me ocurren en el momento adecuado. Por suerte o por desgracia, ni siquiera tuve que reafirmar mi posición o ayudar a consolarla.

Alejandro se levantó. Nos miró de arriba a abajo y admiró su *obra*. Un instante después, desde el centro exacto del comedor, de forma serena y confiada, me habló.

—Me equivocaba, Javier, me equivocaba. Valovna, Lisáteco, El Dorado, tantas otras... No existen. No pueden existir así como así. Que alguien las dibuje en un papel, que ocupen un espacio en párrafos de libros antiguos, que no sé quién se moleste en hacer una reproducción o las sitúe en un cuadro, no quiere decir que sean de verdad. No... —hizo una pausa y fue subiendo el volumen de la voz y el grado expresivo de su locución—. Hemos olvidado nuestro verdadero objetivo.

Porque si Borges escribía sobre una civilización paralela, sobre idiomas extintos, sobre enciclopedias alternativas que contenían términos imposibles, era porque se lo podía permitir. Ficción. Lo suyo era ficción. Nada que ver con lo nuestro. Somos esclavos de la realidad. Pero lo he logrado, Javier, lo he logrado... No se trataba de situar en un papel el sitio exacto donde están esos lugares. Eso no tiene mérito. Y menos en nuestro caso. Estamos hablando de ciudades extintas, ciudades que están por ser creadas aún. ¿Cuál es la verdadera razón de todos esos mapas que hemos visto tú y yo a lo largo del tiempo? La sincronización. La verosimilitud —los gritos empezaban a aparecer, acompañados de gestos elocuentes—. La esperanza de ser el retrato perfecto de la realidad. Quitar lo que desaparece, cambiar lo cambiante, reflejar lo efímero de modo casual para volver a modificarlo tiempo después. Para ello hacemos fotos desde el cielo. Para comparar. Para darnos por satisfechos cuando comprobamos que todo está en su sitio. Pero, curiosamente, nos olvidamos de la génesis, del descubrimiento —sus ojos empezaban a brillar de forma extraña y nosotros estábamos cerca de sentir miedo—, el germen del movimiento, la verdadera razón para nuestra existencia, el constante paso del tiempo, el cambio de dirección, el sentido natural de las cosas. En la vida solo existe un sentido. ¡No podemos, por más que lo hayamos intentado, ir hacia atrás! Pero mi mapa, mis mapas, mis mapas son el camino a seguir. Lo he encontrado. Sé que puedo ir, la primigenia síntesis de la cartografía, poder llegar, poder ir... Puedo...

Y se desplomó. Cayó agotado sobre las pinturas y herramientas de medición que abarrotaban el parqué. Gloria y yo nos miramos apesadumbrados.

Tres días después, y tras un reconocimiento médico exhaustivo, ingresó de urgencia en un psiquiátrico de la provincia. Unas semanas más tarde nos comunicaron que se había escapado. Que en el recuento nocturno habían encontrado su habitación vacía.

«Poder llegar, poder ir». Lo cierto es que lo he repetido muchas veces en mi cabeza los últimos años, pero nunca más que en el periodo de lucha contra la enfermedad de Esther. No voy a decir que se me fue la cabeza, pero no sería raro atendiendo a los antecedentes. Había que intentarlo todo, había que retenerla aquí.

El mundo en general se había acelerado, todo giraba alrededor de los ordenadores y la tecnología. Todo giraba alrededor de internet. Los ya mayores nos subimos a aquella ola con cuidado, pero según fue pasando el tiempo llegamos a surfear con cierta soltura. Nosotros teníamos a Andrés que, aunque ya estaba estudiando la carrera fuera, nos sirvió de maestro en muchos de los aspectos referentes al manejo de la red global. Y yo necesitaba de todos los recursos existentes en mi cruzada para ayudar a Esther. Busqué tratamientos, especialistas, opiniones, manuales y mucho material informativo relacionado. Dedicaba todo el tiempo posible a cuidarla y a buscar un milagro en internet. Al final lo encontré una de aquellas tardes sondeando la red, pero, por desgracia, no estaba relacionado con mi mujer.

Sin saber cómo di con un foro de seguidores de los mapas de Alejandro. Se autodenominaban seguidores del «*Otherworld*». En él hablaban sobre la posibilidad de que se hubiera ignorado el gran descubrimiento científico del siglo XXI. Las probabilidades de que mi amigo estuviera o no en lo cierto no era el tema de debate. Se daba por sentado que tenía razón. Servía más que nada para compartir experiencias, búsquedas y organizar encuentros o simposios. Un grupo de jóvenes había fundado Lisáteco en una pequeña isla griega. Ya tenían más de un centenar de habitantes. Las coordenadas coincidían con las que él le había asignado. Y del mismo modo ocurría con otras actividades en referencia a los otros mapas. Se había organizado una expedición en busca de Lyonesse. Un filántropo norteamericano corría con los gastos. Y entre tanto esfuerzo por demostrar que la teoría era cierta, yo no podía más que pensar que igual en algún lugar de aquellos que quizá existieran o hubieran existido podría haber un tratamiento para Esther. Fui uno más en la comunidad, aposti-

llando razones, buscando respuestas y lanzando preguntas sobre la capacidad científica y médica de aquellas ciudades que tanto conocíamos sin haber tenido la posibilidad de visitarlas. Por supuesto que no sirvió de nada. Vi crecer alguna de esas ciudades, fotos enviadas por los foreros, caminos que decían haber tomado pero que nunca podía comprobar. Vi modelos 3D obtenidos por LiDAR de las ruinas de las pirámides de Tikal. Era fascinante y confieso que me hubiera gustado estar menos absorbido por aquella vorágine de perspectivas imaginarias y estar más atento a Esther. Perdí contacto con la realidad. Porque, quizá, un médico en Valovna... Cuando murió dejé de conectarme al foro.

Hace un par de días recibí un correo electrónico de Eugenio. Decía que estaba bien, que había encontrado mi *e-mail* en uno de mis artículos. Escribía de forma frenética y adjuntaba un par de fotografías de un sobre cerrado en el cuerpo del mensaje.

Gloria me telefoneó ayer. Había recibido también una carta. Ambas llevaban el matasellos de Valovna y, por ello, se mostraron cautos a la hora de abrirla. Podría tratarse de una broma de los fans de Alejandro o simplemente contener la prueba inescrutable que pudiera alterar su percepción de las cosas. De momento no les he respondido. A mí me ha llegado esta mañana con el mismo sello postal. Ignoro el contenido de las otras dos, no dudo que Alejandro pueda estar vivo y se encuentre en ese lugar que le abrió las puertas al «otro mundo»; pero en la mía he reconocido la letra de Esther. Y voy a abrirla. Porque, como bien dejó claro mi amigo, la verdadera razón de la existencia de los mapas es «poder ir» a los lugares que representan.

Trazos de luz

Germán Pablo Miñón

Trazos de luz

Germán Pablo Miñón

I

En 1767, Pablo de Olavide llegó a Sevilla como asistente de la ciudad, la misma que había sido asignada como el escenario de sus ambiciones reformistas. A sus treinta y tantos años, era la viva imagen de un hombre de la Ilustración: su mirada, intensa y curiosa, parecía absorber cada detalle de su nuevo entorno y su porte, aunque elegante, carecía de la pomposidad habitual de la nobleza de la época.

Llevaba consigo no solo sus pertenencias más preciadas, sino también un arsenal de ideas progresistas que esperaba sembrar en aquella tierra fértil.

Con su paso decidido y su mirada observadora, no tardó en familiarizarse con la ciudad. Una tarde, mientras caminaba por sus laberínticas calles, desembocó frente a la imponente Catedral de Sevilla, donde se detuvo. La magnificencia de la estructura lo dejó pensativo, simbolizando a la perfección la majestuosidad y el peso de la tradición que buscaba moldear.

Fue allí donde conoció a un atento anciano, conocedor de las historias y secretos de la ciudad. El anciano, apoyado en su bastón, observó a Olavide con curiosidad antes de dirigirse a él.

—Pareces un hombre con propósito, forastero. No muchos se detienen a mirar la catedral con tal... consideración.

—No soy un extranjero para las vastas tierras de España, pero sí para Sevilla. Pablo de Olavide, a su servicio. Y usted tiene razón; veo en esta catedral no solo fe, sino también el legado de quienes nos precedieron —contestó con cierta emoción el joven ilustrado.

La conversación fluyó naturalmente entre ellos, como dos ríos que se encuentran. Olavide compartió sus visiones de reforma, hablando con pasión sobre la educación, la justicia y el bienestar de los ciudadanos.

—Tus ideas son nobles, Olavide, pero en Sevilla, la tradición es la reina y maestra. Cambiar la mente de la gente aquí... es como intentar desviar el curso del Guadalquivir con tus propias manos.

—¿Y acaso no es noble el esfuerzo? ¿No vale la pena intentarlo si con ello podemos mejorar la vida de nuestros conciudadanos?

El viejo sonrió, la sabiduría de sus años se reflejaba en su mirada.

—Tal vez, Olavide, tal vez. Pero ten cuidado. Las aguas del Guadalquivir pueden ser más turbulentas de lo que aparentan.

Esta conversación marcó el inicio de la estancia de Olavide en Sevilla. A medida que los días se convertían en semanas, comenzó a implementar sus planes. Su primer proyecto fue la creación de escuelas públicas, una idea que le presentó al consejo de la ciudad con el fervor de un creyente.

La sala del consejo era amplia, con ecos que rebotaban en las paredes de piedra, haciendo que incluso los susurros sonaran como proclamas. Olavide, de pie ante los consejeros, desplegó sus mapas y documentos, la evidencia de sus intenciones y sueños.

—Señores, el futuro de Sevilla, y de España, reside en la educación de nuestros jóvenes. Dejemos que la luz de la razón y el conocimiento disipe las sombras de la ignorancia. Construyamos escuelas donde el hijo del campesino y el hijo del noble puedan aprender juntos, creando una sociedad más justa y equitativa.

Los consejeros lo escucharon, algunos con interés, otros con escepticismo. Uno de ellos, don Ricardo, un comerciante próspero y conservador, fue el primero en responder.

—Don Pablo, sus ideas son, sin duda, intrigantes. Pero, ¿cómo propone financiar estas escuelas? ¿Y qué diremos a aquellos que creen que su lugar está en el campo, no en la sala de clases? —cuestionó el comerciante, arqueando una de sus cejas.

—La inversión en la educación de nuestros jóvenes es una inversión en el futuro de la ciudad. Encontraremos los medios, ya sea a través de fondos públicos o privados. Y respecto a la resistencia... la educación no es el fin de la tradición, sino su evolución. Enseñar a leer y escribir no aleja al hombre del campo, sino que le da las herramientas para prosperar en él y más allá —contestó con seguridad el joven intelectual, con la calma propia que le caracterizaba.

La discusión se extendió durante horas, con Olavide defendiendo su posición con una mezcla de pasión y lógica. Al final, el consejo acordó iniciar un pequeño programa piloto de escuelas públicas, un compromiso tibio pero un comienzo, sin embargo.

Esa misma noche, mientras Olavide caminaba de vuelta a su residencia, reflexionaba sobre los eventos del día. Sabía que había logrado una pequeña victoria, pero también era consciente de los desafíos que le esperaban. La oposición a sus reformas era fuerte, arraigada en siglos de tradición y en el poder de la Iglesia. Mientras la luna se elevaba sobre Sevilla, iluminando las calles con una luz etérea, el joven ilustrado sentía tanto la magnitud de su tarea como la soledad de su posición. Pero en lugar de desanimarlo, esto reforzó su determinación.

—Cambiaré esta ciudad —se prometió a sí mismo— aunque tenga que enfrentarme a cada sombra que se esconda en ella.

II

Los primeros rayos del sol se filtraban a través de las ventanas de la oficina de Olavide, cubriendo los planos y documentos con una luz dorada. Era un nuevo día en Sevilla, y con él, la renovación de su compromiso con el cambio. Las escuelas públicas eran solo el inicio; Olavide tenía planes para la reforma agraria, mejoras en la infraestructura y la promoción del comercio justo.

Mientras organizaba sus papeles para la reunión del día, un golpe suave en la puerta anunció la llegada de Juan, su joven secretario. Juan era más que un asistente; se había convertido en un confiable confidente y aliado en la causa reformista.

—Don Pablo, todo está listo para la reunión. Pero debo advertirle, hay rumores preocupantes.

—¿Rumores? ¿Qué clase rumores?

—Se murmura en las calles y en los corredores del poder que algunos sectores están conspirando contra usted. Ven sus reformas no como el avance que son, sino como una amenaza a sus intereses.

El novel visionario asintió, su semblante era sereno, pero sus ojos revelaban la tormenta interior. Era consciente de que su camino no sería fácil, pero la resistencia parecía estar cobrando una nueva forma, más ominosa.

—Gracias, Juan. Estaré alerta. Pero no dejaremos que el miedo nos desvíe de nuestro propósito.

La reunión de ese día era con agricultores locales, a quienes Olavide buscaba convencer de las ventajas de sus propuestas de reforma agraria. Les habló de rotación de cultivos, de sistemas de irrigación modernos, y de cómo el gobierno podría apoyarlos para mejorar sus rendimientos y su calidad de vida. Sin embargo, la desconfianza era palpable en el aire, como una bruma que se negaba a levantarse.

—Don Pablo, sus ideas suenan grandiosas, pero ¿cómo podemos estar seguros de que no acabaremos peor de lo que estamos? Nosotros conocemos la tierra, la hemos trabajado como lo hicieron nuestros padres y los padres de nuestros padres —le interpeló un joven agricultor.

—Entiendo sus preocupaciones. Pero le pregunto, y les pregunto a todos ustedes, ¿es suficiente seguir como siempre, esperando que la tierra nos dé lo suficiente para sobrevivir? Mis propuestas buscan asegurar que no solo sobrevivan, sino que prosperen. La tradición y el conocimiento pueden y deben ir de la mano con la innovación.

El diálogo continuó, con el joven ilustrado respondiendo a preguntas, aliviando temores y, poco a poco, sembrando la semilla del cambio. Al final de la reunión, aunque no todos estaban convencidos, había un acuerdo tácito para probar algunas de las propuestas de Olavide en una pequeña porción de tierras.

Esa noche, en una taberna local, Olavide se reunió en secreto con un grupo de intelectuales y comerciantes, simpatizantes de sus ideas. Entre jarros de vino y bajo el tenue resplandor de las velas, discutieron estrategias para avanzar las reformas en medio de la creciente oposición.

—Don Pablo, su visión para Sevilla es inspiradora, pero debemos ser cautos. Hay quienes verían esta ciudad y sus tradiciones arder antes de permitir el cambio —sugirió un reputado comerciante.

—Y, sin embargo, debemos intentarlo. Sevilla puede ser un faro de progreso para España. No permitiremos que el temor al cambio nos condene a la oscuridad.

Mientras la reunión se disolvía y Olavide caminaba de vuelta a su casa, las palabras del anciano volvían a él: «las aguas del Guadalquivir pueden ser más turbulentas de lo que aparentan». Sabía que las semanas y los meses venideros pondrían a prueba su resolución y su capacidad para navegar esas aguas turbulentas. Pero también sabía que no estaba solo en esta lucha; había otros que compartían su visión de un futuro mejor. Se acostó esa noche con una

mezcla de determinación y preocupación. El camino hacia el cambio estaba sembrado de obstáculos, pero estaba resuelto a superarlos.

III

El proyecto del primer plano completo de la ciudad, aunque fuera solo una pieza en el amplio mosaico de las reformas que Olavide emprendió, comenzó a tomar forma, simbolizando su deseo de ver una Sevilla transformada, no solo en sus calles y edificaciones sino también en el corazón y la mente de sus habitantes.

Un día, mientras Olavide revisaba los avances del mapa con su equipo de cartógrafos en su estudio, la conversación se desvió hacia el propósito más profundo del proyecto.

—Este mapa es más que una simple representación geográfica; es un instrumento de cambio. Con él, podemos identificar las necesidades de nuestra ciudad, planificar mejoras en las infraestructuras y, en última instancia, mejorar la vida de todos los sevillanos.

—Don Pablo, es una visión admirable. Aunque debo advertirle de que circulan rumores y hay quienes ven este proyecto con recelo. Temen que detrás de estos cambios se esconda una agenda más... radical —comentó uno de sus cartógrafos de confianza.

—El miedo al cambio es natural, pero no podemos permitir que nos paralice. Si queremos avanzar como sociedad, debemos estar dispuestos a explorar nuevos caminos.

La conversación fue interrumpida por la repentina llegada de un mensajero, quien entregó a Olavide una carta sellada. La misiva era de un grupo de ciudadanos influyentes, que expresaban su preocupación por el proyecto del mapa y solicitaban una reunión para discutir sus implicaciones.

Olavide, consciente de la importancia de mantener un diálogo abierto, accedió a encontrarse con ellos. La reunión tuvo lugar en una de las antiguas sa-

las del Alcázar de Sevilla, donde los altos techos y las paredes adornadas con azulejos testificaban siglos de historia.

—Don Pablo, su proyecto ha suscitado cierta... inquietud. ¿No cree que dedicar tantos recursos a un mapa, en estos tiempos, es un lujo que no podemos permitirnos? —preguntó con cierto desdén una de las personas que formaban parte de aquella mesa, como portavoz de los ciudadanos.

—Entiendo sus preocupaciones. Pero permítanme asegurarles que este mapa es una inversión para nuestro futuro. Con él, no solo mejoraremos la planificación urbana, sino que también fomentaremos el comercio y la salud pública. No es un lujo, sino una necesidad.

—Y, aun así, ¿a qué costo? ¿No está este proyecto desviando atención y recursos de asuntos más urgentes? —volvió a preguntar aquel hombre, esta vez con un tono algo más duro.

—El progreso no es un camino de un solo sentido. Podemos y debemos atender múltiples frentes simultáneamente. Lo bueno está por llegar, no vendrá por lo que hagamos solo en lo inmediato, sino en cómo sembramos las semillas para un futuro próspero.

La reunión terminó sin un acuerdo claro, pero Olavide se sintió alentado por la oportunidad de presentar su caso. Sin embargo, la tensión en la sala era un recordatorio palpable de las fuerzas conservadoras que veían con desconfianza cualquier intento de cambio.

En los días siguientes, mientras Olavide continuaba con su trabajo, la presión comenzó a aumentar. Cartas anónimas de advertencia llegaban a su puerta, y sus colaboradores reportaban encuentros incómodos en las calles. Era evidente que su proyecto del plano y, por extensión, todas sus reformas, habían tocado un nervio sensible en la sociedad sevillana.

Una noche, mientras caminaba de vuelta a su casa después de una larga jornada de trabajo, Olavide fue abordado por un hombre envuelto en una capa, que escondía su rostro en las sombras.

—Don Pablo, tenga cuidado. Hay ojos en cada esquina, oídos en cada pared. No todos desean verlo triunfar —oyó Olavide a través de una voz ronca.

Antes de que el ilustrado pudiera responder, la figura se desvaneció en la oscuridad, dejándolo solo con sus pensamientos. El mensaje era claro: la batalla por el futuro de la ciudad estaba lejos de terminar, y los desafíos que enfrentaría no serían solo intelectuales o políticos, sino también personales y peligrosos.

Olavide miró hacia las estrellas, buscando consuelo en la inmensidad del cielo

—Continuaré, pase lo que pase —susurró para sí mismo.



Primer plano topográfico completo de la ciudad de Sevilla. 1771.

Escala [ca. 1:2650]. 600 varas castellanas [= 18,8 cm]

Imagen extraída de la Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico.

Material cartográfico.

IV

La mañana en que fue detenido en su propia residencia, el aire se cargó de una tensión palpable, como si la ciudad misma contuviera la respiración ante el inminente drama.

La detención fue llevada a cabo con una eficiencia fría por parte de los emisarios de la Inquisición, quienes, sin tener en cuenta las protestas de Olavide ni las súplicas de sus allegados, lo trasladaron directamente a la prisión del Santo Oficio. La rapidez del procedimiento dejó en claro que su destino había sido decidido mucho antes de que él pudiera defenderse.

—¿Es esta la justicia que predica nuestra Santa Iglesia? ¿Encarcelar a un hombre sin juicio, sin derecho a defenderse? —questionaba en voz alta Olavide mientras era encerrado.

Pero las palabras de Olavide se perdieron en el viento, sin encontrar eco en los corazones de sus captores. La prisión de la Inquisición, un lugar que había atormentado las pesadillas de muchos, se convirtió en su nuevo hogar en los dos años venideros, sin que nadie en el exterior supiera de él. Las paredes gruesas y frías de su celda no solo lo aislaron del mundo exterior, sino que buscaron ahogar su espíritu, sumiéndolo en una oscuridad profunda. La ausencia de noticias, la incertidumbre sobre su futuro, y la soledad implacable probaron su fortaleza mental y emocional de maneras que nunca había imaginado. A pesar de las duras condiciones de su encarcelamiento, Olavide encontró refugio en la escritura, utilizando pequeños trozos de papel que lograba ocultar de sus guardianes. En ellos, plasmaba no solo sus pensamientos y reflexiones, sino también sus sueños para transformar a la sociedad, visiones que se negaba a dejar morir en el olvido de su celda.

La noticia de su detención y desaparición resonó en los círculos intelectuales y reformistas, tanto dentro como fuera de España, aunque nadie, como ya se ha mencionado, lograba obtener información sobre él. El misterio en torno a su destino solo servía para aumentar el mito de su figura, convirtiéndolo en un mártir para la causa de la Ilustración.

Finalmente, tras dos años de incertidumbre y lucha, la situación de Olavide tomó un giro inesperado. A través de complejas maniobras legales y la intervención de aliados influyentes, se consiguió que su caso fuera revisado, abriéndose así la puerta a la posibilidad de su liberación.

Sin embargo, la libertad de Olavide vino acompañada de un alto precio: el exilio a Francia. Se le permitió dejar la prisión, pero con la condición de que no regresara. Aunque la perspectiva de abandonar su patria le desgarraba el alma, sabía que fuera de sus fronteras encontraría un nuevo campo de batalla para sus ideales.

—Aunque me alejen de esta tierra, las ideas no conocen de exilios. Continuaré mi lucha, por todos aquellos que, en silencio, sueñan con un mundo más justo. Mi voz, lejos de acallarse, resonará aún más fuerte —dijo Olavide tras su salida de prisión.

Y así, con el amargo sabor del exilio en los labios, pero con la determinación ardiente en su corazón, Pablo de Olavide cerró un capítulo de su vida, listo para comenzar otro, en un mundo que, esperaba, algún día escucharía y abrazaría las verdades por las que había luchado tan fervientemente. V

Años después del exilio de Pablo de Olavide, un atrevido historiador, Jesús, se sumergió en los archivos buscando entender la verdadera influencia de Olavide en Sevilla y más allá.

—Olavide fue más que un reformador; fue un soñador enfrentado a la realidad de su tiempo. Pero ¿cómo se puede medir su legado? —decía en voz baja Jesús, mientras investigaba.

Jesús encontraba cartas, diarios y testimonios de la época que revelaban la complejidad de la lucha de Olavide, así como las semillas del cambio que plantó.

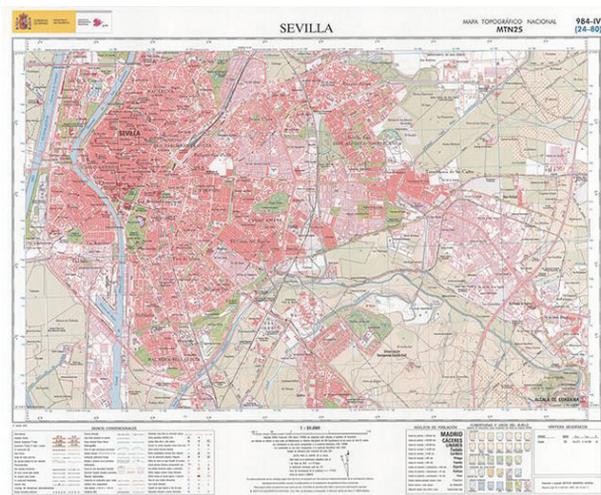
—Don Pablo, vuestras reformas desafiaron las estructuras de vuestra época, pero os enfrentasteis a la incomprensión y el exilio ¿Valió la pena tanto sacrificio? —imaginaba Jesús, como si estuviera participando en un próspero diálogo con don Pablo de Olavide.

—Todo esfuerzo por la verdad y la justicia merece ser hecho, sin importar el costo. Lo que sembramos en Sevilla fue más que cambios en leyes y tierras; fue la esperanza de un futuro iluminado por la razón y la compasión —respondió Olavide, en la imaginación del joven investigador.

Jesús visitaba los lugares que fueron clave en la vida de Olavide en Sevilla, observando algunos cambios y reflexionando sobre el posible impacto de las reformas de Olavide en la evolución de la ciudad y la sociedad. Encontraba evidencias de que, aunque algunas de sus ideas fueron inicialmente rechazadas, muchas se implementaron con el tiempo, cambiando Sevilla de la manera que Olavide había soñado.

Las calles que una vez caminaste ahora llevan tu sello, don Pablo. Tu visión de Sevilla, aunque tardía y parcial, se ha materializado de formas que quizás nunca imaginaste —pensaba mientras contemplaba la fachada donde un día vivió su idolatrado ilustrado.

No pudiendo gobernar su inquietud extrema y sus ganas de indagar y demostrar, Jesús decidió preparar una exposición sobre la vida y el legado de Olavide, presentando así su investigación. Su presentación resaltaba cómo la



*Mapa topográfico de Sevilla.
Mapa Topográfico Nacional 1:25.000.
2019.*

Instituto Geográfico Nacional (IGN)

historia de Olavide es un testimonio del poder de las ideas y la perseverancia a través de la adversidad.

—Pablo de Olavide nos enseña que la lucha por el progreso es, a menudo, un camino solitario y difícil. Pero es un camino que, inevitablemente, conduce hacia adelante, hacia un mañana mejor. Su legado no se define por las tragedias que afrontó, sino por la luz que dejó atrás, una luz que aún brilla en Sevilla y más allá —explicaba Jesús mirando el plano de Sevilla de 1771, contemplando cómo ese mapa, una vez motivo de controversia, se convirtió en un símbolo de la visión adelantada de Olavide.

A través de los siglos, Olavide, el reformador, el exiliado, el repudiado, se transformó en Olavide, el visionario cuyo sueño de una sociedad mejor continuaría inspirando a las nuevas generaciones.

El retumbar

Diego Fernando Becerra Ramírez

El retumbar

Diego Fernando Becerra Ramírez

A esa hora, Luis soñaba con una bañera llena de pelotas de goma. Estaba listo para sumergirse cuando sintió una vibración que cruzó la frontera entre el sueño y la vigilia. Las pelotas brincaron y se salieron de la bañera. Entonces, Luis despertó en su cama y el temblor seguía. Si no hubiera estado en Madrid, no le hubiera dado mayor importancia. En su país, sentir un temblor no era sinónimo de alerta. Pero en Madrid era diferente. No se sentía seguro, a pesar de los cientos de temblores que había sentido y tan sólo se habían quedado en un número. Así que se incorporó en su cama y plantó una mano en el colchón para sentir mejor las vibraciones. Allí estaban, inconfundibles, pero también, menguantes y débiles. Se tranquilizó. Pero vino el sonido y ahí sí, se asustó. Que temblara era algo normal. Algo que se esperaba, como la lluvia en días nublados, o el calor en verano. Pero el sonido en un temblor auguraba que no era igual al resto. Era uno diferente, uno para recordar. La ventana del cuarto vibró y emitió un sonido punzante. El aire se cortó en pedazos en una sinfonía gélida. Luis se paró y corrió al marco de la puerta del baño. Allí se refugió hasta que los sonidos se apagaron y el temblor terminó. Duró sólo un instante. El suficiente para que el corazón de un viejo que dormía profundo en el barrio de Usera se detuviera. El suficiente para que sonaran algunos gritos en las calles, mezclados con alarmas estruendosas de los carros. El suficiente para que, días después, en medio de su delirio, Luis se convenciera de que la decisión que iba a tomar era la correcta.

Dos golpes resonaron en la puerta. Luis estaba leyendo un mensaje de su Mamá al otro lado del mar. Ella, ajena al temblor, cenaba tranquilamente.

Cuando Luis le contó, su mamá le quitó importancia al asunto y le recordó el último temblor de enero en Bucaramanga, cuando una ola de calor inusual arreciaba en la ciudad. El movimiento fue de casi seis grados en la escala de Richter. El sacudón se sintió hasta en la costa caribe de Colombia. Y aún así, nadie salió a la calle. No hubo ni una sola llamada preguntando si estaban bien. Era un temblor y ya. A nadie le inquietó. Luis estaba en medio de la conversación cuando sonaron los dos golpes en la puerta. Era su compañero de piso, un mexicano llamado Joaquín. Ambos rondaban los veinticinco años y se habían conocido en la diplomatura que Luis estudiaba. Desde el principio congeniaron por sus gustos musicales y por ser fanáticos del ánimo. Los unía también el venir de países donde los temblores eran tan comunes que rara vez eran noticia. Luis de Colombia, Joaquín de México. A ambos les hizo gracia las reacciones exageradas de los españoles. Los otros dos compañeros habían salido del piso al borde del pánico. Twitter estaba a reventar de trendings hablando del temblor. Las aplicaciones de mensajería colapsaron y había un aire de miedo flotando en las calles. Joaquín y Luis rieron. Se sentaron en su habitación a contarse historias que ellos denominaban «verdaderos temblores». Joaquín venía del estado de Querétaro, así que no le habían tocado los terremotos que habían arrasado zonas del país. Pero tenía el recuerdo vivo de los sacudones y la sensación general de zozobra que dejaron tras su paso. Luis, por su parte, venía de Los Santos, un pueblo en las montañas de Santander, que es conocido por ser el segundo nido sísmico del mundo. Es decir, tiembla todos los días. Luis creció entendiendo que los temblores eran tan naturales como la noche y el día. Su pueblo era inmune al pánico. Sentían los temblores y reaccionaban como si fueran una niebla de madrugada: la reconocían, pero sabían que se desvanecería pronto. Y que volvería al día siguiente. Luis mencionó también, que viajó y vivió por diversos sitios de Colombia y que a donde iba, también temblaba, a veces fuerte, a veces suave, pero que nunca era motivo de pánico. En medio de las risas, Joaquín recibió un mensaje de sus primos. Le preguntaban por su estado. Ya las noticias del temblor habían viajado a todo el mundo. Joaquín se levantó para dirigirse a su cuarto y hacer una llamada. Antes de salir, se detuvo en el umbral de la puerta de la habitación de Luis. Se giró hacia él y le sonrió de manera irónica.

– Güey, ahora que lo pienso, si adonde tú vas tiembla, a lo mejor eres tú el de los temblores.

Joaquín se echó a reír por la tontería que acababa de decir. Salió del cuarto a hacer su llamada. No se dio cuenta de la cara de Luis. Esas palabras habían sido la ignición de las llamas que iban a quemarlo todo.

II

Luis tenía 14 años cuando sintió por primera vez, en el año 2015, un temblor fuerte. En esa época vivía en Bucaramanga, Colombia, la capital del departamento. Su familia aún residía en Los Santos, cerca del nido sísmico que Luis llamaba hogar. Sus papás se habían separado, por lo que Luis se había ido a vivir con su mamá a la ciudad. El temblor fue en una tarde de marzo. Ese día el sol cegador estaba en su punto máximo. La ciudad vivía desde hacía años un incremento de temperaturas, que la había convertido en una playa sin mar. El temblor inició como todos: una pequeña sacudida que se hizo notoria. Luis estaba en un salón de clase en su colegio. La jornada de la tarde apenas había empezado. La profesora pidió calma. Les dijo que terminaría pronto. Y así era normalmente. Pero este no. Las ventanas empezaron a emitir una tonada histérica. La profesora perdió los nervios y salió del salón en una estampida peligrosa. Luis se quedó quieto, recordó las enseñanzas de su familia y buscó refugio bajo una mesa. El temblor siguió, superando por mucho los tiempos que se daban como normales. Cuando ya se preveía el apocalipsis, todo terminó. Como cuando un carro frena bruscamente en la autopista. Todos recordarían dónde estaban y qué hacían aquel día de 2015. Esa noche, por mensajes se difundió el miedo a las réplicas y se afirmó, que después de un gran temblor, vendrían otros desastres naturales. Un desvelo generalizado atizó a la ciudad. Muchos pasaron la noche en vela, aprovisionados y listos para los desastres predichos en internet. Al día siguiente tuvieron que ir a trabajar o estudiar desvelados y, en algunos casos, decepcionados porque no fue el fin de los tiempos.

Un año después, en 2016, Luis y su mamá se mudaron a Medellín. La vida era parecida a la de Bucaramanga, pero la ciudad era más emocionante. Una noche calurosa, que se vio bañada por lluvia, fue el augurio de lo que estaba por venir. El movimiento fue potente y generó una mezcla de alarmas desparamadas y ruidos por toda la ciudad. Luis y su mamá veían un programa con-

curso en la televisión. Cuando tembló, ambos se refugiaron bajo la mesa del comedor a esperar que el sacudón terminara. Como una ola del mar, el temblor regresó al océano de tierra de donde provino. Fue un susto mayor al de los anteriores, ya que la lejanía de casa lo hacía más peligroso e inesperado. Tres años más tarde, en 2020, Luis, su mamá y su nueva pareja, vivían en Villavicencio, una ciudad pequeña y tranquila de Colombia. La vida era plácida y cómoda. En este estado de relajación, el temblor que los sorprendió fue de los más violentos que Luis recordaba. La sensación de miedo les recorrió el espinazo y aunque el temblor se deshizo en un instante, pasaron varias noches donde el sueño tardó en volver.

Así como estos, Luis recordaba, sentado en su cama en el piso de Madrid, otros tres temblores. Todos fueron los más fuertes de cada año y él estuvo presente, en las cercanías del nacimiento de cada uno. Y entonces, la idea absurda, incompleta y fantasiosa tomó cuerpo y forma en su cabeza. Quizá, de una forma abstracta pero a la vez física, los temblores lo seguían a él. Quizá, hubieran cruzado el mar junto a Luis cuando vino a España y se habían desatado en un territorio que no estaba listo para albergarlos. Quizá, estaban aquí, ahora, con él. Quizá, eran él.

Luis, desvelado, dejó que la idea se deslizara entre su mente y se instalara peligrosamente a vivir en su conciencia. Se quedó dormido tarde. No volvió a soñar con las pelotas de colores ni la bañera. En sus sueños, sólo vio una llama flameante, escuchó el sonido de las ventanas y sintió cómo, bajo sus pies, todo empezaba a retumbar.

III

Luis abrió los ojos cuando escuchó el anuncio de llegada. Estaban entrando a la estación de buses de Murcia. El viaje desde Madrid fue corto. Durmió todo el camino, cansado por la noche que pasó en vela. Al bajar del autobús, revisó sus mensajes para buscar la dirección de Lourdes, la chica que lo esperaba en Murcia. Sin que nadie lo viera, revisó las fotos que se habían intercambiado a lo largo de la semana. Le temblaron los pantalones por la promesa por la que había venido. No conocía a Lourdes en persona. Hace una semana se habían contactado por Tinder y la conversación había fluido de manera per-

fecta. Hace dos días ella lo invitó a Murcia. Luis reservó pasajes en bus y se preparó mentalmente para pasar un fin de semana en compañía de Lourdes. Preferiblemente en su piso. No tenía mucho interés en conocer la ciudad. Tras comprobar la dirección, Luis volvió a revisar la información que había estado visitando la noche anterior. Ante sus ojos se desplegaron una serie de páginas y grupos de Facebook. Todas contenían teorías estrambóticas sobre temblores. Incluían una supuesta lista de «antecedentes» de grandes terremotos, para quien los leyera pudiera anticipar los desastres del futuro. Las comunidades de Facebook eran aún peores. Estaban llenas de falsos testimonios, reportes inexistentes y pseudociencia relacionada a los temblores. A la gente le gustaba fantasear con la idea que detrás de los movimientos de la tierra, había una especie de control o de orden establecido oculto a simple vista. En ninguna de las búsquedas de Luis por internet había un solo artículo científico o una visita a la página del Instituto Geográfico Nacional. No era algo que le interesaba, pues Luis estaba en el camino de cimentar su propia teoría y la información científica le habría desbaratado su castillo de naipes.

Luis conocía los mitos sobre temblores que se habían transformado en sabiduría popular en su país. Le inquietaba la combinación de tres de ellos. La idea de que un día caluroso, una lluvia no prevista y el vuelo de una bandada de pájaros se juntaran al mismo tiempo, era el mayor preámbulo de un gran terremoto. Luis andaba con la vista al cielo, en busca de nubes negras de lluvia y de grupos de pájaros. Ya el calor estaba instalado en el ambiente. Era marzo. No era habitual ese calor en esta época del año, pero hacía rato que las estaciones habían cambiado de las temperaturas a las que la gente se había acostumbrado. Luis se quitó la chaqueta y la acomodó en las tirantas de su morral. La distancia hasta el piso de Lourdes era apenas de dos kilómetros, así que decidió caminar. En el trayecto, distraído en sus pensamientos, ignoró la arquitectura y las calles de la ciudad. Se perdió las vistas de la catedral de Murcia, de la plaza del Cardenal y del Museo de Bellas Artes. Cuando estaba a escasos metros del piso se detuvo en medio de la calle. Una pequeña nube gris se movía en el cielo. Era una mota nada más. Luis se quedó viéndola todo el tiempo que estuvo en su rango de visión. La nube se desplazó como un bote en altamar. No representaba mayor peligro, pero Luis la siguió como un vigilante desconfiado. Cuando ya estaba lejos de su vista, siguió su camino hacia donde Lourdes. Se percató de que tenía un mensaje de ella. Le preguntaba por qué tardaba tanto y si se había perdido. Luis apretó el paso

y llegó a la puerta del edificio. Timbró al intercomunicador. Lourdes abrió la puerta. Luis entró al recibidor y buscó las escaleras. El piso quedaba en la última planta. Las escaleras daban hacia un patio exterior muy bien iluminado. Luis subió. El piso estaba al fondo del pasillo. Allí se dirigió. Pero de nuevo quedó paralizado con la vista clavada al patio exterior. Por el cielo flotaba, en una danza vistosa, una bandada de pájaros. Batían las alas en sincronía en dirección al mar, ajenos de todo lo que sucedía abajo. Luis sintió un frío metálico en la espalda. Miró las aves tratando de encontrar en ellas una señal de pánico. Pero no había nada. Se quedó parado un rato, inmerso en sus dudas catastróficas. Lourdes abrió la puerta, preocupada por la demora. Se encontró a Luis, parado en medio del pasillo perdido en sus desvaríos. Le pareció tan raro verlo allí, que la libido de Lourdes se fragmentó en partículas que no volverían a juntarse. Un rato más tarde, sentados en la sala, compartiendo un vino, Lourdes terminó de convencerse de que no iba a pasar nada con Luis, pues él seguía distraído, mirando constantemente el pronóstico del clima. En un momento de lucidez, Luis notó que su oportunidad para el fin de semana se estaba echando a perder. Trató de llevar la conversación a nuevos pastos y de hacerse el interesante. Ya era demasiado tarde, pero él no lo sabía. La cita se fue haciendo más larga e incómoda, con largos silencios por parte de ambos. Luis pidió ir al baño y se refugió allí para ocultar la desazón que sentía. Orinó y tiró de la manija. Se lavó la cara y se miró al espejo. Trató de darse ánimos para llevar la situación a buen puerto. Por un instante breve, logró convencerse de tener una mínima oportunidad de encarrilar las cosas con Lourdes. Se dio ánimo y se dispuso a salir. Un ruido a sus espaldas lo detuvo. Se dio vuelta y se fijó en la ventanilla del baño que daba al exterior. Unas gotas de agua se deslizaban, distorsionadas, por el vidrio. El corazón de Luis se encendió. Se acercó a la ventanilla, la abrió con cuidado y sacó su mano fuera a comprobar si llovía. Pasó un segundo. Luego otro y otro y no sentía el agua caer. Pero en el último momento, cuando llevaba la mano de vuelta dentro, una gota gorda y poderosa se estrelló con su piel. Le siguieron otras que traían la certeza de la lluvia. Atemorizado, Luis salió del baño. Se encontró con Lourdes, que estaba bajando la ropa del tendedero. La ignoró y se acercó a la ventana. Buscó con la mirada hasta que los encontró: la bandada de pájaros que cruzaba el cielo. Luis se asustó. Tuvo la certeza de que la tierra iba a temblar. Se sentó, sudando en abundancia y con el rostro pálido. Lourdes notó su estado de nerviosismo y le preguntó qué le pasaba.

– Va a haber un terremoto – dijo Luis.

Lourdes se extrañó por la respuesta. Luis le disparó a mansalva la serie de teorías que había leído. Le contó tantos datos sin comprobar, ideas conspiranoicas y declaraciones no fundamentadas, que Lourdes se sintió mareada con tanta información. Luis se levantó de la silla y caminó en círculos mientras se repetía a sí mismo las cosas locas que había leído. De pronto, se detuvo en seco. Plantó los pies sólidamente en el piso y cerró los ojos. Creyó sentir algo y necesitaba de la máxima quietud para comprobarlo. Lourdes le preguntó qué hacía, pero Luis la calló de manera brusca. Un silencio palpable se extendió en todo el piso, parecía que podría extenderse a toda Murcia y a España entera. Y entonces, un chasquido. Un leve sonido de cristal haciéndose pedazos. El suelo vibró con suavidad, lo suficiente para hacerse notar por encima del movimiento normal de la vida. Hubiera pasado desapercibido en cualquier momento. Pero no para Luis que era un faro receptor de temblores y cuyos pies estaban tan clavados en la tierra que podrían echar raíces. El movimiento fue rápido y fugaz. Lourdes también lo sintió y pegó un alarido de miedo, más que por el movimiento, por la confirmación de las afirmaciones de Luis. Este se quedó impávido, absorbiendo el temblor como una aspiradora. Tomó aire y el movimiento se detuvo. Sólo se escuchó el alarido de Lourdes, puesto que no hubo alarmas ni gritos. Luego, otra vez el silencio. Que se sintió como una amenaza de que esto no había terminado. Luis y Lourdes aguardaron a que el temblor volviera. Pero no lo hizo. Cuando pasó suficiente tiempo, Luis finalmente se movió, tomó su morral y se dispuso a salir del piso. Lourdes lo detuvo. Le preguntó a dónde iba. Luis la miró con seriedad, como si de pronto, su misión fuera clara y precisa.

– Lejos. Para que no te pase nada ni a ti, ni a la ciudad.

Lourdes no entendió a qué se refería. Entonces, Luis, con un brillo en los ojos, producto del convencimiento más absoluto, le dijo:

– Yo soy el temblor.

Luis salió del piso. Cerró la puerta y se alejó. Nunca volvió a ver a Lourdes. Ella, años después, contaba la historia en cada ocasión que surgía. Se volvió popular entre sus amigos y conocidos. Tanto, que incluso surgió la idea de pu-

blicar un libro con la experiencia. Se habló de vender sus derechos y hacer una serie de televisión. En medio de las negociaciones, Lourdes recordó el momento en que Luis se fue y ella se quedó sola en el piso, atemorizada y con ganas de vomitar. Y pensó para sus adentros: «nadie va a creerme esta historia»

IV

La noticia del temblor en Murcia ocupó la parte baja de la página web del periódico. Fue un temblor leve, pero generó miedo en algunos habitantes que lo conectaron de inmediato con el temblor de Madrid. Sin embargo, un artículo firmado por el Instituto Geográfico Nacional desmintió esas teorías y daba una serie de aclaraciones básicas sobre los temblores y su impredecibilidad. También daba varios consejos útiles para tener en cuenta durante y luego de los temblores. Era un artículo ligero y bien escrito, que fue el menos leído de todas las noticias de la página. Luis nunca supo de su existencia. Cuando volvió a Madrid estaba intoxicado con la idea de que él era el temblor. Si unía los pasos de su vida, los viajes y sitios donde había estado y los conectaba con los temblores que había presenciado, no había en su mente otra idea más clara y lógica, que la de que él se había traído los temblores de su tierra. Y ahora, él era el peligro. Era una bomba caminante que podía desatarse en cualquier momento. Sabía que había ciertos disparadores, como el calor y la lluvia, que desataban su poder. Así que la predicción del clima se volvió su principal obsesión. Llenó su móvil de aplicaciones del tiempo. Comparaba las pequeñas variables entre una y otra. Se obsesionó con el movimiento de las nubes y las probabilidades de precipitaciones. Dejó de ir a clase para concentrarse en investigar la forma de prevenir, que los temblores de su interior salieran fuera y dañaran la ciudad. Se sumergió en páginas y páginas de conspiraciones y pseudociencia hasta que dio con alguien que, envenenado por ideas como la suya, daba el poder a los humanos de ser focos de tragedias naturales. Luis nunca lo supo, pero esta teoría venía de una serie de televisión que se vio ampliada en manos de algunos conspiranoicos. Pasó toda una madrugada en conversaciones con personas desconectadas de la realidad, que encontraban las razones más complicadas para todas las cosas que sucedían en el mundo. Al día siguiente, Luis tenía las tres claves para purgar su mal recién descubierto. Y era muy sencillo, en teoría. Debería replicar las tres señales que vio en Murcia. En lugar de que acontecieran de forma natural, Luis debería hacer que

sucedieran. Debía reproducir el calor abrasador, la lluvia y el vuelo de los pájaros. Todo en una sola secuencia, provocada y coordinada por él mismo. Luis buscó entre las aplicaciones climáticas el día más frío del mes. Era el siguiente viernes, por lo que tuvo que conseguir el resto de cosas en tan solo tres días.

En el bazar de la esquina consiguió los pliegos de papel, los palos de balsa y la cinta que necesitaba. También encontró las pastillas de ignición y los fósforos a prueba de agua. En la gasolinera que estaba cerca del parque, compró un bidón de dos litros. De la comunidad de su piso, tomó la manguera y el aspersor con que regaban las plantas. El viernes llegó y Luis dedicó el día a comer todo lo que quiso. Le encantaba la tortilla de patatas con cebolla del Mercadona, así que devoró las dos que compró. Se bebió varias cervezas y unos tragos de ginebra. Aprovechó para ver los últimos capítulos disponibles de la serie a la que estaba enganchado. Se lamentó de no poder ver el final, pero su determinación no dejaba lugar a otros menesteres. Tomó un largo baño de agua caliente, se afeitó y se puso su abrigo favorito. Entonces guardó todos los elementos en una bolsa de ropa y salió de su piso. Subió a la azotea a través de una escalera. Trancó la puerta para que nadie le interrumpiera. Se acomodó cerca del borde del edificio. Desde un par de miradores cercanos vieron su silueta en el techo. Pero nadie se centró en él. Era un viernes fresco de primavera y cada persona estaba ocupada con cosas más importantes.

La noche clara y preciosa se alzó ante los ojos de Luis. Desde allí podía ver parte del barrio de Malasaña, donde estaba su piso compartido de estudiante. Abajo, en la calle, la vida nocturna iniciaba. El barrio se despertaba una vez la luz del sol se iba. Luis iba a extrañar su tiempo en Madrid. Le había cogido cariño a la ciudad. Su diplomatura estaba ya cerca de terminar, pero había muy buenas perspectivas de quedarse. La idea de iniciar una nueva vida en España lo entusiasmaba pero a la vez lo asustaba. Conocía a gente de su diplomatura pero no tenía grandes amigos ni familia. Todos esos pensamientos y sueños se vieron nublados y enterrados por la idea definitiva que había crecido y que ahora era un plan. Tenía que crear un retumbar. Uno que fuera artificial y tan poderoso, que la naturaleza engañada por él decidiera purgar los temblores que vivían en su interior. Luis se asomó por el borde de la cornisa. El pavimento aguardaba cinco pisos abajo. Hizo un último cálculo y regresó por la bolsa que había dejado en medio de la azotea. La abrió y sacó de allí un esperpento de papel y palos de balsa que simulaba unas alas enormes. En un movimiento

torpe y lento, Luis se acomodó las alas a la espalda. Parecía un animal de feria, pero con un disfraz hecho a última hora por un padre desinteresado. Con las enormes alas, Luis acomodó la manguera en el grifo y luego al aspersor. Abrió la llave y empezó a caer una suave lluvia artificial. Ya tenía dos elementos, la lluvia y los pájaros. Pero le faltaba el definitivo y más complicado: el calor.

Luis tomó el bidón de gasolina y lo abrió. El penetrante olor le hizo retirar la nariz. Dudó un momento de la decisión que había tomado y del camino de pistas y conjeturas que lo habían llevado hasta allí. Pero ya no había tiempo para cuestionamientos. Su poder podría detonar en cualquier momento. Dejó el bidón en el suelo y tomó su móvil. Había programado una serie de mensajes. El principal era para su madre, donde le explicaba todo lo que había hecho y los cómo y porqués. Había también un video dirigido a sus amigos en Colombia, un meme que había hecho para subir a Facebook y un audio dirigido a la prensa. Luis dio la orden y los mensajes se distribuyeron por todo el mundo. Una vez comprobó que se habían ido, apagó el teléfono y lo tiró al suelo. Luego, acomodó las pastillas de ignición entre los pliegues de las alas, cogió el bidón y sin más demora se lo vertió encima. La gasolina le ardió en la piel y humedeció sus alas de pájaro. El agua le refrescó por un instante, pero el olor del combustible era una nube embriagadora que lo cubrió todo. Luis tomó los fósforos a prueba de agua y los encendió. Cuando planeó todo, esperaba tener el tiempo suficiente para acercarse al bordillo. Pero la ignición fue inmediata y en un parpadeo Luis se vio cubierto en llamas. No sintió nada al principio. Sus alas de pájaro se incineraron rápidamente. El agua no era suficiente para aminorar la potencia del fuego. Los tres elementos que buscaba, el calor, la lluvia y los pájaros, se mezclaron entre sí en un cóctel definitivo. El ardor se le hizo insoportable, pero aún faltaba el paso final del retumbar. Luis debía volar. La piel comenzó a achicharrarse y el dolor era tan fuerte que fue incapaz de contener un alarido feroz. Cualquiera se hubiera arrepentido de haberse hecho esto, pero Luis estaba mucho más allá de sus propias decisiones. Echó a correr a toda velocidad hacia el borde de la azotea y dio el salto más alto que pudo. Gritó con todas sus fuerzas y extendió los jirones quemados que quedaban de sus alas. Luis vio una luz intensa que salía de sus adentros como una purga magnífica del maleficio que había traído desde su tierra. Y voló. Y sintió cómo su retumbar se escuchó por todas las calles de la ciudad.

V

La nota que Luis mandó a su mamá se hizo viral en pocos días. Así como los testimonios de Lourdes y el audio para la prensa. Todo fue carne de noticieros y programas de opinión. La cruzada de mártir que Luis quiso emprender fue motivo de burlas y de análisis. Para muchos era incomprensible cómo una persona con sus experiencias de vida, con su inteligencia y estudios, había sucumbido a una mezcla de ideas pseudocientíficas, de mitos populares y finalmente, de sus propias teorías demenciales. Se habló mucho de las consecuencias de la desinformación, de que las fuentes oficiales se pierden entre la marea de noticias sensacionalistas y datos sin confirmar. Se habló de que tras el «retumbar» de Luis vendrían más casos como él y cómo la sociedad entera debía reaccionar para evitar que llegaran al mismo desenlace. Se habló durante días, pero al final el tema se desvaneció entre la actualidad imparabla. Así como los temblores, duró solo un instante.

Luis voló por un momento fugaz. Cayó violentamente como una bola de fuego entre los cables de luz y los transformadores eléctricos de la calle. Provocó un estallido y un ruido enorme que alertó a los vecinos de la zona. Un apagón siguió al retumbar de Luis, que dejó sin luz un par de cuadras e hizo que varias personas se perdieran los penaltis de un partido de fútbol que se fue a tiempo extra. Años después, la anécdota de Luis se volvió una pregunta de una trivía o un asterisco en Wikipedia. Aunque mucha gente quiso creer, que en verdad el retumbar logró llevarse los temblores, nunca hubo evidencia de que así fuera. En su delirio Luis creyó poder lograrlo. Pero la tierra, en su majestuoso poder, volvió a temblar días, meses, años, décadas después. Siempre irresistible e insondable, como para ser purgada por la voluntad de un solo hombre. Como había sido antes y como será por siempre.

La Peñota

Luis de Zavala Morencos

La Peñota

Luis de Zavala Morencos

Me despertó la alarma del móvil con casi el mismo timbre del despertador de toda la vida que me sobresaltaba por las mañanas para avisarme de que ese día había colegio, o cuartel cuando hacía la mili. Me levanté todavía dormido y me acerqué con torpeza al mueble de cajones blancos y crema sobre el que había dejado el teléfono para obligarme a levantarme, y apagué la alarma.

Volví sobre mis pasos y me senté en el borde de la cama. «¿Quién me mandaría a mi madrugar un sábado para ir a la sierra?», pensé casi en alto. Me duché y me vestí, tratando de hacer el menor ruido posible. El abrigo sobre una silla y los zapatos de tacón abandonados sobre la alfombra del salón indicaban que alguien de casa había llegado más bien temprano que tarde, después de una noche de fiesta.

Desayuné rápido un par de tostadas y un café con leche; metí en el macuto un sándwich, agua y algo de fruta y salí hacia la estación de tren. Tenía previsto ir a Cercedilla, desde la estación subir por los antiguos campamentos de la OJE y, finalmente, desde allí subir a La Peñota.

Siempre me ha gustado esa montaña. Desde el sureste aparece con sus tres picos alineados, y a veces recuerda la forma tan característica de Siete Picos, cuando estos se observan desde el sur. Sin embargo, me costó más de un viaje reconocerla viniendo hacia Madrid por la autopista de Villacastín, antes de los túneles. Se ve desde allí como un solo pico escarpado, como si una de

esas capas geológicas de roca dura subiera desde el valle del río Moros y terminara abruptamente en la cima.

Por las calles casi vacías y sin tráfico, bajé hasta la estación y esperé el cercanías sentado en un banco. En unos minutos llegó el tren, blanco rojo y «grafiteado»; nunca le he visto la gracia a los grafitis en los trenes. El trayecto hasta Cercedilla dura aproximadamente una hora y veinte desde mi estación, así que saqué el e-book y las gafas del macuto y continué leyendo el libro que había empezado hacía algunos días. Es una amena novela sobre la amistad de dos singulares mujeres en la Inglaterra de principios del diecinueve. Sobre el trasfondo de una historia real de dos conspicuas buscadoras de fósiles, la narración es un homenaje a las mujeres, la amistad y la reconciliación.

Llegué a la estación de Cercedilla después de un viaje que, gracias al libro, se me hizo corto. Me acompañaron en el tren algunos ciclistas de *mountain bike*, enfundados en sus uniformes negros y con pesadas bicicletas de ruedas gruesas, trabajadores distraídos mirando el paisaje y personas a las que no podría atribuir un destino concreto. Había también algún montañero de aspecto experimentado y jóvenes dormitando que parecía que iban de vuelta a casa.

Bajé del tren y caminé junto a la vía hasta alcanzar las revueltas que suben hacia la pista, ancha y pedregosa, que lleva a los campamentos que en su día fueron de la asociación juvenil franquista. Después de unas cuantas curvas llegué a la amplia explanada de los campamentos y me detuve unos instantes a contemplar el espectáculo de Siete Picos iluminados por el sol de la mañana. Decidí entonces desviarme por un momento del camino y acercarme al cerro de Reajo Alto, para disfrutar de las vistas. Detrás de Siete Picos asomaban la Bola del Mundo y La Maliciosa, y hacia mi izquierda se veía toda la cuerda de La Peñota, Peña del Águila y el Montón de Trigo; era un paisaje que me alegraba la vista y me avivaba el recuerdo de muchas excursiones de juventud.

Volví sobre mis pasos desde el cerro cuando tuve una especie visión momentánea: sobre la explanada del campamento de La Peñota me pareció ver, durante unos segundos, como un dibujo que representaba un tipi de los indios de las películas, y líneas marrones y azules de trazos al fondo. Fue sólo un momento, pero me hizo estremecerme durante un rato. Sin darle mayor importancia me adentré en el bosque de pinos y helechos al otro lado de los cam-

pamentos. La semana anterior había llovido y el monte estaba verde y fresco. Amenizaban el camino los cantos de los pájaros, cuyos nombres todavía no soy capaz de reconocer.

Comencé a subir por la ladera siguiendo las marcas en los pinos que indican el sendero hacia la cumbre, aunque conozco bien el camino. Cuando me encontraba a unos trescientos metros de la explanada del campamento más alto, una sombra marrón entre los helechos despertó mi curiosidad. Me acerqué y vi que se trataba de una especie de banda de unos tres metros de anchura que se encontraba como suspendida sobre el suelo. Miré a izquierda y derecha y vi, no sin sorpresa, que la banda se extendía horizontalmente a ambos lados hasta donde yo podía ver. Era algo extraño, que me desconcertó. Sin embargo, decidí seguir adelante pendiente arriba.

Cuando hube avanzado casi otro centenar de metros siguiendo las señales en los árboles, me encontré con una nueva banda, algo más estrecha y de color más claro, pero muy parecida a la anterior. Aunque algo aturdido seguí ladera arriba encontrándome sucesivamente con bandas marrones horizontales que se extendían por todo el monte. Cada cuatro bandas estrechas, aparecía una banda más ancha y oscura, como la primera que encontré. Además, según ascendía el tono general del suelo –no sé cómo describirlo bien– se iba tornando de un verde suave.

Aproximadamente a mitad de camino entre los campamentos y la pista forestal que viene del puerto de la Fuenfría divisé entre los pinos unos grandes triángulos verdes de unos veinte o veinticinco metros de altura con un trazo vertical en la parte inferior. Recordaban a un polo, un helado con su palo para sostenerlo.

Estaban delimitados por una línea verde, pero el interior era transparente y dejaba ver lo que había detrás. Parecían el esquema de un árbol, un abeto o un árbol de navidad. No salía de mi asombro, cuando al otro lado de un arroyo, que tenía a unos trescientos metros delante de mí, distinguí una figura similar a los triángulos, pero con la inequívoca silueta de un árbol; esta vez parecida a una encina.

Sorprendido y algo agitado continué mi ascensión entre los pinos y los helechos, abundantes en esta parte de La Peñota, y siempre cruzando las bandas marrones regulares y algún triángulo verde. A mi paso, el relieve se iba suavizando y el color verde de fondo, también suave, iba uniformando toda la ladera. Bandas, triángulos y el mismo fondo verde se encontraban como flotando sobre el terreno, adaptándose a él y difuminando la vegetación y las rocas bajo él.

Por fin llegué a la pista forestal de la Fuenfría a la altura de la fuente del Astillero. Sobre el ancho camino había una banda de color blanco, luminoso, limpio, enmarcada por dos trazos de color negro, como si de un dibujo se tratara. La fuente del Astillero consiste en un pilón rectangular a un lado de la pista, al que surte un pequeño caño, que aquel día presentaba un caudal abundante por las lluvias recientes. Ahora, sin embargo, se veía sobre el pilón, casi borrado, un círculo blanco enmarcado por una línea azul de la que salían hacia el exterior dos trazos cortos, también azules, opuestos diametralmente. Todo era algo confuso, como etéreo, pero con colores cada vez más marcados, de forma que los pinos y toda la vegetación, las rocas, el camino, la fuente, todo, se desdibujaba bajo el color verde suave de fondo, las bandas marrones regulares, omnipresentes, las figuras verdes triangulares y esquemáticas, como signos jeroglíficos, y el blanco reluciente sobre la pista y el pilón. Sentí miedo, pero mi curiosidad era mayor.

Me detuve un rato junto a la fuente para comer algo y beber agua de mi botella, porque, dadas las circunstancias, no tenía claro beber del caño sobre el pilón. Comí el sándwich de jamón y queso y una mandarina, y con las fuerzas recobradas decidí continuar la subida hacia el collado de Cerromalejo, última etapa antes de abordar la ascensión definitiva a la cumbre. Para entonces, la pendiente se había suavizado más de lo que correspondía, según yo lo recordaba.

A medio camino me paré y volví la vista hacia atrás. Ahora todo era del tono verde suave que ya conocía, atravesado por las bandas marrones regulares verticalmente que, sin embargo, se adaptaban horizontalmente a las irregularidades del relieve. A lo lejos, los Siete Picos se presentaban algo romos, e igualmente surcados por líneas marrones regulares, pero sobre un color de fondo pálido y unas manchas que asemejaban sombras. Desde la distancia se

distinguían algunas letras negras gigantescas con el nombre de la montaña y varias cifras, junto a puntos, también negros. Miré hacia abajo y vi que, sobre el círculo azul de la fuente, como flotando sobre el paisaje, se leía en unas grandes letras azules: «Fuente del Astillero». Era para volverse loco, pero, paradójicamente yo me sentía más curioso que asustado, e incluso lo veía todo con una extraña naturalidad. La turbación primera había dado paso a una cierta serenidad.

Cuando llegué al collado me encontré con más letras, esta vez en negro, que se extendían ladera abajo indicando el nombre del collado, y un gran punto negro con la cifra 1773. Además del punto y las cifras se veían sobre el suelo varias líneas y símbolos alineados que seguían aproximadamente la divisoria entre el valle de la Fuenfría al sur y el del río Moros al norte. Sobre la valla de piedra, que conocía bien y ahora era casi imperceptible, había una línea roja que cada cuarenta o cincuenta metros presentaba un trazo perpendicular; junto a ella una línea de trazos de color morado, otra línea negra también de trazos que se superponía al camino que llevaba a la cumbre y por fin grandes cruces alineadas de brazos iguales de unos veinte metros. Todas estas líneas corrían paralelas hacia el sur, siguiendo la divisoria.

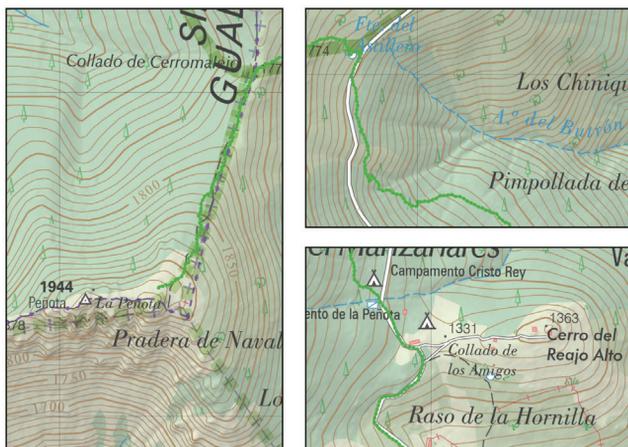
Desde el collado, se podía distinguir hacia el oeste el perfil de la parte más meridional de La Mujer Muerta, pero muy suavizado, marcado casi únicamente por las bandas marrones. Entre el collado y La Mujer Muerta se observaba el valle del río Moros como un velo verde salpicado de triángulos y árboles esquemáticos que casi ocultaban el frondoso bosque de pinos que tapiza las laderas del valle. Sobre el velo se podían ver también líneas azules a trazos, marcando las vaguadas y arroyos. Hacia el norte las líneas roja, morada y negra, así como las cruces también negras, indicaban la subida hacia lo que debía ser la Peña del Águila.

Sin demorarme más, tomé el camino hacia el sur, siguiendo las líneas de colores y cruzando siempre las bandas de color marrón que se extendían a mi izquierda y a mi derecha. La pendiente era ya muy suave, pero a mí me costaba subir, como estuviera caminado por una cuesta más empinada. Al cruzar una de las bandas marrones más anchas pude ver a mi derecha una cifra del mismo color que seguía la alineación de la banda: «1800», se leía, y tras cruzar

cuatro de las bandas más estrechas llegué a otra banda ancha que se interrumpía a mi izquierda con la cifra 1850.

A unos setecientos metros del collado de Cerromalejo, la línea negra de trazos que seguía el camino, que ya casi ni se veía, giraba a la derecha, cerca de un punto en el cual convergían tres alineaciones de cruces negras. También la línea roja con trazos perpendiculares giraba a la derecha. Seguí por el que se suponía que era el camino y unos metros más adelante pasé por nuevo punto negro con una cifra al lado sobre el suelo: «1936». El color de fondo cambió a un tono crema o beige y vi que algunas de las bandas marrones se cerraban sobre si mismas rodeando el punto y la cifra.

Ahora todo era una gran llanura infinita. Los relieves de La Mujer Muerta, Peña del Águila o el Montón de Trigo, así como los escarpes rocosos que conforman el peculiar perfil de La Peñota, habían desaparecido por completo bajo un cielo azul claro, mientras una potente luz iluminaba la planicie desde el noreste. No salía de mi asombro y sin embargo me encontraba tranquilo. Finalmente observé bajo mis pies un gran triángulo blanco de unos quince metros, con un punto negro en el centro rodeado por una de las bandas marrones más estrechas, y junto a él una cifra y unas letras: «La Peñota 1944». Algo en mi mente encajó todo lo que había observado durante mi la ascensión como



Algunos detalles de la subida a La Peñota para orientación del lector.

las piezas de un puzle: líneas, colores, símbolos, puntos, nombres... y se hizo como una luz: ¡Estaba en realidad de pie sobre un mapa!

El móvil sonaba insistentemente, seguramente desde hacía un rato. Me incorporé sobre la cama somnoliento y levantándome me dirigí hacia el mueble de cajones blancos y crema sobre el que había dejado el teléfono para obligarme a levantarme. Sonó la voz de Pedro: «Pero ¿dónde estás? Llevo un rato aquí abajo».

«Date prisa, si queremos hacerlo todo ya vamos justos. Nos esperan las barritas con tomate de Cirilo y luego La Peñota; además he hablado con José Luis y se apunta comer cuando bajemos del monte. Vamos, espabila».

Estas en el cielo

Sara González Veiga

Esteas en el cielo

Sara González Veiga

Para M y L, no olvidéis que las esteas siempre os van a proteger.

«Y me quedé sentado a media estrella del amor eterno por primera vez».

Andrés Suárez, *A media estrella* (2011).

Desde que habíamos recibido aquel diagnóstico, el cielo empezó a lucir de otro color. Las estrellas, mejor dicho, las esteas que cada noche mirábamos Lucas y yo nos hacían estar más cerca el uno del otro, hasta tal punto que se habían convertido en nuestras mejores amigas.

Lucas era un niño muy cariñoso, observador y quizás algo solitario, pero nunca le habíamos dado mayor importancia. Con el paso de los años, no podíamos estar más felices del mejor regalo del mundo: un niño sano y lleno de vitalidad que vino para completarnos a Gustavo y a mí. Durante toda nuestra vida, habíamos soñado con ser padres, pero el destino tenía preparados unos cuantos obstáculos en nuestro camino con los que no habíamos contado.

Recuerdo cuando todavía éramos novios. Mis padres y los suyos digamos que no tenían la mejor relación del mundo, ya que nuestras familias arrastraban rencillas varias desde hacía muchos años. Los Palomero y los Estévez ha-

bían sido empresarios de éxito en la zona sur de Madrid, y la rivalidad por lograr mayores beneficios que el otro apellido había hecho que se convirtiesen en enemigos. Eso cambió con los años, conforme veían que no les quedaba otro remedio que soportarse en cada celebración familiar, por lo que firmaron la paz mediante un apretón de manos y un perdón tácito, dejando atrás todos los reproches del pasado.

Siempre digo que me casé muy enamorada de mi marido. Eso es lo esperado, ¿no? Pues en mi caso —o en el nuestro, según se mire— así fue. Los años que estuvimos como novios y el que avanzamos hacia prometidos fueron increíbles. No dejábamos de hacer planes en nuestras mentes, de ver el futuro en el cielo de nuestros pensamientos, y de crear nuestra propia familia Palomero Estévez. ¿Qué podría salir mal si sonaba perfecto? Básicamente, todo.

Tras una boda maravillosa, con amigos de uno y otro bando venidos de diferentes partes de la geografía española, una luna de miel pasada por agua por el norte europeo y un crucero por los fiordos de Noruega lleno de náuseas, se había cumplido nuestro sueño. Estaba apenas de dos semanas cuando nos desembarcaron en Randaberg para coger un vuelo de regreso a Madrid.

El resto del embarazo fue excepcional, un marido que pasaba pegado a nosotros todo el tiempo posible y que nos cuidaba a nuestro pequeño y a mí como si le fuese la vida en ello. Cuando nos dijeron que era un niño, lo que ambos queríamos, comenzamos a pensar en nombres. Mateo, Jose, Marco... Hasta que una noche desperté de madrugada tras haber soñado con uno en concreto: Lucas. El que ilumina o resplandece, según su etimología, era ideal para personificar la idea de que nuestro mayor deseo por fin se iba a cumplir.

El parto fue rápido y sin complicaciones. Los primeros años de Lucas estuvieron repletos de felicidad hasta su cuarto cumpleaños. Cuando fuimos a la revisión anual, la pediatra nos preguntaba si se aislaba de los otros niños en el colegio, si le gustaba estar en silencio, o si por un casual siempre jugaba con sus coches de una misma manera. Gustavo le dijo extrañado que a qué venían esas preguntas, que sus profesoras nunca nos habían dicho nada. Intentábamos pasar todas las tardes posibles los tres juntos yendo al parque, a ver a los patos del estanque o a pasear con los abuelos y los primos. La médica nos miró entonces y nos dijo que sospechaba que Lucas tenía TEA. Mi marido

tuvo que preguntar de nuevo que qué había dicho, no había entendido bien la palabra. Y yo, con un leve hilo de voz, le susurré «autismo, Gus, autismo», y ahí comenzó a llorar. Yo... yo no tenía ni siquiera lágrimas, me quedé petrificada en aquella fría sala de hospital de un diciembre ya pasado, pero todavía presente.

Ahora comprendía tantas cosas, tantas señales que no había visto o querido ver, tantos momentos que de repente se agolpaban en mi cabeza, uno tras otro. «No puede ser, no puede ser» era lo único que resonaba en bucle. La médica nos explicó que actualmente hay un protocolo de atención temprana para niños con autismo que coordinaría, junto con terapeutas ocupacionales y psicólogos, y que estaría dispuesta a responder a todas nuestras preguntas. También nos habló de una asociación local de familias con niños que tenían el mismo trastorno que Lucas. Quizás en ese momento no lo veíamos, pero sentirse comprendidos y arropados por personas que han pasado por lo mismo que tú es algo muy importante que nos ayudó mucho. Toda aquella información me había sobrepasado, miré a Gus y nos abrazamos, mientras Lucas estaba sentado en la camilla de la pediatra como si nada pasase, solo preocupado por colocar bien el papel que cubría su asiento. Ahí fuimos conscientes de que nuestra vida iba a ser totalmente diferente a la que habíamos planeado. Lucas nos necesitaría a los dos y haríamos lo que fuese porque él estuviese bien.

De camino a casa yo no dejaba de pensar en que uno tendría que sacrificar su trabajo para cuidar del pequeño. Yo lo haría, pero mi sueldo era mayor y era indefinida desde hacía más de veinte años; mientras que Gus había ido como comercial de una compañía a otra, lo que nos dejaría en una situación más inestable. Al llegar, cogí a Lucas en brazos y lo dejé jugando en su habitación. Cogimos el ordenador y empezamos a buscar todo tipo de estudios y terapias aptas para niños como el nuestro.

T-E-A: dos vocales y una consonante habían llegado a nuestra vida para quedarse. Que si el número de la psicopedagoga, que si una psicóloga especialista en niños con necesidades especiales, que si un terapeuta ocupacional, que si más y más consultas y citas. Llenamos un folio con números a los que llamar, no podíamos pensar en otra cosa que en ayudar a Lucas, aunque creo que ese pensamiento estaba más arraigado en mí.

—Gus, creo que alguno de los dos debería dejar el trabajo. Lucas necesitará mucha atención, no podemos estar ni a turnos ni viajando tanto como ahora...

—No, no podemos, con todas las terapias que va a necesitar el niño, ¿cómo vamos a mantenerlo?

—Venderemos el coche, nos vale uno más sencillo, a Lucas no le hace falta...

—No, ese coche, ese coche es uno de mis sueños, no quiero...

—Ah, ¿ahora te importa más ese coche que nuestro hijo?

—¿Y por qué no vendes tú la casa que tus abuelos te dejaron en el pueblo?

—Si hiciese falta lo haría, ni lo dudes, pero no compares cuatro tablas podridas en mitad de la nada con un coche que nos ha costado casi más de lo que vale nuestra casa; y todo por aparentar, es que no compares, Gustavo, no compares.

—Como tú nunca has deseado nada, ahora soy yo el que tiene que pasar del coche y venderlo, ya, claro, porque a María se le antoja... Ni de coña.

—Eres un auténtico egoísta, de verdad, yo no pensaba que estuviera casada con alguien tan materialista. Tú no eras así, ¿qué te pasa? No entiendo nada, de verdad que no entiendo nada...

Comenzamos a discutir, perdiendo la noción del tiempo, hasta que yo me fui a la cama agotada tras tanta saturación mental, mientras que él cogió las llaves de su sueño con ruedas y se marchó dando un portazo. Durante aquellas horas nocturnas comencé a aceptar que mi niño no sería como los demás.

Logré dormir algo, no demasiado, pero cuando abrí los ojos vi aquella nota: «No estoy preparado para esto, necesito un poco de aire y pensar en todo lo que nos viene encima, espero que me perdones». Gustavo se había ido, nos había abandonado. También decía que no había asimilado lo que le pasaba a Lucas, ni sabía si alguna vez podría hacerlo.

Estaba muy enfadada, la rabia recorría cada una de las neuronas que todavía me seguían funcionando a aquellas horas de la madrugada. Ahora estaba sola, con un niño con un diagnóstico difícil de gestionar, y con miles de miedos en mi interior que debería aprender a afrontar sin otro apoyo más que el de mis propias fuerzas. Saldríamos de aquella, no sé cómo ni cuánto tiempo nos llevaría, pero Lucas era mi vida y merecía que por lo menos yo estuviese a la altura. A pesar de aquello, me derrumbé y comencé a llorar todo lo que no había podido derramar antes.

Tras horas de llanto, oí a Lucas desde su habitación. Me levanté corriendo y me quedé con él en su cama. Eran casi las ocho, teníamos que irnos, él a clase y yo a trabajar. Llamé a la oficina para decir que estaba enferma y al cole explicando que tenía fiebre. Ambas mentiras deberían parecer creíbles porque el malestar corporal que sentía en aquel momento me impedía moverme de la cama.

Comencé a hablar con Lucas como si de un adulto se tratase, explicándole que papá se había ido y que ahora solo estaríamos él y yo, y que nadie nos iba a separar jamás. Entonces me señaló el atrapasueños, del cual colgaban estrellas de diferentes colores. Lucas adoraba aquel objeto, siempre miraba aquellos astros como si algún día pudiese llegar hasta ellos. Mi hijo y yo siempre habíamos tenido algo en común: el cielo, el cual había llamado la atención de mi pequeño desde que puse aquel atrapasueños en su cuarto. Lo cogí en brazos, le di un beso en la frente y lo saqué de la cama para darle el desayuno.

No era capaz de que el niño se calmase, algo normal después de todo lo que habíamos vivido en apenas unas horas. Le puse un vídeo sobre constelaciones, y cuando oyó diferentes nombres y una voz contando el origen de cada uno, comenzó a aplaudir. Yo estaba pendiente de que no se cayese la leche por fuera —«tranquilidad» y «mi hijo comiendo» no podían ir en la misma frase—, hasta que escuché aquel conjunto de letras: «Andrómeda», lo que me hizo levantar la cabeza mirando a la tableta mientras Lucas hacía lo mismo conmigo.

Me tocó la cara como haciéndome una pregunta y yo le expliqué que aquella era mi constelación favorita. Tenía el nombre de la hija de Cefeo y Casiopea, y comencé a contarle la historia mitológica que envolvía aquel conjun-

to de brillantes estrellas. Estaba totalmente absorto en la conversación. Nuestros ojos parecían que se habían quedado a vivir en los del otro. La paz que me invadió en ese instante no sería capaz de describirla ni en mil vidas.

Cada vez tengo más claro que las aficiones también se transmiten en los genes. No tengo una explicación científica para ello, pero conforme Lucas ha ido creciendo, su pasión por la astronomía ha ido a más. Quizás esto tenga que ver con que mi bisabuelo había sido astrónomo militar. Se dedicaba a dar charlas por todo el mundo, lo que hizo que tanto mis hermanas como yo también amásemos todo lo celestial y se lo contagiamos a nuestros hijos, apasionados por ello desde críos. Siempre nos contaba mi abuela que su padre les decía que cuando él no estuviese cerca, mirasen a las estrellas para sentir que estaba a su lado, y así lo hacían cada noche. Las contaban una y mil veces, creyendo que todas ellas eran millones de besos que papá les mandaba desde la distancia. Durante toda mi vida, el cielo había sido el punto de conexión entre mis hermanas, mis padres y mis abuelos, y ahora se había convertido en mi lenguaje con Lucas. Cada noche, salvando que las nubes tapasen nuestro pasatiempo favorito, le contaba alguna historia estelar como si de un ritual se tratase.

A veces, durante nuestros visionados celestiales, pensaba en dónde estaría Gustavo y a qué punto del cielo miraría, si es que acaso prestaba atención a algo tan importante para su hijo. No hemos vuelto a saber nada más de él. Unas vecinas nos habían contado que estaba en Alemania con una antigua novia y otras que se había ido a Cancún a vivir la vida caribeña. La gente, que habla de más siempre. Ya no era parte de nuestra familia, por lo que no debería preocuparme lo más mínimo, a pesar de que todavía me afectaba, era innegable.

La noche del 10 de marzo de 2024, Lucas estaba extremadamente atento a mi historia. Le dije que me señalase cuál era su estrella favorita, entonces sonreí porque levantó los hombros indicándome que le daba igual porque le gustaban todas, o eso interpreté yo. Le expliqué cuál era la mía, la que formaba parte de Andrómeda.

—Esteas —balbucea Lucas, señalando al cielo.

—¿Qué has dicho, cariño?

— *Estas*, mami, bonitas —repite con insistencia varias veces, comenzando a aplaudir.

Esas habían sido sus primeras palabras, casi con siete años.

—Te quiero, cariño, eres lo mejor que tengo en mi vida.

Rompí a llorar, no podían haber sido otras las elegidas. Me abrazó y yo no pude sentirme más orgullosa de mi constelación favorita llamada Lucas.

Mi pequeño país

Rebecca Raider

Mi pequeño país

Rebecca Raider

Nací en un lugar al otro lado del océano, en un pequeño país en medio del cinturón de fuego.

Sus costas están bañadas por el Océano Pacífico al este y por el mar Caribe al oeste, y siempre es primavera.

En una pequeña extensión de terreno de menos de 52 000 kilómetros cuadrados, hay más de 150 volcanes, de los cuales al menos 10 están activos.

El fuego que bulle en sus entrañas contrasta mucho con la tranquilidad por la que es conocida su gente.

Y es que los habitantes de esas tierras son gente pacífica y que se caracteriza por ser un pueblo amable y tranquilo.

Están acostumbrados a los vaivenes que existen al habitar en una tierra que está viva.

Los sismos son el pan de cada día, también ha habido grandes terremotos y han causado mucho caos y lamentablemente, se han perdido vidas humanas.

Los habitantes han aprendido a minimizar los daños y a reconstruir su vida, cada vez que la Tierra da muestras de vida y poder.

Los indígenas de la región tenían una conexión con la fuerza de la Tierra, eran capaces de escucharla hablar y comunicarse con los volcanes.

Pero conforme fue pasando el tiempo, cada vez nacían menos personas con esta habilidad.

Después, con el avance de la tecnología, este don se perdió por completo.

Sin embargo, aún quedan algunos con una pequeña conexión.

La tierra en este pequeño país es de color negro, porque mucha de ella proviene de las erupciones de los volcanes y por eso es muy fértil.

También por esta razón hay una gran variedad de frutas y vegetales. Y abunda la fauna silvestre.

En este pequeño país hay más de 900 especies de aves, algunas muy vistosas como el tucán, otras pequeñas como el colibrí.

Cuando un volcán activo cambia su rutina, los habitantes hacen conjeturas del porqué de su conducta.

Es una pena que ya no puedan comunicarse como lo hacían en el pasado.

Por ejemplo, existe una leyenda, que se desarrolla en las cercanías del volcán Poás y habla de una de las últimas personas que podían escuchar la voz de los volcanes.

Cuentan que hace muchos años, antes de que llegaran los conquistadores, en un pueblo indígena vivía una joven hermosa que se había quedado huérfana.

Era una chica muy buena, siempre se preocupada de ayudar a los más débiles.

Un día se dirigía al río a por agua y se encontró un nido de rualdo que había caído de un árbol.

En él había un pequeño pichón.

Ella trató de devolver el nido a su lugar, pero ya era muy tarde, así que se hizo cargo de cuidar a la pequeña ave.

Su cariño y cuidados hicieron que el rualdo creciera fuerte.

Cada día, ella disfrutaba de su hermoso canto.

Un día el volcán Poás despertó violentamente, con un fuerte temblor aterrorizó a los habitantes del pueblo.

Los torrentes de lava no dejaban de bajar por las laderas del volcán, arrasando con todo lo que encontraban en su paso.

El jefe de la aldea era de los pocos que quedaban que podía escuchar la voz de los volcanes.

El jefe le pregunto al volcán qué quería, pero este se negó a contestar.

Entonces el jefe le llevó ofrendas, entre las que había deliciosos manjares y hermosas flores, y con mucho respeto le pidió al Poás que le dijera qué era lo que quería, para calmar su furia.

Finalmente, el Poás se decidió a hablar y le pidió al pueblo que le entregaran a la joven más hermosa de allí.

Y esta no era otra que la chica huérfana, amiga del rualdo.

Cuando los principales del pueblo fueron a por ella y le dijeron que el volcán exigía su vida, ella no opuso resistencia.

Y no era porque no tuviera miedo a morir, sino porque amaba la naturaleza y sabía que, si el Poás no obtenía lo que quería, no iba a detenerse y arrasaría con toda la vida, desde los seres humanos hasta las más pequeñas plantas.

Así que se entregó como sacrificio para saciar la sed de sangre del volcán.

Cuando la chica estaba a punto de dar su vida, el rualdo empezó a cantar en lo más alto del cráter.

Y le pidió al Poás que aceptara su canto a cambio de la vida de la chica.

El volcán acepto, porque el trinar del rualdo era el más hermoso de entre todas las aves.

Al volar a lo más alto del volcán, el calor del fuego matizo los colores del plumaje del rualdo en azul y verde.

El canto del rualdo hizo salir las lágrimas del volcán y estas llenaron el cráter del Poás, apagaron el fuego y la lava, y dejaron una hermosa laguna y una gran humareda.

Ahora, de los cientos de aves que habitan el lugar, el rualdo es la única que es muda.

Pero sigue volando sobre el cráter de Poás y el coloso, de vez en cuando, suelta lágrimas en forma de vapor en recuerdo del sacrificio del ave.

Es una pena que los habitantes ya no puedan hablar con los volcanes.

Porque muchos estarían dispuestos a quedarse mudos, como el rualdo, en lugar de perder a sus seres queridos o las posesiones por las que han trabajado toda su vida.



Volcán Poás

Ahora tratan de entender qué es lo que dicen, pero son más suposiciones o corazonadas.

En marzo de 1963, un famoso presidente de los Estados Unidos de América fue en misión diplomática a este pequeño país.

El día que el famoso presidente se desplazó al país, el volcán Irazú empezó a arrojar grandes cantidades de ceniza volcánica.

Las nubes de cenizas llegaron a todos los rincones del pequeño país.

Cada día los habitantes luchaban contra la ceniza, pues esta lo invadía todo.

Las cenizas se posaban sobre toda superficie descubierta, como un manto de nieve gris.

La ceniza volcánica contiene diminutos trozos de vidrio, lo que la hace muy peligrosa para los seres vivos. También puede contener metales pesados que son venenosos.

Cuando los animales que pastaban en los campos respiraban o comían la hierba cubierta de ceniza, esta se introducía en sus cuerpos ocasionando destrozos internos.

También afectó a miles de personas, dañando principalmente el sistema respiratorio.

La lluvia de ceniza provocó muchas pérdidas económicas y se cobró vidas humanas.

Fue un duro golpe para el pequeño país.

Algunos habitantes le preguntaban al volcán Irazú qué era lo que quería para que dejara de arrojar ceniza.

Y tenían conjeturas, pero nadie sabía a ciencia cierta qué era lo que quería.

Algunos dijeron que la reacción del volcán estaba relacionada con la visita de aquel presidente.

Y el tiempo pareció darles la razón, porque solo unos meses después de su visita al pequeño país, el famoso presidente murió asesinado de un disparo en la cabeza, mientras iba al lado de su esposa en un desfile.

Dicho asesinato estuvo envuelto en una red de intrigas y las investigaciones nunca trajeron claridad sobre lo que realmente paso.

Además, se decía que la familia del difunto también estaba afectada por una maldición.

No sé si esto será cierto, pero el caso es que muchos en esa familia murieron de forma trágica.

Y que la lluvia de ceniza no cesó.

Puede que el final del famoso presidente hubiera sido diferente si alguien hubiera podido escuchar lo que el Irazú quería decir, o al menos los pormenores del porqué de su muerte no habrían estado plagados de tantas incógnitas.

¿Se hubieran podido salvar vidas si se hubiera escuchado al volcán?

No lo sabremos a ciencia cierta.

Finalmente, el Irazú terminó de aclararse la garganta dos años más tarde y los habitantes pudieron continuar con sus vidas.



Volcán Irazú

En lo personal, tengo que decir que siempre he sentido que tengo una conexión especial con el volcán Arenal.

Este volcán es muy famoso en el pequeño país por muchas razones, entre ellas está su forma cónica casi perfecta.

Casi siempre tiene una corona de humo en su cráter, por esta razón es difícil ver la cima.

Está rodeado de una vegetación exótica y también de fauna autóctona muy variada, esto hace de esta zona un gran atractivo para los turistas.

A mí me parece un viejo cascarrabias que acostumbra a arrojar fuego para mantener a la gente a distancia.

Desde 1977 hasta el 2010 expulsó más de dos centenares de coladas de lava, manteniéndose siempre activo, pero sin ocasionar grandes daños.

Erupcionaba todos los días, varias veces en un día, incluyendo emanaciones de lava al rojo vivo, que eran un espectáculo, especialmente por la noche.

Tiene la compañía del volcán Chato, que está dormido y también hay vestigios de volcanes más antiguos.

También, cerca de él, hay muchas fuentes de aguas termales, a las que se les atribuyen muchos poderes curativos por el alto contenido de minerales.

A mí me gustan especialmente las que están más alejadas de las zonas turísticas, aunque el olor a azufre es más fuerte que en otras más visitadas. A mí me parece que el lugar es hermoso.

Hay una vegetación exuberante y el sol atraviesa tímidamente las hojas de los enormes árboles.

Se puede caminar por la zona y disfrutar del silencio.

Pero si pones atención, puedes escuchar cómo la brisa acaricia las hojas y las hace cantar. También puedes escuchar el correr nervioso de algún animalito asustadizo.

El tiempo se detiene en este lugar. Por eso estoy segura de que estas aguas sí curan, sobre todo el alma, porque en esta pequeña selva la sensación de paz se adueña del ser.

Me encantaba flotar en las diferentes piscinas y, mientras tanto, ver los pedacitos de cielo abrirse paso entre las hojas de los árboles.

Yo conocí al volcán Arenal cuando cumplí 16 años. Y mi vida ha dado muchos saltos desde entonces.

Ahora vivo en otro continente, pero mi conexión con el volcán sigue allí, por eso sueño con volver algún día.

En ocasiones pienso qué podría querer un coloso de más de siete mil años de un ser tan efímero como lo es un ser humano.

Aunque creo que me encantaría poder llevar a mis hijas a conocerlo.

Porque sé que algo de esta tierra de fuego corre en sus venas; y también quiero que conozcan la grandeza del Arenal en la máxima expresión.

Creo que fue por esta conexión por lo que mi padre abandonó la comodidad de vivir en la ciudad y se mudó a este hermoso lugar.

Después de muchos años de trabajo como profesor universitario, al llegar la jubilación construyó allí una casita, escondida entre los árboles, donde pasa los días leyendo y cuidando las plantas.

También dedica tiempo a cuidar la vida silvestre, sobre todo las aves.

Les ha construido un comedero, llegan cientos de aves de distintas especies. Llegan muchas coloridas y cantoras, que parecen agradecer su cuidado.

Desde que yo conocí el volcán, deseé vivir allí. Pero por las vueltas del destino terminé en otra tierra.

No está de más mencionar que en las faldas del volcán Arenal está el lago más grande del país.

Antiguamente era una laguna y al lado tenía un pueblo.

Pero los habitantes del país tenían que sumarse al progreso de la región y necesitaban mejorar la manera de obtener energía.

Así que en 1979 se construyó una represa.

Para que el proyecto hidroeléctrico tuviera éxito, era necesario inundar el pueblo.

Por el bien común, los habitantes del pueblo dejaron sus casas y se mudaron a un nuevo pueblo construido para ellos, también en las cercanías del volcán Arenal.

Lo nombraron igual que al pueblo anterior.

Y el pueblo antiguo quedó sumergido en el fondo del lago como un testigo mudo del progreso.

Desde el día que conocí el Arenal, quedé encantada con él.

Y me gusta pensar que, de algún modo, él también me siente.

Porque yo nací en 1977, justo cuando empezó su actividad y dejé el país en el 2010, que fue cuando dejó de hacer erupción.

Si en el pasado los volcanes exigían sacrificios para saciar su sed ¿será que era mi vida lo que el Arenal quería de mí?

¿Será que sus retumbos eran su manera de decir mi nombre?

Desde que los hombres perdieron la habilidad de escuchar la voz de los volcanes han buscado la manera de predecir su comportamiento.

Inventaron la vulcanología con el objetivo de conocer y controlar los volcanes. Para poder evitar o al menos minimizar los daños que ocasionan.

Muchos ya no creen que existan conexiones entre la Tierra y el alma humana.

Por lo que buscan a través de la ciencia cruzar las brechas que se han creado con el tiempo.

Pero yo creo que esas personas que se dedican a estudiar los volcanes tienen una conexión con ellos, aunque no la reconozcan como tal, y la llamen dedicación.

Porque muchos vulcanólogos, así los llama la ciencia, dedican su vida a aprender de ellos y se entregan en cuerpo y alma a su estudio.



Volcán Arenal

También he aprendido que la destrucción en ocasiones es necesaria, para crear cosas nuevas y, si bien es cierto que muchas erupciones han sido catastróficas para los seres humanos, también les han dado muchas bendiciones como son la tierra fértil, las aguas termales y la energía limpia, entre otras cosas.

Yo por mi parte, creo que nunca estaré completa mientras viva tan lejos de mi querido volcán Arenal.

En ocasiones sueño que estoy allí, y lo veo en todo su esplendor.



Volcán Arenal

Estás ante los relatos seleccionados por el IGN
en su Concurso de Narrativa Breve.

Te invitamos a que navegues por ellos sin carta náutica,
a que sientas el temblor de la emoción al pasar las páginas,
a que eches una vista al cielo y recuerdes a tus seres
queridos, a que quedes petrificado ante esta erupción de
palabras con la que sus autores nos ayudan año a año a
difundir lo que hacemos y lo que somos.

**Dirección General del
Instituto Geográfico Nacional**

General Ibáñez de Íbero, 3
28003 - MADRID (España)
www.ign.es

